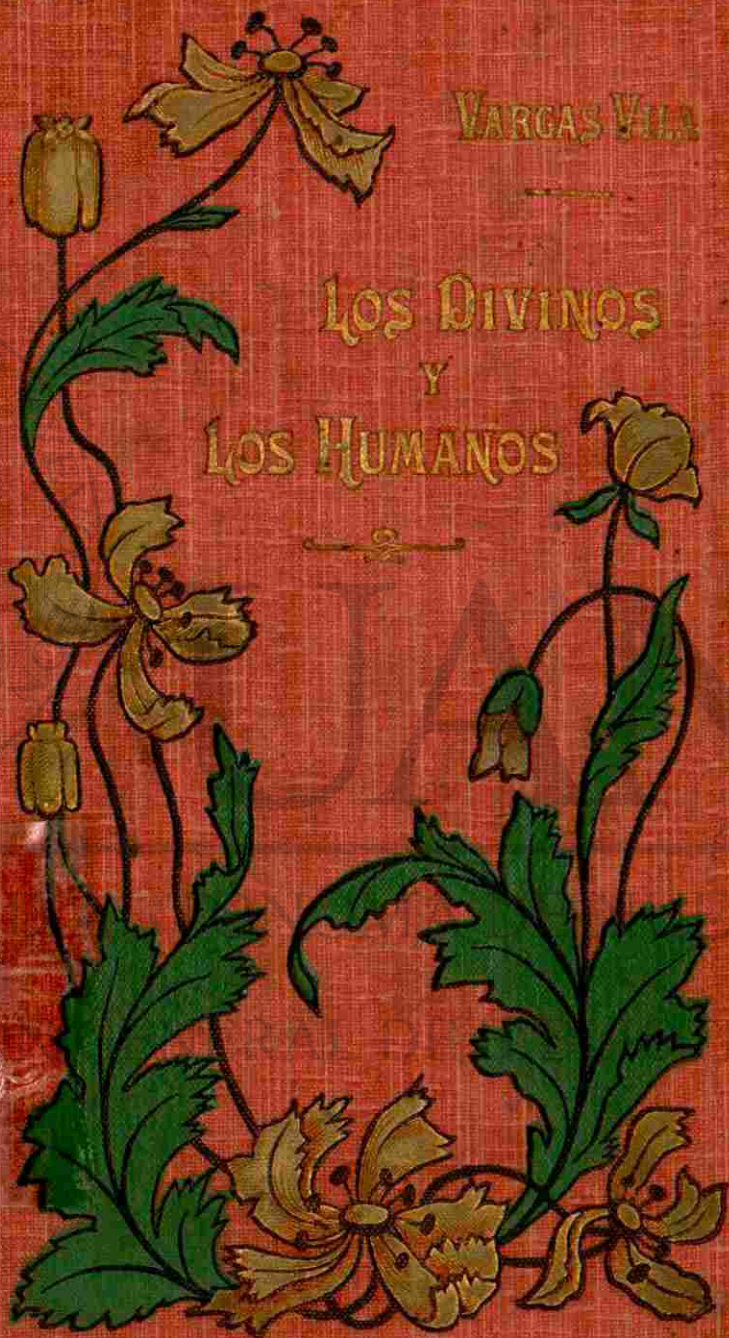


VARGAS VILA

LOS DIVINOS
Y
LOS HUMANOS



PQE179

.V3

D5

C.

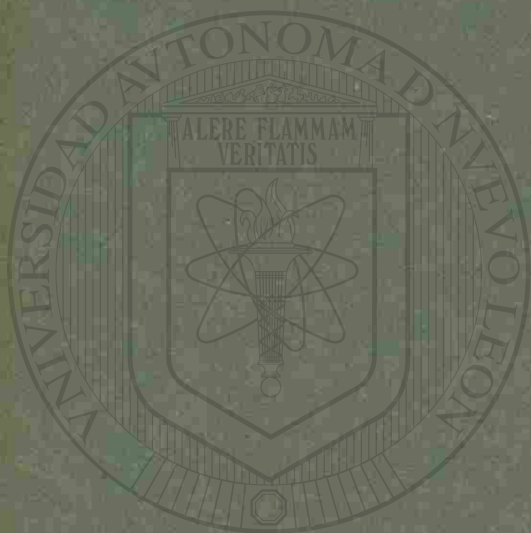
RAE

333.0

V297
PL57d



1080004147



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

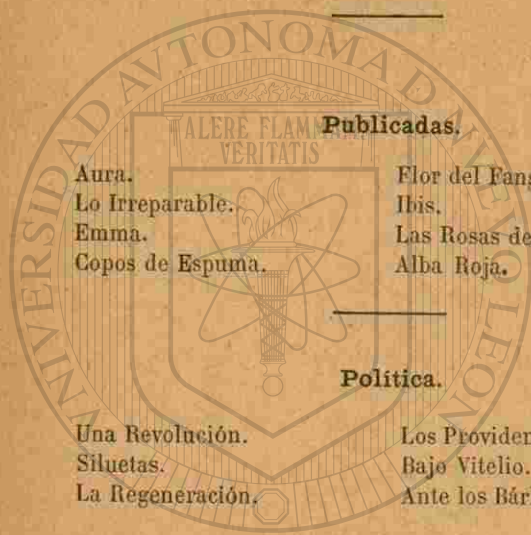
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

OBRAS DE VARGAS VILA



Publicadas.

Aura.	Flor del Fango.
Lo Irreparable.	Ibis.
Emma.	Las Rosas de la Tarde.
Copos de Espuma.	Alba Roja.

Política.

Una Revolución.	Los Providenciales.
Siluetas.	Bajo Vitelio.
La Regeneración.	Ante los Bárbaros.

Para Prensa.

Orfebre.	La Herencia del Macedonio.
Ninive.	Las Murallas Malditas.

LOS DIVINOS

Y

LOS HUMANOS

DE VENTA

EN LA

"LIBRERÍA GENERAL"
Avenida 105-107 - MONTERREY.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

J. M. VARGAS VILA

Los Divinos

y

Los Humanos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Vargas Vila
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARÍS

LIBRERÍA AMERICANA

1903

C863-6

V297d

10-17-XI-78

P&B124



Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme a la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FSRM

4147

Dos lustros han corrido desde la aparición de :
Los Providenciales.

Y, hoy al publicarlos en la edición definitiva de mis obras políticas, nada tengo que cambiarles...

Respeto mis ideas de entonces, mis pasiones de entonces, mi estilo de entonces.

Son los mismos de hoy.

Los tiempos han pasado, no han cambiado.

La misma aglomeración de sombras que es casi una petrificación de las tinieblas sobre el horizonte de la América.

Las mismas orgías de la fuerza, vencedora; las mismas bacanales de sangre; la misma abyecta sumisión de los pueblos vencidos.®

El ala de la muerte ha pasado abatiendo en el polvo la frente soberbia de los últimos *Providenciales* de mi libro.

Murió Guzmán Blanco, el grande hombre cesá-

reo, murió en el destierro, declinando en un crepúsculo nostálgico, su gran frente de medalla imperial. Cayó sobre sus arcas repletas, en el estancamiento de sus millones inmensos, ocultándose como un gran sol de peculado tras de una montaña de oro. Murió en el ostracismo ya que no pudo vivir en el poder. Y, entró erecto en la Historia, ya que un hombre semejante no puede entrar nunca en el Olvido.

Su imperio, su grande imperio, ó sea la democracia turbulenta que él había encadenado, celebró sus funerales con sangre, como los de un jefe bárbaro, dividida, anarquizada, fue como las tribus de la Escritura y enloquecida, delirante, en un espasmo de desorden, ebria de tumultos, devorada por las facciones, azotada por los caudillos, sintió las picas de los bárbaros golpear en sus murallas... El Atila teutón la hirió con el guantelete de hierro del salvaje Elector de Brandemburg, y vió su cielo oscurecido por las águilas germanas, las águilas negras y odiosas, espanto de la civilización, que velan como cuervos emblemáticos, sobre la tumba del armador suicida, sobre la cual aquel Emperador de decadencia, extendió el escudo de los Hohenzolern, como una bandera de perdón clavada en las costas calcinadas del Mar Muerto.

Murió Núñez, el buitre lírico, murió envenenado por los jesuitas, con las complicidades venales del amor... Dobló su frente de poeta, enigmático y sombrío, indescifrable ante la muerte, resignado á la inflexible ley moral que lo mataba... Tras de él, se extendió el desierto, la sombra, la sangre y la muerte... Gramáticos estólidos y venales se disputaron el cadáver de ese pueblo, que el traidor les había entregado como un Cristo, maniatado y doloroso.

Lo devoraron en la noche, como hienas, á una extraña luz de crepúsculo polar. Y, aquel pueblo abdicó para siempre. Vencido hasta en el corazón, gangrenado hasta en las entrañas, tiene conciencia de su propia ruina. Es un cadáver que asfixia al mundo.

Murió Andueza Palacio, el histrión trágico. Murió ebrio, repugnante, feliz el cerdo fatal! El idiota fue perdonado. No pudo ser olvidado. Le decretaron honores, pero no pudieron darle honor. El honor no se decreta. La Historia no se vende á la fortuna.

Ulises Hereaux también cayó.

Fué asesinado en una selva, el negro épico y terrible.

Aquel, fue, el gran gorila trágico.

Su inmensa mueca, de mono ebrio y feroz llena

de tristeza y de espanto los limbos asombrados de la Historia.

Su huella de palmado enfurecido y obsceno, quedó impresa allí, en lodo y en sangre, como la de un gran orangután violador en camino hacia la selva.

Su vida fue la odisea de un antropoide en orgasmo, la leyenda de un primate escapado á la montaña virgen.

Ese bárbaro, obscuro como la noche, pertenece á la Historia, pero á la Historia Natural...

Es la pantera negra del *providencialismo*. Con él se entra no ya en la sombra sino en el caos, vive y se mueve, no ya en las tinieblas de la barbarie, sino en plena bestialidad.

El largo gesto de su dictadura simiesca es la negra contorsión de un mono en los limbos de la Noche impenetrable.

Pertenece á la Zoología.

Y, un viento de pacificación y de Olvido, pasa por sobre las tumbas malditas... Y, el rosal de la piedad, sacudido por este viento de oprobio, que viene de las selvas profundas de la abyección, tapiza de rosas primaverales de Perdón, los sepulcros de los grandes sembradores de la muerte y de la ruina.

Legiones amnésicas de esclavos en histeria, se alzan diseñando con sus manos apoteóticas del crimen extraños gestos de absolución en el vacío...

Es el homenaje de las gacelas cándidas á los grandes felinos desaparecidos.

La debilidad perdona, la Verdad no.

El odio al mal es un deber.

En esta hora de fraternidad yo vengo á decir los hechos de la iniquidad.

Cuando todos perdonan, yo acuso.

Cuando todos absuelven, yo denuncio.

Yo no perdono al Crimen.

Tengo la religión del Odio, como otros tienen la del Amor.

Lo creo la más alta virtud viril, que pueda albergarse en pecho de varón.

Gusto de inspirarlo y de sentirlo, como una consagración de mi fuerza y una prueba de ella.

El Olvido predicado y practicado en favor del Crimen, me parece el más nefando apostolado de ignominia, la más cobarde exaltación de las victorias malditas, el más aleve ultraje que la debilidad hecha complicidad, puede infligir á la Virtud vencida y á la Eterna Verdad, encadenada.

Con un solo hombre que resista, en las horas definitivas de la Historia, no hay triunfos definitivos

del Mal, por más que digan lo contrario, la humildad de los vencidos, resignados á la derrota, y la insolencia de los vencedores, orgullosos de la victoria.

Mientras haya un hombre que grite sobre el silencio abyecto de la opinión, ese grito siembra la redención y la vida... La simiente del Verbo, se fecunda mejor en los sureos profundos del silencio.

El gesto del sembrador es más augusto en la hora taciturna del crepúsculo.

El grito vibra y repercute más fuerte en la atmósfera calmada.

El grito solitario es más recio que el tumulto.

El grito de las águilas, vibra más alto que el rumor fragoroso de las olas.

El olvido no se decreta.

Hoy que todos quieren olvidar, este libro mío, viene á recordar.

Hoy que cerca á las tumbas abiertas, sobre los campos tristes, donde los Providenciales, patalearon como bestias feroces, no se habla sino de amor y de fraternidad, lanzo ese libro, como la gran simiente de odio, que ha de caer sobre el surco abierto, húmedo en sangre.

Hoy que un viento de pacificación, pasa por sobre las almas vencidas, va ese libro mío, como un

viento de rebelión, á soplar sobre los espíritus que aun permanecen irreductibles.

Las almas no se encadenan.

En ese concierto de Amor y de Olvido, quiero que este mi libro sea la palabra de Odio y de recuerdo inexorables.

Va él, sobre los sepulcros, donde duermen los hechos y los hombres, diciendo como el Cristo al cataléptico: *Surge*.

Muertos y matadores, víctimas y verdugos, patíbulo y jueces, vencedores y vencidos, todos se alzan aquí, en gesto pacífico y desesperado, suplicatorio de piedad y de Justicia.

En este libro luce la Verdad, como el sol, en el fondo de un lago quieto.

Ni la disfrazo, ni la callo.

La pinto, como pintaría un fresco mural, si me fuera dado manejar el pincel trágico de Orcagna ó de Carpaccio.

Mi pluma evocatriz no da la calma.

Yo no sé de las capitulaciones definitivas.

Ni pido ni acepto gracia.

No doy ni quiero olvido.

Estoy fuera del paladium de la clemencia y de la zona de la pacificación.

No reconozco la victoria, me vuelvo á ella y la afrento.

Quedo armado y aislado, llevando el duelo de la libertad vencida.

Permanezco irreductible.

En esa onda de pacificaciones y rendiciones, no va mi barca... Ella sigue la corriente del deber, solitaria y altiva hacia la muerte.

Quedo sobre el peñón abrupto de mi antiguo ostracismo, sin que un viento de desco bese las alas de mi espíritu, tentándome con un miraje de vuelo hacia regiones más felices.

Soy el rebelde intacto. La evocación dolorosa de un pasado ya casi desaparecido. Sobre la roca de mi destierro ondea, desplegada á todos los vientos de la pasión la bandera roja de mis cóleras.

Y, se oye en la soledad que me rodea, el sonido de mi lira monocorde de sectario irreductible. Soy el último laudador de odios anacrónicos.

El tiempo y el dolor no me han vencido.

El hábito de derrotas que ha azotado mi vida, no ha matado uno solo de mis amores, uno solo de mis odios, una sola de mis esperanzas.

Mis sueños, como todas las cosas inmortales, no envejecen. Conservan su virginal blancura y arrojan sobre mi alma su sagrado candor de cosas inmarcesibles y divinas.

Hoy como ayer soy la protesta.

Yo no he sido nunca la guerra.

Yo he sido la revolución. La guerra es el hecho. La revolución es la Idea. La Idea es inmortal.

Yo no estoy vencido.

Yo no he vivido esos poemas épicos y gloriosos, que han muerto unos tras otros, como las olas de una mar terrificante y soberbia.

El poema de mi prosa bélica, sigue su lenta teoría de inacabables denunciaciones.

Mis libros son como musas que besa la Historia.

Permanezco inexorable.

Capitulan los ejércitos, no los pensadores. Se rinden las armas, no las ideas.

Mi combate es eterno, como el Mal.

En la hora de ese abrazo que vencedores y vencidos, se dan sobre los campos sangrientos, bajo los cielos aun vibrantes de la América, yo desencadeno entre ellos, esa procesión de sombras dolorosas y terribles...

Y, á los grandes vencidos del pasado, que si pudieran llorar, llorarían con lágrimas de eternidad, la inutilidad de su sacrificio heroico y la pompa estéril de su sueño inerte, ofrezco esta flor de odio y de justicia, que será germen un día de una gran floración de reivindicaciones históricas.

Es mi protesta contra los que quieren abolir el pasado en nombre del Olvido.

El pasado no muere, va en pos de nuestros pasos. Y, grita á veces.

Este libro es un grito del pasado.

El pasado es la voz de los muertos.

Los muertos gritan en el libro mío.

Todos van hacia el perdón y hacia el Olvido.

Yo quedo en mi roca aislada, abrazado á mis viejos dolores pensativos.

Soy el último rebelde.

Y, cuando no quede sino un irreductible contra ciertos hombres y ciertas ideas en América, ese irreductible seré yo.

Mi pluma no capitula.

VARGAS VILA.

Paris, 1903.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es mi protesta contra los que quieren abolir el pasado en nombre del Olvido.

El pasado no muere, va en pos de nuestros pasos. Y, grita á veces.

Este libro es un grito del pasado.

El pasado es la voz de los muertos.

Los muertos gritan en el libro mío.

Todos van hacia el perdón y hacia el Olvido.

Yo quedo en mi roca aislada, abrazado á mis viejos dolores pensativos.

Soy el último rebelde.

Y, cuando no quede sino un irreductible contra ciertos hombres y ciertas ideas en América, ese irreductible seré yo.

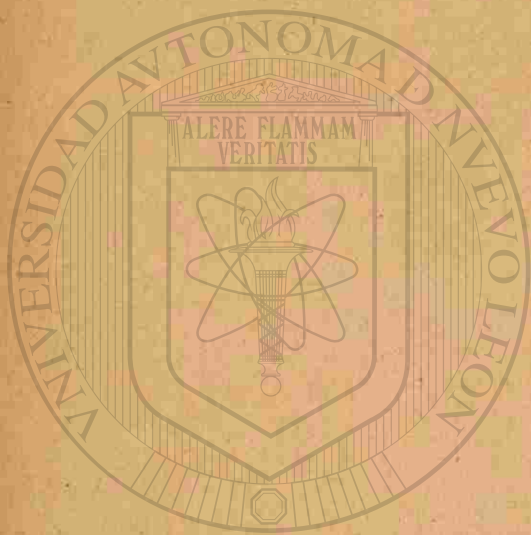
Mi pluma no capitula.

VARGAS VILA.

Paris, 1903.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PASÓ EL TIEMPO

DE LOS MITOS OLÍMPICOS

En aquella edad de la infancia del mundo se creía que los dioses reinaban.

La superstición inventó los dioses, el antropomorfismo les dió vida, y la estupidez los fingió reyes.

El dios de la Biblia reinaba sobre su pueblo escogido, hablaba á sus caudillos, legislabá entre los truenos del Sinaí, combatía á la cabeza de las hordas errantes del desierto, hacía llover piedras sobre los amalecitas ya vencidos, permitía que lo derrotaran á la cabeza de seiscientos mil combatientes, detenía el sol, y aparecía sin quemarse, como una salamandra, entre las zarzas encendidas del monte Oreb.

Los dioses de Grecia combatieron en Troya.

En la India, Brahma se encarnó para reinar.

El dios Samonocodón reinó en Siam. El dios

Adad gobernó en Siria. La diosa Cybeles fué soberana de Frigia. Júpiter lo fué de Creta, y Saturno de Grecia.

La humanidad se hizo adulta, y los dioses abdicaron.

Entonces, los que entraron á reinar y á combatir, se llamaron sus hijos. Para ser rey se necesitaba ser de la estirpe augusta de los dioses.

Así, Baco, Perseo, Hércules, fueron hijos de dioses.

Rómulo era hijo de Dios. Alejandro fué declarado hijo de Dios en Egipto. Odín lo fué en el norte de Europa. Abulgazi, historiador de los mogoles, dice que Gengis era nieto de Alanku, la cual había concebido de un rayo celeste. César se decía descendiente de dioses.

Después, cuando á la luz de la razón que albo-
reaba, perseguidos por el grito de la filosofía y las
carcajadas de la humanidad, que salían con sono-
ridad abrumadora de la boca de Luciano, esos
dioses y semidioses huyeron despavoridos, dejando
de proyectar sus espantosas cabezas sobre la tierra,
y el dios del monoteísmo cristiano se aisló en su
cielo, absorto en su beatitud, aún quedó flotando
en la oscura conciencia humana, cual un jirón de
sombra, como la proyección de aquella dinastía
de fantasmas, la absurda teoría del *derecho di-
vino*.

La raza de los reyes y emperadores sucedió á la

de los semidioses, y el lábaro de Constantino, la
oriflama traída por un ángel á San Denis, la am-
polleta bajada del cielo por un pichón para consa-
grar á Clovis, y los lamparones curados por los
reyes de Inglaterra, sucedieron á las antiguas fá-
bulas homéricas y orientales, dignas de figurar,
unas y otras, al lado del discurso de la burra de
Balam.

Pero un día, el *derecho humano* puso la mano
sobre el *derecho divino*, derribándolo, como el gi-
gante de la leyenda al golpe de honda del mancebo
bíblico, y después de desgarrar su púrpura y piso-
tear su corona, le arrancó la cabeza, á vista de las
multitudes asombradas: el *derecho divino* abdicó
en las manos del pueblo.

Entonces surgió una raza de nuevos domina-
dores, degeneración raquítica de los otros, pero
representantes siempre de ese funesto atavismo so-
cial, que atribuye á Dios inmiscuencia directa en
el gobierno de las sociedades humanas.

Éstos ya no se apellidaban dioses, ni hijos de
dioses, ni con derecho divino, pero hacían á su mo-
destia la violencia de llamarse delegados de la
Providencia (y aquí está ya el espantoso vocablo!)
para hacer felices á las naciones, poner en ellas el
orden — porque los hombres puramente humanos
no pueden gobernar — y administrar en nombre
de esa *Providencia* los grandes rebaños de hombres
que, según ellos, posee en este planeta. Estos

mayordomos tuvieron su nombre. Se llamaron — *los providenciales!*....

Algunos de ellos, como en la antigüedad Pepino, mayordomo de Wilderico, se han hecho reyes; pero la mayor parte se ha conformado con su democrática divinidad.

La Europa, ya bastante civilizada, no sufrió el azote de la nueva plaga. Uno sólo se presentó en ella, á los comienzos del siglo, cargado con los laureles de las más épicas victorias; pero á pesar de su genio fué á morir abatido y solo en una isla remota.... La Providencia no se dignó libertar á su delegado, ni intentó reclamo alguno contra la Gran Bretaña, por el secuestro de aquel *providencial* afortunado.

La América latina, tanto tiempo ignorada, sumida en la sombra intelectual por luengos años, dominada por el fanatismo, y por ende ignorante, tenía que ser, y ha sido, el teatro feliz de estos aventureros políticos.

El *providencialismo* ha hecho destrozos en ella.

No ha habido sargentón insubordinado que dé un golpe de cuartel feliz; un jesuita que por la traición, el veneno ó el puñal llegue al poder; ó político ambicioso que quiera perpetuarse en él que no se llame *providencial*.

Los antiguos salteadores tenían también su dios protector: Mercurio. Los asaltadores de pueblos

han imaginado también su divinidad protectora: la *Providencia*.

Providencial fué la traición á la república hecha por Iturbide; providencial el asesinato de Yegros y el secuestro del Paraguay por el doctor Francia; providenciales el puñal de la *mazorca* y la dictadura de Rosas; providencial la aventura aleve de Maximiliano; providenciales los crímenes de García Moreno, esa *tigre hircana* del fanatismo; providenciales la traición de Núñez, el veneno de Gaitán, las horcas y su adulterio, aquel famoso adulterio, bendito por el Papa y ensalzado por el Padre Biffi, ante la tumba recién abierta de la esposa abandonada....

El *providencialismo* ha recorrido en América todas las escalas, y tenido todos los matices.

Ha sido brillante con Iturbide; ilustrado con Francia y Núñez; brutal con Rosas; soldadesco con Melgarejo; heroico con Balmaseda; ampuloso con Guzmán; ridículo con Andueza. Ha ido en rigurosa gradación de la cima hasta el abismo. Ha revestido todas las formas, desde el águila al insecto.

Los menos oscuros de los *providenciales* son los que esbozo aquí. ®

Y los publico en época de sombra!... Viento de tempestad corre del uno al otro extremo de la antigua Colombia de los héroes. La sombra se espesa sobre su cielo, y en algunas partes la tempestad es

sorda y muda como en las borrascas polares, donde, según la expresión del narrador francés, el trueno es silencioso.

Luz crepuscular alumbra el horizonte!

Aliento enervador y frío toca las almas. Se siente la aproximación de un gran peligro: *la abyección*.

Como los altos árboles de la selva bajo las alas del viento, vense inclinarse cabezas poderosas: hay no sé qué extraña palidez en los caracteres; qué rebajamiento moral; qué súbito desfallecimiento en las conciencias; qué espantosos desmayos del valor...

La enfermedad del siglo, el *sórdido interés*, ha invadido las sociedades.

Lo que nos mata, no son las doctrinas conservadoras, sino los intereses conservadores.

La enfermedad reinante es *el miedo*.

Nadie se atreve á decir la verdad.

Todos huyen de verla frente á frente.

Su semblante augusto los acongoja; su sonora voz los amedrenta.

Sólo hay lugar para la mueca del bufón y el canto del juglar. Sólo puede escucharse el himno del cortesano, la clásica frase venal, la apología comprada, el sáfico cantar de los Horacios, y la armoniosa canción de Tibulos y Propercios.

Sobre la onda de pavor que pasa sólo se dejan flotar hojas de académicos laureles, y flores pálidas

desprendidas de las coronas de poetas bucólicos, marchitas en las orgías del poder.

La ola de la debilidad ahoga la sociedad.

Se tiene tanto miedo á las grandes acciones como á las grandes palabras.

Si se ve llegar á un hombre que dice la verdad y lanza al viento su frase indignada, los miedosos tornan su debilidad en indignación, y la inmensa ola estúpida se permite irritarse, y ruge y murmura...

El soplo gélido del interés, la indiferencia ó el miedo de las capas medias de la sociedad paralizan el esfuerzo de los pocos periodistas y apóstoles que combaten, impidiendo que su verbo candente y el beso de la idea toquen la frente de la pálida y oscura multitud que vegeta en el fondo.

Y así se vive, esperando una revolución que no se impulsa, una libertad que no se engendra. Y fingiendo fe mesiánica, como un trapense ante su fosa abierta, la sociedad vive tiritando de miedo, hambrienta de silencio!

Escribir la verdad es un crimen. Todo lo viril, lo resistente, lo franco, lo grandioso, se excusa ó se desaprueba. Se tiene miedo á la dignidad del que carece de miedo.

Se critica los gobiernos, pero á media voz; se les insulta, pero muy paso; y con esta debilidad imbécil se hace sagrado el despotismo, y con esta complicidad del miedo, traducida en falso pudor,

se silencian las liviandades de los déspotas, tornando en mudo respeto al vicio lo que debiera ser protesta atronadora contra él

Esta hoja de parra, puesta por la hipocresía social sobre las desnudeces de los tiranos, ha sido en nuestros pueblos la gran falta de los hipócritas y la gran fuerza de los tiranos.

Si así hubieran procedido Tácito y Suetonio, ¿quién sabría los vicios de los Césares?

¿ Plinio, Cornelio Nepote, Aurelio Víctor y Salustio tuvieron, por ventura, ese pueril temor al describir la abominación de las costumbres romanas?

¿ Lo tuvo Demóstenes en sus *Filípicas*?

¿ Lo tuvo Cicerón en sus *Catilinarias*?

¿ Embotó la sátira acerada de Juvenal?

¿ Apagó la carejada semi-grotesca de Rabelais?

¿ Lo tuvo el Dante en su *Divina Comedia*?

¿ Sintió ese vergonzoso desmayo Víctor Hugo escribiendo sus *Castigos*?

¿ Lo sintió en su pluma vigorosa Juan Montalvo?

No.

¿ Es que la pluma de los hombres sólo debe ocuparse en escribir apologías? ¿Qué sería entonces de la severa historia? ¿Ó aquellos grandes escritores sólo eran grandes libelistas?

Responda ese criterio *histórico* que se ha formado contra la verdad *histórica*.

La libertad se pierde, no por falta de talentos, sino por falta de caracteres.

Hay en la mayoría de los escritores un amor ilimitado á no sé qué falsa reputación, que contiene el anatema en sus plumas, ó lo desata en hipérbolas fumivoras, por el temor pueril de verse criticados por las imaginaciones asustadizas, rechazados de nuestras sociedades neuróticas y pueriles que tienen siempre un *santo oficio* para escritores que no leen siquiera, ó ajados por el insulto de escritorzuelos asalariados del poder.

Nuestras sociedades incipientes, fanáticas, llenas de preocupaciones, tienen un miedo horrible á la verdad escrita. Vuela desnuda? qué horror!

Esos púdicos criterios serían capaces de arrojar un manto sobre la Venus mutilada de Milo, para no ver su seno desnudo, sus pechos voluptuosos y sus formas esculturales.

Yo no pertenezco á esa escuela.

Amo la verdad con un amor de artista.

Pinto los hombres y los acontecimientos con fidelidad gráfica; pongo un adjetivo como clavara un dardo, siempre con justicia; y, como dijo el otro, *no acostumbro á hacer dobligar las palabras en que creo*. Las mías se levantan rectas, con todas sus asperezas. Yo no soy cortesano de nadie, ni de nada.

No habrá, acaso, otro escritor menos enamorado del favor público que yo. Por eso, sin duda, mi re-

putación se compone más de odios que de afectos. Tengo un pedestal de enemigos. Mi vida ha sido de luchas y de persecuciones, y ha habido veces de no tener un rincón en qué guarecerme, porque no he sabido adular ni á los poderosos ni á las multitudes.

Mi carácter me mantiene lejos de los unos, y mi educación lejos de las otras. ¿Cortesano de la opinión? Bah! Eso sería como cortesano de un hombre. Siervo? Jamás! Ni de uno ni de muchos. Yo no acepto el *tirano todos*, ni el *déspota uno*.

Mirando á mi vida se vé que mi espíritu indomable no lleva la huella de ningún yugo, como mirando á mi cuello no se encuentra en él la traza de ningún collar.

No nací para la domesticidad.

Yo no sé mentir ante el Poder, ni callar ante el Deber.

Yo no sé de los silencios intencionales del momento. Sólo comprendo los silencios definitivos de la muerte.

Los acontecimientos y los hombres son impotentes para hacerme callar. Sólo la muerte tendría ese poder.

No sé vivir en los silencios del oprobio.

El silencio culpable me quema los labios como los carbones encendidos al Profeta.

De ahí que la divisa de mi vida dolorosa y combatiente, haya sido siempre : luchar sin tregua, contra el Mal.

Luchar, luchar, luchar....

Interrumpir el himno con la carcajada, la hipérbolo con la realidad, hacer luz sobre los ídolos grotescos, desgarrarles el inmundo manto para que se vea la llaga de sus cuerpos, reír de los dioses en presencia de los creyentes, y hacer palidecer á los déspotas lanzándoles las verdades con rumor de tempestad sobre la frente.

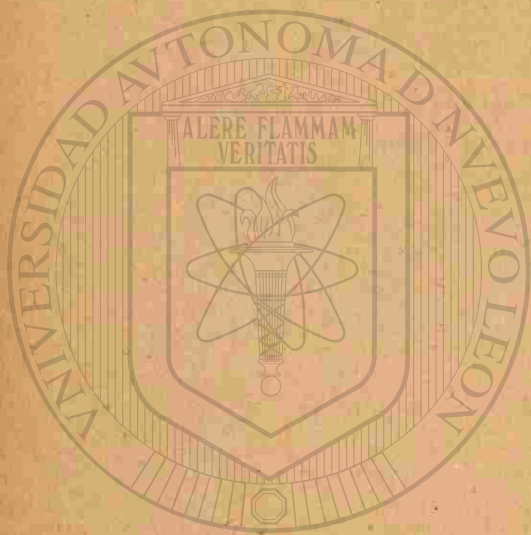
Que rujan en su guarida, que aúllen, que insulten. Está bien; ¿quién pregunta al lobo herido porqué muestra los dientes y gruñe en su caverna?

Ir á caza de tiranos : noble misión! Perseguirlos en sus guaridas, ya sean sepulcros ó palacios, pero no darles tregua.

Romper las momias y desterrar los dioses.

Ahogar el último ídolo en los brazos del último creyente.

Hacer luz, tanta luz en la conciencia humana, que mañana, cuando amanezca, se hayan visto desaparecer para siempre en el fúlgido horizonte la sombra del último *providencial* tras la huella del último lacayo!...



ITURBIDE

Fué un soldado atrevido á quien se le ocurrió un día hacerse trágico.

No teniendo nada en la cabeza, resolvió ponerse en ella una corona.

Militar valeroso, imaginación romancesca, á la cual había deslumbrado la reciente historia de Bonaparte, resolvió imitarlo. No había vencido á Italia, pero hizo su *diez y ocho brumario*.[®]

Imitar el crimen es más fácil que conquistar la gloria, pues para lo primero basta la audacia;

para lo segundo se necesita el genio, y éste no se da silvestre.

Servir á la libertad para venderla luego, ha sido la vieja teoría de los explotadores de pueblos.

Aristóteles lo dijo : *todos los grandes tiranos han sido antiguos demagogos.*

Iturbide no sirvió á la libertad sino para servirse luego de ella.

Envuelto en la bandera tricolor, aquel soldado audaz soñaba con la púrpura.

En la intemperie de los campamentos pensaba en los esplendores del trono, y corría hacia él con ambición desmesurada.

Nunca amó sinceramente la democracia, y cuando escribió en sus banderas el *Plan de Iguala*, se veía en ellas el perfil siniestro de Fernando VII.

Fué separatista, pero no republicano. Aspiraba á crear un imperio para él; no un país para la libertad.

Traicionó primero á la monarquía, y á la república después.

Con Ruiz de Apodaca, con Guerrero, con O'Donnoju, siempre fué monárquico. Su último sueño fué el Imperio.

Los pretorianos han sido los padres de los emperadores, y lo fueron á su vez de Iturbide.

Un día, aquel soldado se hizo César, proclamado por su ejército, y la República quedó asesinada á sus pies.

Como era déspota, tuvo á su servicio las dos fuerzas de toda tiranía : el clero y el ejército : la suprema lejanía de la conciencia.

Un congreso de curas y soldados puso en sus sienes una corona, y él se creyó rey.

Este sueño fué fugitivo, como un ensueño de amor.

Un día, el déspota despertó con el ruido de su imperio sietemesino que se desplomaba, al eco de los clarines y al grito de los soldados de Santana.

Al abrir los ojos, encontró la República firme, erguida, de pie, y no volvió á ver su faz augusta sino para ser perdonado por ella.

La libertad no se dignó vengarse.

Solitario, sin gloria y sin corona, aquel emperador exótico, más desgraciado que Dionisio, tomó el camino del destierro, y fué á vivir entre los *lazzaronés* de Nápoles.

La Europa monárquica, ese nido de odios coronados, que anda siempre en busca de traidores para ungirlos, y de los americanos tráfugas de la libertad, para alentarlos en sus sueños de dominio, recibió á Iturbide con honores de rey.

Los Borbones y los Hapsbourgs, que han odiado siempre como monarcas la república, trataron de igual á igual al soldado que la había traicionado. Con Bonaparte hicieron lo mismo. Democracia del delito!

El pseudo-emperador sufrió vértigo.

Sopló sobre su cabeza desvanecida todo el tropel de sueños de la ambición, y empujado por las manos temblorosas de esos reyes moribundos, que sin fuerzas para sostener su propio cetro pensaban en fabricar otros en América, aquel soñador impenitente se lanzó de nuevo á la aventura.

Había hecho el drama: le faltaba sucumbir en la tragedia.

La corona de Moctezuma lo atraía como la boca de un abismo.

La ambición le formó el miraje....

Un día, remendó su roto manto de emperador, y abandonando el azul y tranquilo golfo de Nápoles, lanzó su nave con rumbo al oscuro y tormentoso golfo mejicano, cuyas espantosas corrientes ponen pavor en el ánimo de los más serenos marinos.

Iba en busca de su corona.

Era una fantasma caminando á un precipicio....

Clareaba indeciso el día.

La ciudad dormía tranquila.

Adelante el oscuro inmenso mar, como desperezándose al beso primero de la luz; allá, el perfil verde oscuro de la arboleda, y encima plumizas nubes, cual si el día quisiese tardar en aparecer.

Por una playa, cercana á la ciudad, entre el ruido del mar que ruge amenazante y los gorjeos de las aves que despiertan acariciadas

por la débil luz, avanza un grupo de hombres. Son soldados.

Al llegar á una arboleda se detienen, y de enmedio de ellos se hace salir á un hombre vestido con esmero y de majestuoso andar; colócasele á la sombra de una palma, véndansele los ojos, y el oficial hace las fatídicas señas...

Un fogonazo.... una detonación.... y el hombre á tierra.

Iturbide había muerto!...

La República que lo había perdonado primero, lo castigó al fin.

En su primera intentona, lo protegió la fortuna; en la segunda lo abrazó la muerte al desembarcar.

Declarado fuera de la ley, y aprehendido al poner el pie en tierra, aquel soñador que iba en busca de un trono, halló un patíbulo. La púrpura se trocó en sudario!...

Con el tirano incorregible, la ley fué inflexible!

Al levantar aquel cadáver imperial, sobre su frente no había dejado huella alguna la corona: sólo había en ella un punto negro, un agujero, por el cual salía mucha sangre...

El plomo de un soldado había dejado huella más honda que el oro de la diadema.

Aquella herida era el dedo del pueblo, puesto sobre aquella frente coronada.

Era el primer acto del Imperio en América.

El último, sería en Querétaro.



FRANCIA

Un buitre crecido en un nido de cuervos.

Los jesuitas fueron sus maestros y sus inspiradores: bajo sus negras alas emplumó aquel buitre, que tanto tiempo había de tener bajo sus férreas garras la noble libertad del Paraguay.

Había en su temperamento algo del cenobita y del César, del asceta y del filósofo.

Era una conciencia inmensa, pero oscura.

Aquella alma era levantada, pero tenebrosa como el firmamento en las noches del polo, que no tiene astros.

Ilustrado, pensativo, dominante, frugal, era un déspota cuyo perfil tenía algo de la horrible austeridad de Robespierre: era, como éste, severo y feroz, implacable y puro. Esos déspotas así, tienen la casta ferocidad de la Diana de la Mitología. Son, como las nieves de las alturas, inmaculados, pero inclementes.

Había estudiado para cura, sin llegar á serlo, pero llevó siempre en su alma ese tinte sombrío de todo el que ha meditado largo tiempo á la sombra de los claustros.

Esa tendencia monacal se extendió á su política, haciendo del Paraguay un inmenso monasterio.

Su siniestra aspiración fué el despotismo; su único ideal el silencio.

Tirano marmóreo, rígido, sin compasión y sin entrañas, puede decirse de él lo que Paul de Saint-Victor decía de Carlos XII de Suecia: — *Examinadle bien, y no encontraréis ni una sola vena de carne en aquel hombre de bronce; para él no existía ni la mesa, ni el lecho, ni los placeres.*

Para este otro no había más que el poder. Detener el progreso: he ahí su aspiración. Tuvo la manía del obstruccionismo. Jerjes azotaba el océano; él quería abofetear la civilización. Igualdad de locuras; reproducción de neurosis á través de los siglos.

Era, sin embargo, puro y honrado. *Las altas montañas tienen esa virginidad siniestra.* Blancura

sombría, como la de un cadáver; palidez de espectro, pureza de sudario.

No tuvo más amor que el de la autoridad, y se abrazó á ella con frenesí. Se desposó con la tiranía, y le fué ferozmente fiel.

Era frugal y hasta sucio; comía mal, y vestía peor. No dio nunca una fiesta, ni supo lo que era el lujo: era el busto de Marat hecho austero.

Inaccesible á la corrupción como á la piedad, era estoicamente implacable.

Era fanático, condición sin la cual no se puede ser feroz.

Odiaba á la civilización como el buho á la claridad.

Cual un aguilucho salvaje en la grieta de una roca, inmóvil la roja pupila, crispadas las garras, y erizado el plumaje, así, hosco, irritado, vivió veinticinco años aquel dictador sombrío, en el fondo de su casa en la Asunción, lleno de sueños, desconfianzas y temores, venteando el progreso, huyendo de la luz y desesperado al ver cómo á su despecho se aclaraba lentamente el horizonte!..

Tenía el instinto del tirano, que comprende que la ilustración del pueblo es la muerte de su poder; y por eso prohibió la introducción de libros y periódicos, la impresión y circulación de escritos, y la entrada de extranjeros al país. Bonpland, el sabio botánico, cayó en el antro de la fiera, y tuvo que vivir diez años allí.

No toleró nunca opositores, ni rivales.

Cuando, sin avanzar todavía bien su espantosa figura en el escenario político, se hizo nombrar Cónsul, con el immaculado patriota Yeros, estableció dos curules, llamadas de *César* y de *Pompeyo*, y él ocupó la de *César*. Yeros, que ocupaba la de *Pompeyo*, no tardó en desaparecer, no como aquel otro vencido en Farsalia, sino fusilado con cuarenta compañeros por aquel *César* asustadizo y deforme.

Los jesuitas fueron su gran fuerza. Su despotismo místico los tuvo por columnas y sostén. Ellos hacían la noche en la conciencia del pueblo, para que aquel vampiro harto de sangre pudiese vivir y revolotear á su antojo sobre aquel pueblo asustado.

Aislado en su poder, asombrado del propio silencio que hacía guardar, viendo llegar poco á poco la muerte, cada día fué haciéndose más suspicaz, más desconfiado, más cruel. Su aislamiento lo condujo á la misantropía, su misticismo al delirio, su temor á la alucinación.

Sólo pensaba en la muerte, y veía por todas partes conjurados y puñales.

No salía á la calle sino á caballo, rodeado de guardias, haciendo que cerraran á su paso todas las puertas y ventanas, y los transeúntes se retiraran á veinte pasos de distancia suya.

Había llegado al último grado del despotismo: la locura.

Aquel elefanciaco del poder huía del contacto humano: él mismo se hacía justicia.

Así trascurrieron los últimos años de su gobierno para aquel misántropo horrible.

Un día hubo más silencio que de costumbre en las habitaciones del sombrío ilusionado... No se vio salir á nadie, pero nadie se atrevió á entrar tampoco. Las guardias se relevaron en silencio. Al mediar al día siguiente se notaba un mal olor en las habitaciones presidenciales. Al fin fué preciso entrar.

El déspota había muerto.

Al pie de su lecho, rígido, frío, con ademán soberbio, yacía el octogenario dictador.

Había muerto como había vivido: solo, en su celda como un asceta; pobre como un filósofo.

Sus funerales fueron suntuosos, y se le levantó un mausoleo; pero un día manos vengadoras abrieron la bóveda, el cuerpo fué extraído de ella, y los perros hambrientos lo devoraron.

También en la antigüedad el polvo de Nerón fué aventado lejos.

Para Francia no quedó tumba donde ponerle un epitafio.

Los tiranos osan soñar con la gloria, y piensan en la inmortalidad de su miseria, queriendo con lujosos monumentos perpetuar su miserable nada; mas pasan la justicia de los siglos y la tempestad

de la historia, y derribándolo todo, sólo deja en descubierto sobre la piedra desnuda esta tétrica palabra : TIRANO.

Para todas las tumbas tiene la humanidad una lágrima; para éstas no tiene más que un anatema.

Sería un sacrilegio llorar á un muerto que ha hecho tanto llorar vivo.

La tiranía es un delito que no prescribe ni con la muerte.

Los tiranos son desertores de la humanidad, que, ni muertos tienen derecho á refugiarse bajo el pendón de la clemencia humana.



ROSAS

Hé aquí otro alucinado trágico.

La historia de este gaucho feroz merecía ser escrita en el dialecto bárbaro de una tribu americana, para encanto y modelo de salvajes, y para ser narrada en el fondo de una selva, al resplandor del vivac en un campamento de cazadores de cabelleras.

Es algo así como la fantasía de la barbarie, la invasión de una tribu, el reinado del hombre del desierto.

Rosas es un tipo digno de ser historiado por un Jornandes americano.

No tiene la historia militar y el valor épico que cautiva en Iturbide, aquel rey de campamento, ni la casta y feróz austeridad que impone en Francia, aquel cenobita del poder: éste no tiene casi perfil humano.

Y, sin embargo, al decir de sus biógrafos, era bello como Byron, y apuesto como un guerrero de leyendas orientales: *forma fuit eximia*, diría Suetonio. Su alma era sombría y tétrica.

El viento del desierto con hálitos de tempestades y olor de selvas vírgenes, meció la hamaca del moriches y arrulló el sueño infantil de este gaucho salvaje, asordando su oído con el rumor de sus tormentas. Las perspectivas ilimitadas y solemnes de las pampas, y un cielo azul como sus ojos, y á veces tempestuoso como su alma, fueron su primitivo horizonte. El canto de las aves al aclarar el día, y el roznido del jaguar en la cercana selva durante la noche, fueron el himno con que la naturaleza arrulló aquel temperamento indómito y cruel.

Así, en medio de aquella soledad, libre, indomable, fogoso, creció aquel gato montés, que salta luego sobre las páginas de la historia, con una talla de tigre.

Pastor adolescente, vagabundo y perverso, siempre con el lazo tendido, montando potro indó-

mito, este centauro niño era á los catorce años terror de la comarca, pues la corría ya, cazando ciervos antes de cazar hombres, violando mujeres antes de violar leyes, y matando animales indios antes de matar hermanos.

Era una naturaleza inculta, primitiva y feroz: el temperamento perfecto de un jefe de beduinos.

Como el movimiento de la onda sísmica hace salir las fieras de sus cuevas, así la convulsión de la guerra hace salir de sus guaridas esas fieras humanas, llamadas *déspotas*.

Las revoluciones que han dado tantos tiranos al mundo, dieron á Rosas á la República Argentina. Estudiando en una escuela militar lo halló una de éstas, y lo lanzó á la vida pública.

Asaltó el poder como un gato, de un brinco, y se sentó allí, con su aspecto felino y astuto.

Fusilado Dorrego, después de Ituzingo, y vencido Lavalle, Rosas imperó solo.

Desde entonces perteneció á la raza sagrada de los *providenciales*, y fue implacable.

Como jefe nato de la *mazorca* y otras agrupaciones de bandidos, tuvo por veinte años suspendido el puñal sobre la república, hiriéndola sin piedad. Veintidós mil quinientos argentinos murieron bajo el cuchillo de sus sicarios.

Aquella fiera no toleraba más que una mano que acariciaba á veces su desmelenada y enorme cabeza: Manuela, su hija.

Bajo aquella blanca mano la espantosa faz del tigre se serenaba, volviendo á tomar casi sus facciones humanas. Así el viejo león de Arabia cierra los ojos fingiéndose dormido al sentir sobre su frente la proyección del ala blanca de una paloma viajera.

Rosas en la historia tiene una magnitud sombría: pertenece á la clase de los cataclismos. Su paso por el poder marea una de esas épocas inolvidables, algo así como una invasión de piratas, un temblor de tierra, la inmensa desolación del cólera... Tiene la inmortalidad de los grandes azotes.

El poder se pegó á su cuerpo como la túnica de Neso, para consumirlo, y furioso este jaguar pampero devoró cuanto encontraba al paso.

La fortuna, que tiene condescendencias inexplicables, dio besos de amor en la frente de aquel monstruo.

Encastillado en Buenos Aires, lidió con los ingleses, con los franceses, pactó con unos, cansó á los otros, triunfó de varias revoluciones; la injusta victoria lo acarició, y fue omnívoro.

Pero el despotismo es un coloso que tiene los pies de lodo, y la ola más débil, en el momento más impensado lo derriba.

El dictador argentino cayó un día á tierra, en medio del aplauso universal.

La fortuna no le volvió por completo la es-

palda, y pudo escapar con su hija y sus riquezas. Se refugió en Southampton.

Los mares del Norte, oscuros y tempestuosos, dieron su arrullo formidable al alma de aquel tirano, siempre feroz y entonces entristecido.

Como un tigre en los juncales de un pantano, paseaba el gaucho criminal todas las tardes por las riberas del mar, dejando errar sobre las olas su mirada felina, y sintiendo en el alma la nostalgia del poder y del desierto. Del brazo de su hija, anciano y meditabundo, veían los viajeros americanos aquel monstruo, sobre el cual empezaba ya la justicia de la historia á agitar sus alas formidables.

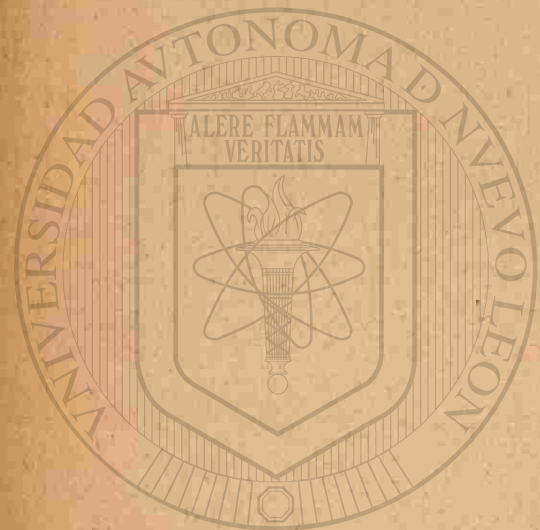
Un día cayó enfermo; y, cuidado por su familia, auxiliado por su oro, que era lágrimas condensadas, atendido por la ciencia, ungido por la religión, en cuyos altares había figurado entre sus santos como un patriarca modelo, como el hombre que no hubiese hecho ningún mal, dobló para siempre su cabeza cargada de maldiciones aquel tirano trágico, para quien todos los tormentos del mundo habrían sido pocos.

Oh! injusticias supremas del destino!

Quando se ven estas desapariciones tranquilas de despotas, estos desafíos insolentes al sufrimiento de los pueblos, se hace difícil que haya quien ante aquellos sepulcros hable de la eterna justicia!

Entonces no queda sino una vengadora terrible :
la Historia.

Ay! pero ese rayo no aniquila sino una som-
bra l...



MELGAREJO

Este tirano no tiene biografía.
Su historia fue su crimen.

Fugaz, trágico, sangriento, pasa en el torbellino
de la política de su tiempo, como esas nubes cár-
denas y amenazantes que arrastra y disuelve el
huracán.

Tuvo la fulgurante y asesina rapidez del rayo
ó del puñal. Brilló en la sombra, asesinó, y pasó.

Era velludo como un oso, fornido como un toro,
cruel como un tigre, y torpe como un topo.

Oscuro, ebrio, brutal, fue por sus vicios una

especie de Andueza Palacio, pero *masculino* y con machete.

Epicure grege porcum, diría Horacio.

El vicio triunfante, la vulgaridad hecha poder, la audacia vencedora : eso fue él. Una de esas figuras de decadencia que anuncian el raquitismo de las tiranías.

Soldado atrevido y ambicioso, no tuvo más virtud que el valor, el cual en ciertas almas es un instinto brutal.

Fue hijo del tumulto y de la guerra, nació en el seno del desorden, y vivió en el motín : esos hijos del caos son siempre atrevidos y feroces como el hombre primitivo.

De pronunciamiento en pronunciamiento, de traición en traición llegó á la cima : así se asciende en épocas de sombra. Hay flores que sólo se abren en la noche, aves que sólo vuelan en tinieblas, plantas que sólo crecen en el fango. Así hay almas que sólo viven en el desorden, creciendo en medio de él con espantosa majestad.

Melgarejo era una de éstas.

Representaba algo así como uno de aquellos emperadores, fugaces, hechos y deshechos por los pretorianos en las postrimerías del Imperio Romano. Soldados que no alcanzaban á llegar bajo el solio, y á falta de trono se suicidaban en su cama, como Oton, y se envolvían para morir en su abrigo de campaña, á falta de la púrpura soñada.

Tumbas ignoradas, sobre las cuales no extendían sus alas las victoriosas águilas del Lascio !

Había peleado como un bravo en Ingavi, siendo, con Ballivián, vencedor de Gamarra, é invasor del Perú.

Fue para Bolivia uno de esos soldados que la dominaron tanto tiempo, como Bulnes, Ballivián, Velasco, Sánchez, ó Achas, y cuya personificación ambiciosa, pedantesca, brillante y soñadora, fué Linares.

Después del crimen de Loreto, del cual acaso no estaba puro, concibió el plan de tumbar el gobierno de Acha, y así lo hizo, dando en tierra con él por medio de un golpe de cuartel.

Su poder fue efímero y sangriento.

Patibulos, venganzas, crímenes : una mancha de sangre y de sombra, tal fue lo único que dejó en la historia.

Derribado después por una revolución semejante á la que lo había llevado al poder, escapó con vida por rareza, y se refugió en el Perú.

Un día, en Lima, ebrio, escandaloso, brutal, entró en casa de su hija, puñal en mano, y fue muerto por el marido de ésta, al pie de la escalera de la casa.

Así concluyó aquel tirano imbécil y feroz.

Su historia casi no alcanza á ocupar una página.

Fué un triste ejemplo de esa funesta dinastía del sable, del cual aún no nos vemos libres en la América del Sur.

La libertad ha podido alguna vez refugiarse en los campamentos, pero no ha salido nunca pura de ellos.

Los soldados afortunados pelean por la libertad como por una querida, para violarla.

Siempre que la libertad ha caído en los brazos de un guerrero, ha muerto sofocada por él. Todos ellos la deshonran primero, la traicionan luego, y la matan al fin.

Esa es la eterna historia, repetida por todos, ya se llamen Napoleón, que fue el genio, ó Melgarejo, que fue la audacia.



GARCÍA MORENO

Henos aquí en lo más espeso de la sombra!...
García Moreno es el horrible pájaro de la noche.
Para perseguir á este tirano buho hay que bajar con él hasta el fondo del abismo, siguiéndolo en su voloteo vertiginoso en las tinieblas.

La proyección de la figura de este déspota en la historia es pequeña y deforme : es repugnante como una larva, y venenosa como una víbora.

La historia de su trágica dictadura no tiene un rayo de luz! Prodigó la muerte y la sombra,

La libertad ha podido alguna vez refugiarse en los campamentos, pero no ha salido nunca pura de ellos.

Los soldados afortunados pelean por la libertad como por una querida, para violarla.

Siempre que la libertad ha caído en los brazos de un guerrero, ha muerto sofocada por él. Todos ellos la deshonran primero, la traicionan luego, y la matan al fin.

Esa es la eterna historia, repetida por todos, ya se llamen Napoleón, que fue el genio, ó Melgarejo, que fue la audacia.



GARCÍA MORENO

Henos aquí en lo más espeso de la sombra!...
García Moreno es el horrible pájaro de la noche.
Para perseguir á este tirano buho hay que bajar con él hasta el fondo del abismo, siguiéndolo en su voloteo vertiginoso en las tinieblas.

La proyección de la figura de este déspota en la historia es pequeña y deforme : es repugnante como una larva, y venenosa como una víbora.

La historia de su trágica dictadura no tiene un rayo de luz! Prodigó la muerte y la sombra,

asesinó por millares, azotó á sus generales, resucitó el tormento en las prisiones, mató la juventud en las plazas, y pasó en la sombra blandiendo el puñal con una extraña mirada de loco y la espantosa crueldad de un fanático.

Fue un jesuita feroz, un neurótico poseído del odio más ardiente al progreso humano.

No tenía la austeridad de Francia, ni la altura intelectual de Núñez, esos otros dos tiranos jesuitas de América.

Era un despreciable y oscuro soñador de crímenes.

Aquel déspota fue un arcaísmo político, un extraño en este siglo, una especie de fraile loco, escapado de su celda, y tocado del misticismo de la destrucción, muy digno de galopar al lado de Santo Domingo de Guzmán en las cruzadas albigenses.

Es el tipo ideal del tirano fanático.

Yo no sé si sería tonsurado, pero mereció serlo.

Es la figura más sombríamente odiosa de la historia americana. Tan pérfido era y tan malo, que han pretendido después canonizarlo. Bien merece ser notabilidad de almanaque.

Mezcla confusa de sacristán y leguleyo, fraguaba sus asesinatos en los claustros, y los ejecutaba en nombre de Dios y de la ley.

Su fama es enteramente conventual, y los himnos á su nombre son salmodias cantadas en su loor por curas y monaguillos.

La humanidad no le debe sino atraso, lágrimas y sangre: no puede tener para él sino anatemas.

La Iglesia podrá levantarle algún día altares, y colocarlo entre sus ídolos; la libertad no le alzará nunca monumentos, á no ser que le levantara una estatua como la que el conde de Maistre deseaba alzar á Voltaire: *por la mano del verdugo*.

Su tosca y desgraciada personalidad no forma al lado de esos tiranos brillantes por el valor ó por el talento, y que deslumbran á los pueblos con el espectáculo de sus victorias ó el brillo de su genio: no, es vulgar y pequeña, pueril y frailesca.

La fantasía más soñadora no podrá embellecerlo nunca; la leyenda heroica nada tendrá que hacer con él: sus crímenes romperían el molde de cualquier poema; pertenece á las narraciones medrosas, á las tradiciones lúgubres, á la tragedia histórica.

La gloria no tiene noticia de su nombre.

Su espantosa cabeza de Medusa aparece en la historia americana, guillotínada por Montalvo, y encerrada en la jaula de hierro de su espantosa dialéctica!

¿Cuál fue su historia?

Ayudado por los jesuitas asaltó el poder, acogió el derecho, mató la libertad, enterró vivo el pueblo del Ecuador, clavó sobre ese sepulcro una negra cruz, y en uno de los brazos de ella plegó sus alas y clavó sus garras este inmundo buho, y

quedó allí, centinela de la muerte, amenazante y fijo, mirando el horizonte, que estaba siempre oscuro, iluminado á intervalos por las llamas fluctuantes del Pichincha!....

De vez en cuando erizado y medroso, prestaba oído atento á un inmenso ruido que venía perturbando aquel silencio, algo formidable que avanzaba en medio de la soledad, haciéndolo estremecer : era la voz y el pensamiento de Juan Montalvo, que pasaban sobre aquel pueblo dormido : verbo de rayo, tempestad de ideas !

¡ Qué duelo tan trágico y tan grande el de aquel déspota sombrío y aquel talento indignado, el de aquel buho y aquella águila.

El águila bajaba amenazante sobre el siniestro buho, le picoteaba la cabeza hasta hacerle sangre, lo asordaba dándole aletazos tremendos ; graznaba furioso el negro pajarraco, ensayaba picar, pero caía al fin patas-arriba, alborotado el sucio plumaje, herido por aquellas alas poderosas, y entonces el águila se levantaba serena, majestuosa, imponente, y se alejaba hasta perderse entre las brumas del pálido horizonte.

Y pasaba esa águila proscrita por América y Europa, llevando en sus alas como jirones de la sombra con que acababa de luchar, llenando de acentos bélicos el espacio y contando al mundo el martirio de aquel pueblo, crucificado, secuestrado y mutilado en pleno siglo XIX.

Jamás tirano alguno fue tan duramente flagelado en vida por el látigo de un estilo tan viril.

La musa triunfal de Eschilo, persiguiendo á Jerges aterrado hasta en brazos de sus concubinas y de sus eunucos, tuvo apenas acentos semejantes.

El alma del Ecuador se refugió en Montalvo prestándole ese acento, condensación de todos los anatemas, y vengándose así de ese tirano, condensación de todas las maldades.

Montalvo reunió el verbo cáustico de Juvenal, la elocuencia de Marco Tulio, y la candente concisión de Tácito, en ese haz de azotes con el cual fustigó tan duramente al sátiro jesuita, que la azotaina se oía en toda América, como se oye en un circo el chasquido del látigo de un domador de fieras.

Victor Hugo y Juan Montalvo han sido los dos más grandes indignados de este siglo : nadie ha superado sus soberbios acentos.

Sus duelos con Bonaparte y García Moreno, respectivamente, son las dos más bellas epopeyas de la pluma contra el cetro, del talento contra la iniquidad.

La historia verá siempre, en medio de fulguraciones terribles, pasar la sombra de aquellos dos tiranos fugitivos, perseguidos por aquellos dos genios indignados ; y en vano los réprobos tratarán de ocultar las frentes, si siempre han de mar-

cárselas las estrofas ardientes de los *Castigos*, y los períodos fulgurantes de el *Cosmopolita*.

La justicia venció al fin.

La soberbia del pueblo, tanto tiempo comprimida, estalló en una catástrofe violenta.

Un día, al salir de su palacio, el tirano se halló frente á frente con los conjurados del pueblo, vio brillar algo como un relámpago sobre su cabeza, y sintió que la hoja fría del puñal de la venganza popular le entraba en el corazón.

Al verse frente á la muerte, aquel matador, que tanto la había prodigado desde su palacio, tuvo un miedo cerval, tendió las manos suplicante, cayó de rodillas implorando perdón, lloró pidiendo la vida; y él, que nunca la había tenido, osó hablar de piedad!... Los conjurados fueron implacables, y el déspota murió como había vivido, ahogándose en sangre.

No supo ni morir; cayó como un cobarde.

No asió moribundo el puñal homicida, como Hippias, ni se cubrió majestuosamente como César, ni se sonrió con desdén como el bearnés, ni trató de poner la mano en su contrario, como Gustavo de Suecia: sólo alcanzó á morir llorando é implorando la vida como la cortesana aquella que exclamaba en el cadalso: *Piedad! no me hagáis daño, señor verdugo.*

De él sí que puede decirse que en su caída es donde se conoce bien su miserable naturaleza;

ella recuerda el ídolo de la Biblia que se rompió junto al tabernáculo del templo: de su cabeza salió un nido de ratones. De la cabeza de García Moreno sólo salió su alma cruel, con los colores del miedo.

Mis enemigos están en el deber de matarme, porque si no, los extermino, decía el déspota.

Mi pluma lo mató, dijo Montalvo al saber el drama de Quito.

Estas dos frases sintetizan la tragedia, y parecen arrancadas á los labios de dos personajes de Eurípidés.

Si la pluma de Montalvo, como él hiperbólicamente lo dijo, mató á García Moreno, también lo inmortalizó, condenándolo á la más espantosa de las inmortalidades: la del oprobio.

Mientras se hable la lengua castellana, se leerán siempre, como modelos de arte y de elocuencia, las obras de don Juan Montalvo, y las generaciones futuras aprenderán en aquellos apóstrofes sublimes á odiar la sombría figura de García Moreno, condenado á tan triste supervivencia por el poder de aquel vengador terrible!

Llevado así, por el genio poderoso de Montalvo, atado á él, ese tirano infeliz atravesará la historia como un nuevo Mazzeppa, eternamente desgarrado, y escuchando como aullido formidable en torno suyo las eternas maldiciones á su nombre!...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NÚÑEZ

Hé aquí el tirano esfinge.

Para hablar de su obra sería necesario emplear el tono elegíaco, pues su figura impera entre ruinas; para hablar de su personalidad el estro vengador de los profetas de Sion, pues fue opresor y adúltero como un rey asirio; pero la democracia tiene acentos más viriles para condenar á sus verdugos: nada tiene que prestarle á la antigüedad.

Este apóstata sombrío llevaba en el semblante aquella palidez que hacía presentir á César la trai-

ción en el rostro del último romano; en su alma la sombra que envolvió la de Tiberio, y en su conciencia las tempestades que asaltaron la última noche el corazón del discípulo traidor al Cristo.

Como el vendedor del apóstol galileo, él mismo se encargó de hacerse justicia.

Sólo el Luzbel de la leyenda cayó de más alto que este renegado insigne.

No colgado de un árbol, oscilando á impulsos de la nocturna brisa, sino huyendo de la sombra de su crimen, como Caín, solitario y vagabundo en una playa del mar, náufrago de su ambición, aquel *tirano momia* se presenta al estudio de la historia y á las miradas compasivas del mundo.

Allá, como una águila marina vencida por la tormenta, que despedazadas las alas no pliega el vuelo, sino se desploma en una roca y se refugia allí, soberbia, pero impotente, viendo poco á poco ennegrecerse el cielo y crecer la sombra en el inmenso horizonte, agitando de vez en cuando las rotas alas, y dando al viento un lúgubre gemido; vegetó y se consumió lentamente, entre sus sueños de poeta, sus remordimientos y sus sangrientas visiones, el dictador colombiano, rencoroso y vengativo, solitario y triste, en una playa del océano Atlántico.

Allí espaciando su mirada soñadora, sobre las olas de aquel mar, azul como sus pupilas; solitario, profundo, traidor y lleno de abismos como su alma.

Allí se ostentaba aquel tirano ruina, inclinado sobre dos abismos, el del mar y el de su conciencia.

Allí viendo las tempestades del uno, y sintiendo las tempestades de la otra. El oleaje golpeaba en sus playas, y el remordimiento en su alma. Las olas y las maldiciones formaban rumor siniestro en torno de aquel hombre azote y enigma, siniestro conductor de multitudes y de sombras.

Todo en él tuvo la densa oscuridad del abismo.

Es poeta, y su poesía metafísica, oscura, grandiosa, no tiene la vaguedad de nieblas coloreadas de los soñadores alemanes: su nebulosidad espesa la hace negra, es una nube de tempestad que el sol no colora, y cuyo seno se ve incendiado á veces por cárdenos relámpagos: carece del lirismo y la armonía de los grandes poetas franceses ó italianos; tiene más bien algo de Byron en la pasión de sus poesías eróticas, y sólo cuando se conmueve se roza casi con el autor de *Rolla*. Su musa no es helénica, y la eufonía está ausente de sus versos, en cuyo fondo sus ideas semejan riquísimo perfume árabe encerrado en tosco y desgarbado vaso.

Sus grandiosos pensamientos parecen bloques de mármol arrojados al acaso esperando la mano de un artista que los pula. Los más puros semejan fragmentos de una rota columna del Partenón. Es en su poesía, como en su vida toda: enigmático y sombrío.

Escritor dogmático, sentencioso, ama los moldes de la escuela inglesa que trata de imitar, y es levantado y áspero, como una roca andina.

La elevación de sus ideas, cierta profunda oscuridad, que hace recordar á Tucídides; la forma sibilina que le es peculiar, y el tono soberbio de quien tiene seguridad de ser oído, son los rasgos distintivos de sus escritos.

Filósofo eclético, sin creencias, sin virtud, sin conciencia, sin honradez, no fue un filósofo especulativo, sino especulador; recorrió todas las escuelas sin detener el vuelo en ninguna, y fatigado al fin, como una ave enferma, plegó sus alas en el campanario de las iglesias, lleno de remordimientos, envidias y despecho.

Después de profesar un escepticismo digno de los tiempos de Protágoras ó Demócrito, y haber aceptado como suya la divisa de Montaigne, é impulsado sus doctrinas no ya al pyrronismo, sino á la negación y al ateísmo, de súbito y por interés, por sórdido interés, buscando una protección para sus delitos, una escala para su ascensión, un perdón para sus adulterios, un manto para sus liviandades, se envolvió en el de la iglesia romana, y se hizo no ya creyente, sino místico, pero no místico contemplativo, sino perseguidor iracundo, innovador feroz. Especie de aquel bárbaro Cirilo, verdugo de Hipatia, este renegado sólo vivió pidiendo persecuciones y exterminio para sus antiguas ideas.

Como el criado de Gamaliel, después de la fábula del camino de Damasco, se volvió contra sus antiguos amigos, y los apedreó.

Apóstata ambicioso, debiendo su poder á la traición, tuvo el fuego y el encono que llevan siempre los apóstatas contra la causa abandonada.

Los rasgos distintivos de la neurosis de este político, fueron: el orgullo y la venganza.

Ellos lo condujeron al cisma liberal, de éste á la traición, y de la traición al despotismo.

Empujado por el viento de su ambición, se despeñó de la cima de sus sueños, y despertó en el abismo...

Náufrago de los mares de la libertad, se replegó en las regiones de la autocracia, y llegó á ellas hambriento y feroz, como uno de esos osos polares á quienes sorprende la descongelación de los mares, y llevados sobre un témpano de hielo, sombríos viajeros, viajan semanas y semanas, hasta que son arrojados por la fatalidad sobre un rebaño indefenso. Así cayó él sobre la república.

Marchitas fueron las hojas de su corona apolínea, palideció su estró, y su musa plegó las alas. Ya no fue más que un traidor...

El poeta se hizo déspota.

El ateo se hizo creyente.

El filósofo revolucionario se hizo ortodoxo implacable; de rodillas á la sombra de las iglesias besaba los ídolos que había escupido, y levantaba

los altares que había ayudado á derribar, y edificaba templos á la religión con los fragmentos del templo de la libertad que destruía.

La pluma que había defendido la libertad, escribió el más vergonzoso evangelio de reacción.

La mano hecha para pulsar las cuerdas de la lira, se ejercitó en tirar las de las horcas...

Extendió la sombra sobre la patria.

El derecho y la moral se cubrieron avergonzados.

Hizo de su venganza ley política, y de su poligamia ley moral.

Colocó la dictadura y el adulterio en la cima.

Y vio que sacerdotes y políticos se inclinaron ante él cuando llevando su concubina de la mano paseó los salones del Palacio de San Carlos, y el Papa extendió su mano temblorosa para bendecirlo, y lo llamó su *hijo querido*, ungiendo su frente con el óleo del perdón; y mientras la esposa legítima agonizaba en la miseria, la sociedad conservadora se disputaba el puesto cerca al adulterio triunfante, como los cortesanos de Luis XV se disputaban el taburete cercano á la Dubarry, manecía casi coronada.

La religión y el servilismo formaron un solo himno al despotismo y al vicio.

Los fanáticos y los ignorantes son la mejor manera para hacer lacayos.

El pensador coronó la cima, pero vio á sus pies el abismo...

El filósofo sintió asombro ante tamaña abyección, y comprendió que aquellas sierpes se arrastraban pero podían morderlo. Tuvo miedo de su propia obra... Era tarde! Había despertado el hambre de las fieras, y en vano temblaba ante su rugido... Los acontecimientos eran superiores á él, y sus débiles alas no podían ya luchar con la tormenta. Había provocado la borrasca, y el oleaje jugaba con él como con un corcho. Al fin, el aliento de la propia tempestad levantada por él, lo arrojó sobre una playa...

Tarde debió recordar su propia estrofa:

*Que aquéllos que á los otros despotizan,
Suicidas, con su propia mano atizan
El incendio que escoria los hará...*

Y al despertar en el fondo del abismo, manchado de sangre, convicto de traición, perseguido por el odio y el baldón, tiznado por su infamia, traicionado por sus amigos, mezcla confusa de Caín y Judas, no hallando cómo lavarse las sagrientas huellas del sacrificio fraternal, ni cómo borrar la historia de su traición nefanda, buseó el aislamiento, y viejo poeta, se refugió en la soledad y en las riberas del mar para vivir.

Y allí, triste, septagenario, víctima de repentinos ataques de soberbia, con accesos de venganza senil, decadente y rencoroso, terminó su existencia

aquél que fue poeta y filósofo, traidor y déspota.

Caída sin grandeza, agonía sin majestad!

Dicen que al caer las tardes, el tigre del Cabrero, nombre con que pasará á la historia este tirano sombrío, contemplaba con mirada melancólica el horizonte infinito y el majestuoso descenso del sol occidente!...

Ay! acaso pensaba que ese sol, como la libertad, se oculta para reaparecer, entre tanto que para los traidores y déspotas no hay aurora...

Y caía la noche y cubría al déspota, pensativo á la orilla del océano y envuelto en la espantosa noche moral de su alma!...

Él lo había dicho:

Ah! que del torcedor remordimiento
Nadie se libra, ni el mendigo hambriento
Ni el envidiado poderoso rey.
Y, aquél, que á un pueblo, temerario oprime,
Luego, espantado de sí mismo gime,
De la reacción por la implacable ley!

Y así estaba él.

Las olas de aquel mar, por embravecidas que estuvieran, las tempestades, por reciamente que rugieran, no podrían dominar los tumultos de aquel pensamiento, el grito aterrador de aquella conciencia, el aleteo de recuerdos que como bandada de aves carniceras se cernían sobre aquel cerebro, y el inmenso clamor del remordimiento

que se agitaba formidable en el oscuro fondo de aquella alma... Y por sobre todo esto, como en fúnebre *crescendo*, el eco de los ayes de las madres, de las viudas, de los niños huérfanos por su causa...

Espantoso Prometeo devorado por el buitres del recuerdo!

Y en vano pedía consuelo al sueño, porque en él iban á perseguirlo las desmelenadas y hambrientas figuras de las víctimas que su ambición había sumido en la miseria; y en vano ocultaba en las almohadas el rostro sudoroso, si en el fondo de su conciencia veía levantarse más horrorosas visiones, y si abría sus ojos aterrados, creía ver á un extremo de su lecho, como sostenido por una cuerda invisible, colgando y oscilante el cadáver de Pedro Prestán, mirándolo con sus ojos brotados de las órbitas y su amoratada y aterrada faz de ahorcado! Y al otro extremo, envuelto en la bandera de la república, como único sudario, la pálida y altiva figura de Ricardo Gaitán, en cuyos labios se veía creciendo como una inmensa mancha negra, la última gota del veneno que lo llevó á la tumba!

Centinelas implacables, colocados allí por el remordimiento para velar el sueño del tirano!

Así, bajo la sombra del oprobio, hostigado por sus visiones lúgubres, azotado por las alas del espíritu liberal que se le cernía encima como un buitres

furioso, solitario, entristecido, abandonado de los que explotaron su traición, fue caminando lenta y tristemente hacia la tumba aquel sombrío Cain !

La América contempló indiferente esa oscura agonía !

¡Al fin murió!

Mas, ¡ay! ni bajo la losa del sepulcro hallaría calma porque, como al fratricida de la leyenda, si abriera los ojos en el fondo de la tumba, vería sobre él, fijo, centellante, severo, el ojo formidable de la historia.



GUZMÁN BLANCO

Este no es un tirano trágico, es un tirano cómico.

Carece de majestad, porque carece de seriedad.

No tiene grandeza, sino boato : su gloria se compone de hipérboles con átomos de verdad.

Hay mezclado á su brillo real mucho oropel, y aparece en la historia con el aparato de un rey de melodrama.

Queriendo hacer el Talma hizo el Coquelin de la política.

furioso, solitario, entristecido, abandonado de los que explotaron su traición, fue caminando lenta y tristemente hacia la tumba aquel sombrío Cain !

La América contempló indiferente esa oscura agonía !

¡Al fin murió!

Mas, ¡ay! ni bajo la losa del sepulcro hallaría calma porque, como al fratricida de la leyenda, si abriera los ojos en el fondo de la tumba, vería sobre él, fijo, centellante, severo, el ojo formidable de la historia.



GUZMÁN BLANCO

Este no es un tirano trágico, es un tirano cómico.

Carece de majestad, porque carece de seriedad.

No tiene grandeza, sino boato : su gloria se compone de hipérboles con átomos de verdad.

Hay mezclado á su brillo real mucho oropel, y aparece en la historia con el aparato de un rey de melodrama.

Queriendo hacer el Talma hizo el Coquelín de la política.

Los rasgos distintivos de su carácter fueron: la vanidad y la avaricia: á ellos sacrificó sus cualidades de mando.

¡ Pedantesco hasta el ridículo, avaro hasta el exceso.

Para él, el poder no fué sino un escenario y una mina: representó y explotó.

La naturaleza le dio figura imponente, y él, por hacer el Júpiter Tonante, la hacía ridícula; tenía hermosa y clara voz, pero gustaba de ahuecarla para asustar á sus políticos rurales y á sus generales de parroquia, y la hacía entonces campanuda; su mirada era imponente, mas por hacerla investigadora y terrible la tornaba en una de basilisco, como para terror de escolares; caminaba como un rey de teatro en los salones de la Casa Amarilla, y á fuerza de estudiar posturas y ademanes, concluyó por hacerse soberanamente ridículo.

Tenía modales de diplomático, y usaba interjecciones de soldado. Tenía audacias de loco, mezcladas á puerilidades de niño.

Se vestía á veces como un fante; decia en cartas groseramente escritas y torpemente publicadas, que los mariscales del primer imperio francés no le daban á la cintura; criticaba á Bonaparte; hablaba de batallas campales con admirable desenfado sin haber visto nunca una; se hacía colocar en una misma medalla con Bolívar; se hacía dar de

sus adeptos títulos pomposos, que colmaban lo ridículo; se hacía levantar estatuas, y se mandaba pintar en una basilica con manto y túnica de evangelista...

No entendía nada de milicia, pero se hizo titular *general*. No entendía nada de derecho, pero se hizo dar el grado de *doctor*. No sabía gramática, pero se hizo nombrar académico. La culpa no es toda de él.

Al lado de estas ridiculeces y estas audacias, es indudable que había en él dotes de mando.

Dice Chateaubriand que hay unos hombres que hacen las revoluciones, y otros que se apoderan de ellas: á estos últimos pertenece Guzmán Blanco.

Figura secundaria y casi oscura en la guerra de la Federación, muertos ó desaparecidos los grandes caudillos, careciendo el partido vencedor de hombres de gobierno, él apareció en el momento preciso, para arrebatár la república á la turba de caudillos, que sin verdaderos ideales, sólo aspiraban á poseerla por premio á su coraje.

No concluyó, como muchos lo han dicho, con el caudillaje, sino que lo organizó bajo su férrea mano.

Llevó la república, del campamento al capitolio. ¿ En poder de quién habría caído ésta, si Guzmán no la hubiera arrancado de manos de ese tumulto de soldados victoriosos?

Su brillante dictadura habría sido reemplazada

acaso, por la de algunos de esos generales sin cabeza y sin carácter que fueron luego por turno escabel de su dictadura, restos venerables, náufragos de aquella guerra, á los cuales se les vió después como desconcertados en la política, sirviendo de ejemplo de revoluciones, que cuando no terminaban en una infidencia, espiraban en una catástrofe!

En cambio el despotismo de Guzmán ha sido el único despotismo fecundo en América.

Oprimía, es verdad, pero no como una losa de sepulcro, con inmensa pesadumbre, proyectando la sombra y causando la asfixia, sino como un jinete oprime los lomos de un corcel indómito, al aire libre, al horizonte abierto, andando siempre, avanzando cada día, y sorprendiendo con un progreso al brillo de cada aurora.

Nada de estancamiento, nada de retroceso.

Hacienda, ejército, instrucción pública, clero, todo lo regimentó. Y á su impulso poderoso la república extenuada recobró sus fuerzas; la hacienda pública salió del caos; el crédito nació; hubo como raudales de oro, y el pueblo despertó al rugido de las locomotoras que cruzaban las altas sierras y los profundos valles.

Guzmán oprimió, pero á plena luz. Ni un jirón de sombra arrojó sobre el pueblo.

El no aspiró, como otros, á oscurecer para reinar. Parecía desafiar la misma luz con su poder.

Á semejanza de Mosquera y Porfirio Díaz, some-

tió la tumultuosa y oscura falange de los curas, haciéndoles sentir sobre sus cabezas unguidas la mano del poder.

Como bandadas de lechuzas sorprendidas, salieron los frailes de sus conventos cuando el audaz mandatario escaló las alturas del capitolio.

Sobre las ruinas de templos que eran sarcasmo del arte, levantó teatros que son orgullo de él; y sobre las ruinas de los conventos, asilos de la holgazanería, alzó edificios que hoy son asilos de la ciencia, y templos de la ley.

Acaso no hay tradición de gobierno más progresista en estos países americanos del Sur.

Es la figura menos sombría entre estos déspotas, Es el tirano menos sanguinario de la América.

No se le puede imputar sino un asesinato: el de Matías Salazar. Y, sin embargo, tuvo bastante talento para marcar con aquella sangre la frente de todos sus generales.

Eso no lo salvará ante la historia.

Napoleón encontró quien juzgara al duque de Enghien; Bolívar halló quien juzgara á Piar, y la historia no ha absuelto esos asesinatos. Hallar cómplices no es ser inocente.

Guzmán es un compuesto de sombra y luz, con mayor suma de claridad.

Al desaparecer de la escena no dejó en pos de sí la sombra y el atraso, sino luz, mucha luz en el horizonte.

Como tirano no tendrá nunca perdón.

Como hombre de progreso merecerá siempre admiración.

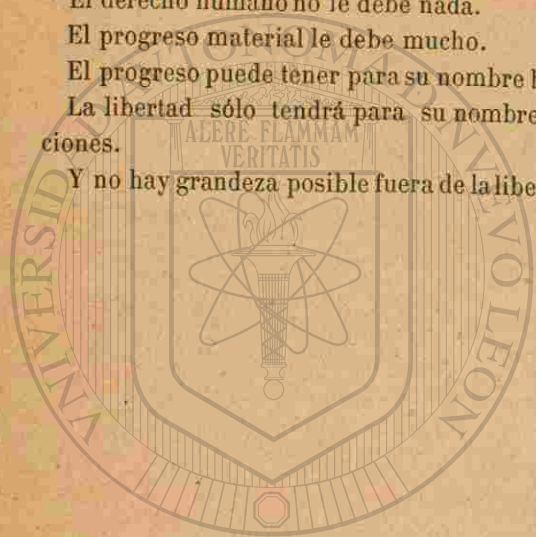
El derecho humano no le debe nada.

El progreso material le debe mucho.

El progreso puede tener para su nombre himnos.

La libertad sólo tendrá para su nombre maldiciones.

Y no hay grandeza posible fuera de la libertad!...



BALMASEDA

Hé aquí el grande extraviado.

Tiembla la mano al escribir su historia, y el labio al maldecirlo se estremece.

Oh! supremo desvanecimiento de una grande alma, súbito extravío de una conciencia, desgraciado eclipse del bien, espantoso desmayo de una virtud!

En presencia de la infausta dictadura de este grande hombre, al verlo marchar así al abismo, impulsado por la fatalidad, se siente algo de la

dolorosa impresión del que ve desde la playa un buque arrastrado por el viento, lanzarse hacia el escollo; el pavoroso recogimiento del que inmóvil presencia desde la orilla la imponente y trágica escena de un naufragio! Contemplándolo se siente el estupor de las grandes catástrofes!

Al verlo hundirse tras su corta y tumultuosa lucha, el horror se torna en severa melancolía, y tristes pensamientos, como los que surgen á la hora del crepúsculo vespertino, se apoderan del alma impresionada.

Repasando la agitada vida pública de aquel hombre, se cree escuchar en ella algo como el rumor oceánico de las multitudes atenienses, el tumulto del foro romano, y el ruido de nuestras modernas democracias: fue una vida de combate.

Tribuno á quien los acontecimientos hicieron dictador, su papel es único en la historia americana.

Orador — grande orador, — periodista en la excelsa altitud del vocablo, escritor eminente, hombre político en toda la extensión de la palabra, José Manuel Balmaseda siempre será, á pesar de sus sombras, una de las más altas personalidades de la América latina. Nada faltó á su grandeza, ni la dignidad de la caída.

Por más de quince años fue en el Parlamento chileno el verbo de la democracia, el paladín del liberalismo avanzado, y cuando el partido ultra-

montano por los labios de Walker Martínez, como el loco que azotaba el océano, pretendía abofetear el progreso humano, el liberalismo escuchaba vibrar la voz sonora de Balmaseda, proclamando con viril entonación las excelsas doctrinas de la escuela radical.

Así, cuando llegó al poder, toda la democracia americana alzó las manos para aplaudir: sólo el conservatismo, hosco y mohino, bajó la frente y devoró aquella victoria como una copa de hiel.

Su venganza no se hizo esperar largo tiempo. En mayoría en las cámaras legislativas y en las cortes de justicia, los restos poderosos del partido conservador hostigaron al presidente, le obstruyeron el camino de la legalidad, y por tan maquiavélicos fines lo lanzaron á la dictadura... Después, le hicieron la guerra.

Y aquí comienza el eclipse!

La Libertad oculta el rostro, y se la oye sollozar.

Aquella dictadura pasa por el horizonte de la historia como un relámpago, fugaz, brillante, rojiza y destructora.

Al fin se hundió, con el horrible estruendo de un edificio inmenso consumido por las llamas.

Aún, con los postreros fulgores, y en medio de las humeantes ruinas, se vio serena, imperturbable, la figura del imponente dictador.

Después... desapareció!

Había en el gran teatro de Atenas un telón, al

fondo del escenario, el cual cuando era necesario hacer aparecer las flotas que recordaban el heroísmo griego, ó la partida de algún caudillo que se confiaba á la movilidad del tembloroso oleaje, se descorría, dejando ver en su severa majestad el verdadero y admirable mar de Grecia, con sus ondas azules irrizadas, en las cuales, como flores flotantes titilaban las estrellas, ó amenazante y fiero, llenando la sala con sus rugidos, si el ala de la tempestad acababa de pasar sobre él... Pero siempre allá en lontananza la proyección de la vela de alguna nave, cual silueta de garza fugitiva, bañada por los rayos de la luna, ó envuelta en el fragor de la tormenta, avanzando hasta perderse en la inmensa amplitud del horizonte!

Así Balmaseda, en el último acto de su espantoso drama, descorrió con atrevida mano el telón tras el cual se extiende mudo y pavoroso el hondo mar de lo desconocido, y severo, imponente, sin doblregar la cabeza, se hundió majestuosamente en las espesas sombras de la tumba, y, como alguien dijo de Lucrecio, se embarcó en el ataúd, y desatando por sí mismo la amarra, empujó con el pie esa barca á la cual mece desconocido oleaje...

Su desaparición en el horizonte tiene la inmensa proporción de un eclipse.

Á la epopeya del pueblo contestó con el horror de la tragedia. Pelea de águilas; el pueblo y el tirano ambos lanzaron gritos épicos. Son los dos

extremos de esa lucha grandiosa: el heroísmo del pueblo abajo, y el heroísmo del tirano arriba.

Á la imponentia de la ronca marejada humana que avanzaba contra él, escupiéndole la espuma de su rabia, el gran culpado respondió arrojándole al rostro la espuma de su desdén, y como un condenado en la roca Tarpeya, se lanzó al abismo... La ola se detuvo.

El ruido de aquella caída apagó el de aquel tumulto.

No fue sino una detonación, pero tuvo el eco inmenso de un trueno en la soledad. Doquiera se escuchó como la repercusión del tiro que rompió el cerebro poderoso del dictador chileno.

Salir de la vida por la puerta del suicidio es siniestro, pero en ciertas ocasiones es grandioso.

El fin de aquella lucha tiene un sabor griego clásico: parece ideada por Sófocles.

Así desaparecían los héroes homéricos.

Balmaseda sobrepasa, en todo, las proporciones de los tiranos vulgares de América.

No pertenece á esa morralla oscura de ambiciosos, plebe de tiranuelos; no es de la estofa de los Núñez, los Rosas, los Anduezas, los García... descuella sobre ellos con una majestad de roca en el desierto.

¿Cuál tan brillante como él?

¿Cuál otro ha tenido el valor de no sobrevivir á su caída?

¿Cuál de ellos ha puesto fin á su existencia odiosa de manera tan viril?

¿Cuál moriría como él, con un revólver sobre la sien y quinientos pesos por todo capital?

Rosas huyó á Inglaterra, repleto de oro; Francia murió lleno de miedo, solitario, como un eremita. García Moreno, de rodillas, pidiendo perdón. Núñez temblando de pavor, entre el remordimiento y los restos de su rapiña. Guzmán Blanco en París en la insolencia de sus inmensos peculados...

¿Cuál osaría compararse á Balmaseda?

Ninguno.

Y, sin embargo, á pesar de su grandeza personal, la historia tiene que maldecirlo.

Oh! sí, maldito sea por la sangre derramada, maldito por la libertad violada, maldito por el derecho escarnecido!

La historia no puede tener contemplaciones.

El crimen es una mancha, que lejos de palidecer, crece y se extiende con la muerte y con el tiempo, y al fin cubre el rostro y borra casi la figura humana.

La historia es implacable.

La justicia no tiene corazón. Hierre sin inmutarse, hasta la cabeza de sus hijos, como el primer Bruto.

La historia, acercándose á la tumba de Balmaseda, escribirá en ella esta horrible palabra: *Tirano*.

Después... sobre esa tumba derramará una lágrima.

Las lágrimas de la historia suelen aplacar á veces la conciencia indignada de los pueblos.

La religión podrá absolver algún día al suicida.

La libertad no absolverá nunca al tirano.



UANO

MELO

No fue una dictadura, fue una aventura.

No fue un golpe de Estado, fue un golpe de cuartel, pero atrevido, generoso, brillante, no como aquel otro grotesco de la triste figura de Urdaneta, tumulto vergonzoso, en que surgió a una dictadura efímera, proclamada por pretorianos extranjeros, aquel servidor incondicional, manchado todavía con la sangre de Padilla, el Nelson colombiano.

La dictadura de Melo pasa por la historia con el sonido de una fanfarria guerrera, medianamente

pueril, llena de bordados, entre aclamaciones del bajo pueblo, y no sé qué vago sueño de poder de un dominador exótico.

Dictadura? Casi ni eso. Un tumulto militar, el festín de la fuerza, el sueño de un soldado, la tumba del militarismo en Colombia; la explosión del hecho y el triunfo del derecho; una página de historia romanesca, y una catástrofe fecunda.

César levantó el águila de los Gracos, ha dicho alguno; y yo diré que Melo trató de levantar la vieja águila de las dominaciones militares, el amellado escudo de los dictadores de cuartel.

Último representante de esa dinastía de heroicos guerreros, — que después de ayudar á libertar la patria, la creyeron libre, no por ellos, sino para ellos, eternos soñadores de gobiernos fuertes y monarquías irrisorias, cabezas besadas por la gloria y desvanecidas por la ambición, — Melo fue, como Iturbide, un dictador efímero, traidor á la libertad: fue como la sombra de Mario, apareciendo un momento entre el tumulto de sus legiones, y desapareciendo luego entre el polvo de la derrota.

Después de los tiranos de sacristía, no hay nada más odioso que los tiranos de cuartel.

Después de la insolencia estúpida del dinero, nada más depresivo que la insolencia de la fuerza bruta.

Como cada zona tiene su flora y su fauna propias, así en ciertas capas sociales se agitan elemen-

tos diversos, y las profesiones desarrollan distintas propensiones políticas.

La cátedra predispone á la elocuencia, el club á la demagogia, el claustro á la pereza, el cuartel al despotismo.

En los ejércitos están los dictadores como en estado *coloide*, esperando que haya un algo que los fecunde, buscando la zona política en que puedan desarrollarse y crecer. En el fondo de todo soldado se agita el germen de un déspota, más ó menos informe, pero siempre vivo. Habitados desde Alejandro á cortar el nudo gordiano sin desatarlo, son siempre dados á las vías de hecho, y refractarios á las soluciones del derecho. El hábito de la obediencia les forma la necesidad del mando: se vengán en los demás de su propia servidumbre.

Nada hay más peligroso para una democracia joven, que el mantenimiento de un ejército permanente. La libertad no duerme tranquila á la sombra de las bayonetas. La vecindad de la fuerza es peligrosa como la del mar: confiar en ella es dormir á la orilla de un abismo. El mar es invasor, y el abismo tiene la atracción del vacío: en el fondo de ambos duerme la emboscada.

Cuando una democracia duerme confiada en los brazos de un ejército, nunca faltan un Boulanger y un caballo negro para una intentona, un Santana, ó un Melo para un atentado.

En la América han pululado siempre los soldados ambiciosos de poder.

Raros ejemplos en su historia son: Washington, San Martín y Sucre.

Colombia ha sido en las repúblicas hispano-americanas acaso la que menos ha sufrido la opresión militar y sido víctima de ese atavismo dominador de los caudillos.

Santander era más un hombre civil que un guerrero, nunca tendió su mano contra la libertad, y por su respeto á ellas mereció ser llamado *el hombre de las leyes*.

Obando fue siempre un proscrito inocente que nunca osó poner su espada en peso con la patria.

López era la austeridad hecha hombre, y fue apellidado *el militar civil*.

Mosquera, el eminente hombre de Estado, cuyo carácter cesáreo hizo un día irrupción, pereció al golpe de su audacia, como un anarquista en cuyas manos hace explosión la dinamita con la cual piensa saltar un edificio.

Sólo Melo tuvo la inmensa audacia de levantar su espada y atravesar de parte á parte la Constitución.

Era comandante general del ejército, y gozaba en él de inmenso prestigio.

Un día asesinó á su propio ordenanza, y el Congreso pidió su remoción y que fuera sometido á juicio.

Entonces, para ampararse del castigo como asesino de un hombre, se hizo asesino de la libertad, y su espada, tinta en sangre del cabo Quiroga, se apoyó sobre el seno indefenso de la república.

Entre el general culpable y aquel ejército cómplice, dieron un golpe de cuartel.

Obando, aquel Edipo contemporáneo, tan inocente y tan trágico, tan noble y tan desgraciado, aquel hombre ídolo del pueblo, víctima de la calumnia, y que aparece como una esfinge ante la historia, fue aquella vez víctima ó cómplice del usurpador, y reducido por él á prisión, como presidente de la república.

Melo se hizo dictador.

Con un ejército de catorce mil hombres, brillante y adicto, se anunció un día á la república como su jefe.

El país indignado recogió el guante, y se lanzó sobre el usurpador.

El duelo fue corto y terrible.

Melo ejerció el poder supremo, pero de rara manera: fue un dictador inofensivo y noble, ni patíbulos ni proscripciones, ni atropellos, ni robos; nada cometió. Cayó vencido, pero no odiado; pobre, pero no manchado.

Su cerebro estrecho y débil, se desvaneció con el incienso; su alma se deslumbró con el brillo del poder, y deteniéndose como asombrado en Facatativá, inactivo allí, esperó en medio de sus pre-

torianos á que viniera á unirlo el óleo de la victoria.

La lucha fue muy corta.

Los generales melistas luchaban y vencían al principio en sangrientísimos combates, pero la ola de la legalidad que crecía aterradora los arrolló muy pronto llegando hasta el presunto dictador.

Melo despertó. Se había dormido en Capua, y despertaba en la espantosa noche de Filipos. No se arrojó, como Bruto sobre su espada, sino que se irguió soberbio en medio de la ruina, y luchó como un tigre acorralado.

Todo sangriento y ennegrecido por la pólvora, fue tomado sin rendirse cuando el partido constitucional tomó á Bogotá, donde él se defendió hasta el último momento.

Una vez vencido, fue sometido á juicio, y junto con el general Obando presidente, llevado al banco de los acusados, ante el Senado de la república.

Colombia tiene ese alto honor, esa inmensa y gloriosa tradición, de haber llevado al banquillo de los reos á los mandatarios que han osado sobreponerse á la majestad suprema de la ley.

Ella juzgó y desterró á Obando.

Ella juzgó á Mosquera, frescas todavía sus victorias, le arrancó del cinto la espada, y ya septenario lo arrojó por diez años fuera del país.

Ella, ante la sola idea de un desfalco, — del cual estaba inocente el presidente Otálora, — lo citó

como acusado ante el Congreso con todo su ministerio.

Y ella no olvidará la gloriosa tradición.

Y si la muerte no hubiera arrebatado al *tigre del Cabrero*, habría visto sentado en el funesto banco á Núñez el anciano déspota, el traidor vulgar, que arrojó un día desde los balcones del palacio de San Carlos á la jauría conservadora que aullaba hambrienta á sus pies, los pedazos de la Constitución que había jurado defender.

La Constitución liberal ya no existe, dijo él.

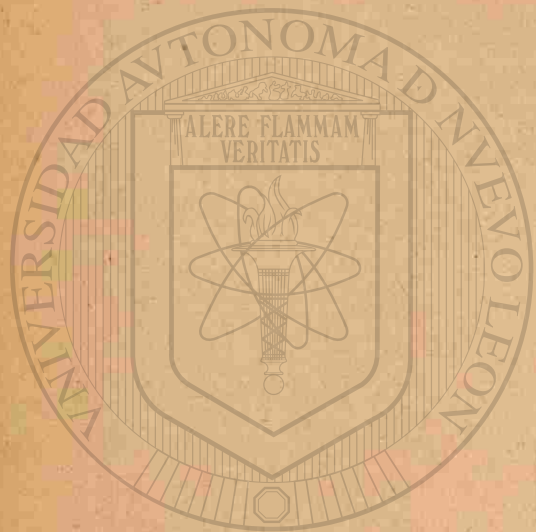
La Justicia todavía existe, le habría dicho el país el día de las grandes liquidaciones.

Melo fue sentenciado y desterrado.

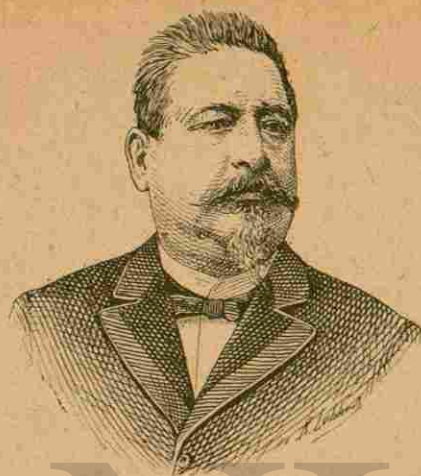
Sobre un tambor, en un oscuro pueblo de México, expiaba después con su vida, aquel dictador proscrito, sus faltas á la libertad, su valor ilimitado, y su espíritu aventurero.

Aquel patíbulo no lo merecía el bravo militar, pero sobre él vagaba aterradora y terrible la sombra indignada de Quiroga.

La libertad perdona, pero la justicia no. ®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



ANDUEZA PALACIO

Hé ahí el último : es la escoria del despotismo.
Éste no es un tirano, es un histrión.

Ha sido el total eclipse de la virtud, el vicio estúpido, la espantosa sombra, la deformidad hecha poder. Una inmensa carcajada de ebrio sonando en el seno de la historia. Andueza no es el monstruo, es la larva. Aquella inmensa larva que hacía la pesadilla de Lucrecio.

No es el crimen, es el vicio : *incredibilum Cupitor*. Hay hombres océanos, dijo Víctor Hugo. Hay hombres pantanos, diremos nosotros.

El océano tiene oleaje, majestad sublime, imponentes perspectivas, horizontes infinitos, murmullos y rugidos, tempestades y naufragios: la imponente movilidad de la grandeza...

El pantano sólo tiene el estancamiento, el lodo, los insectos, la fermentación, la podredumbre, los miasmas, el quietismo de la muerte!

Así hay hombres esforzados de ánimo viril, que tienen del océano la grandeza, la eterna agitación, y aman la lucha. Se les oye a distancia, como el mar; se les ve siempre en lo alto, como el cóndor; tienen inmensa fuerza, y se elevan en medio de la tormenta, se siente su aleteo formidable, y si declinan es con la majestad de un astro, y si caen es con la soberbia de una águila caudal.

En cambio hay otros, débiles, nulos, sensuales, incapaces de esfuerzo, inhábiles para lo grande, impotentes para la lucha; viven como dormidos en el fango, hartándose de lodo; tienen tendencias de insectos, y tranquilidad de topos. Son un temperamento de cerdo.

A estos últimos pertenece Andueza Palacio.

Pueden haber existido déspotas más abominables, pero no ha habido ninguno más despreciable. Tratando de sondear aquel abismo de lodo, se siente con horror flotar la sonda: su bajeza no da fondo.

Fué sombríamente asqueroso.

Tuvo la glotonería de Vitelio, y los vicios de

Nerón. Confina por un lado con el cerdo, y por el otro con el mono; *corpore maculoso et foetio ventre et gula sibi ipsi hostias*, diría Tácito.

Fué un cuasi-hombre hecho tirano, como de un emperador dijo alguien.

Es en la Historia la proyección de algo oscuro y fétido, tiene del estercolero de Job, y de los arrabales de Nínive: es una llaga hecha hombre, un idiota que reina.

Su deformidad física se iguala a su deformidad moral; es el alma afeminada de un mancebo del bajo imperio, en las formas grotescas de un ídolo egipcio.

No se hizo casar, como Nerón con su liberto, pero colmó de dinero sus favoritos, y se paseó en coche con ellos en las calles de Caracas, como aquel otro en las de Roma entre Eporo, su eunuco, y Pitágoras, su esclavo. *Spintria*, le habría dicho Suetonio, si lo hubiera encontrado en el camino de la historia. La ley Sállica le habría prohibido reinar.

Era un loco á veces furioso, pero siempre monstruoso.

Sobre su cabeza se aglomeran y flotan los inmensos ensueños del delito.

No mandó asesinar á su madre, como el hijo de Agripina, pero la noche que velaban la suya muerta, se embriagó y jugó al dado con sus amigos en la pieza vecina, convirtiendo la casa mor-

tuoria en inmunda bacanal, y amaneciendo dormido ebrio sobre los fúnebres paños del catafalco. Á los doce días concurría al teatro, sin sombra de tristeza, y antes bien con su sonrisa estúpida, sobre su faz grotesca. Al mes daba un gran baile en su casa.

El amor de madre es un sentimiento demasiado grande para caber en una alma tan pequeña. Nido de sierpes no alimenta cóndores.

Andueza es despreciable por sus vicios, pero tuvo una sombría excusa para sus crímenes : era demente.

¡ Lúgubre irresponsabilidad de la demencia, que forma sobre aquella cabeza culpada un como pálido nimbo de inocencia !...

El idiotismo es la causa y la excusa de su despotismo.

Este pobre loco no fué á la dictadura, sino que lo llevaron.

Pasa por la historia arrastrándose, y llevado del ronزال.

Lo hicieron firmar, decir y ejecutar cosas horribles, de las cuales no se daba cuenta.

Su despotismo fue incoherente é inconsciente.

Tiranía de muchos, dominio de multitudes, reinado de cortesanos, gobierno de aúlicos llevará su nombre, y sin embargo, será en la historia un inmenso anónimo.

Fue llevado al despotismo por sus directores, y

arrojado á él temblando y pálido, como Claudio lanzado sobre el trono.

Su historia no es más que una palabra : *imbecilidad*. Despreciado, envilecido, olvidado, Rojas Paúl lo sacó de la sombra, para hacerlo presidente. Por eso su elección no mancha al país, que nada tuvo que hacer en ella. Lo aceptó con indiferencia, lo vio gobernar con desprecio, y al querer perpetuarse le hizo la guerra con valor.

Una vez en el poder *Mignon*, como lo llamaban sus amigos de francachela, se apoderaron de su débil criterio los que siempre lo habían dominado, hicieron que desterrara á Rojas Paúl, y, cuando llegó el día de entregar el mando, disolvieron el Congreso y lo hicieron firmar un manifiesto alzándose con el poder.

El país le contestó con la guerra.

Cuentan que cuando vio el manifiesto del Congreso declarándolo traidor, y la proclama del general Crespo llamando el país á las armas, pálido y tembloroso, lleno de pavor se echó á llorar.

Desde entonces estuvo como secuestrado en los salones de la *Casa Amarilla*, bajo la inmediata inspección de sus ministros y de los encargados de darle licor hasta dormirlo.

En tanto, el furor de la tormenta seguía afuera.

El sol de la república se había oscurecido.

El pálido horizonte se había hecho negro, se tornó en rojiza la nube amenazante, y la inmensa

tempestad de la guerra civil asordaba con ruido formidable los ámbitos de la patria.

Con el rumor de ronca marejada se sentían los ejércitos de libres, avanzar por los valles y los montes, dando al viento el pendón de la justicia y el clamor de sus pechos generosos.

La figura de Crespo se levantaba majestuosa y soberbia en las amplias llanuras orientales, y en medio de la sombra su espada producía fulguraciones de relámpagos que hacían clarear la densa oscuridad del horizonte.

Un día las dianas del ejército se hicieron oír en los alrededores de Caracas.

Los generales de la dictadura fueron llegando en tropel, desconcertados, llenando los salones del palacio presidencial. El viento de la derrota y de la deserción soplaba ya.

El demente dictador alzó entonces su inmensa faz estúpida, horriblemente descompuesta por la espantosa lividez del miedo, y viendo en su torno el desprecio que inspiraba á sus antiguos cortesanos, prontos á abandonarlo, pensó en huir.

Á la sola aparición del ejército libertador, el grupo de cariátides que sostenía el grotesco ídolo vaciló, y la esfinge de lodo vino á tierra.

Temblando y lloroso se refugió en brazos de la amistad, pidiéndole protección, y mientras el pue-

blo rugía amenazante afuera, él se arrastraba de rodillas buscando alguien que lo salvara en los salones ya desiertos de la *Casa Amarilla*.

Domingo Monagas y Julio Sarría se encargaron de embarcarlo por compasión.

Así cayó aquel pigmeo.

La historia no tiene noticia de tirano más pequeño, ni de caída más miserable.

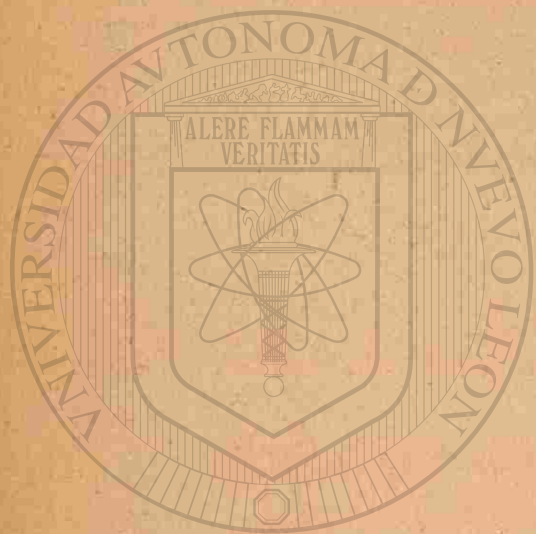
Así desapareció de la escena este demente infeliz, este cerdo coronado, que siente en el poder la nostalgia de la piara.

Ante él se detiene la historia, vacilando entre la piedad y el anatema.

Al verlo tan fatal se siente la necesidad de maldecirlo, pero al verlo tan desgraciado, se siente el alma inclinada á perdonarlo.

Y, uno diría con un ático escritor: *ha sido demasiado fatal para ser olvidado, pero es demasiado impersonal para ser culpado.*

Así en esta eterna vaguedad, en esta falta de precisión de contornos que vela todo lo de él, no pudiendo colocarlo ni entre los hombres, ni entre los tiranos, dejémoslo vagar en el limbo del olvido, ya que la historia tiene un *infierno* para los perversos, pero no ha creado todavía un manicomio.

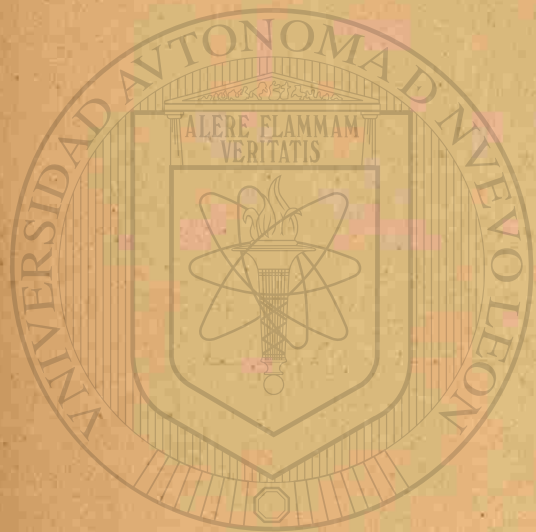


SIMPLES MORTALES
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SANTANDER

Fué de los fundadores.

Eran los hombres de nuestra independencia almas trágicas y corazones bravíos. Nacieron á la lucha con la austeridad primitiva y feroz del medio en que vivían. Sus pasiones eran ásperas y fuertes como los árboles de nuestras montañas, á cuya sombra contemplando el cielo sintieron las nostalgias de la libertad y el anhelo de la lucha.

La palabra vibrante y tempestuosa que despierta y que deslumbra; el verbo indignado, hólido in-

menso que cruza rojo el horizonte de los pueblos oprimidos, no había pasado por el cielo de aquellas almas. La noche de la colonia era absoluta. Ni periódicos, ni tribuna, ni libros. ¡Sombra completa! Aquellos pueblos tenían el anhelo de la libertad que no conocían, como siente la castidad el ardiente deseo del placer que ignora. La inmensa multitud vegetaba, no vivía. Era un estancamiento de pantano. Esos pueblos que empiezan hoy á esbozarse apenas de entre la sombra, estaban en pleno limbo. Un pueblo que no lee, es un pueblo que no vive. Aquello era un mundo sin alma. El soplo que alienta y levanta las multitudes no había pasado por allí. No hubo apóstoles de aquella buena nueva. Antonio Nariño que osó traducir los *Derechos del Hombre* en Bogotá, fué á expiar su delito con una cadena al cuello en los arsenales de Cádiz.

Había algunas cimas besadas por la luz, pero eran pocas.

Fué del fondo de esas multitudes ignorantes é ignoradas que brotaron aquellos lidiadores, asombro del valor humano; esos soldados cuasi primitivos, que cuando aprendían á escribir ya habían esculpido su nombre en las páginas de la Historia con la punta de su lanza ensangrentada. El vientre de la patria más fecundo que el de Hecuba, en su generoso alumbramiento, llenó de héroes el continente, héroes cuyo primer vagido dió en tierra con un trono centenario. Pero entre tantos lidia-

dores había pocos pensadores. Los espíritus cultos eran escasos. Se amaba la libertad con amor impetuoso y salvaje. Se le defendía mejor que se le comprendía. Caían los héroes al pie de la diosa mirándola tristemente, sin cegar con el esplendor de su belleza. Los espíritus cultivados y serenos, los que amaban el ideal y comprendían la república no eran los más. Sacerdotes de una diosa cuyo culto apenas empezaba á propagarse, combatían al lado de los héroes egregios esperando el día en que ante aquellos ejércitos prosternados pudiesen levantar la idea como la hostia pura de aquel sacrificio inmenso.

Santander fué el más grande de ellos, fué el que amó la libertad con pureza mayor. En esa pléyade brillante de enamorados de la gloria, él fué el aislado supremo, enamorado del ideal. Su amor por la libertad tenía purezas de asceta: la amaba como á diosa para cuidar su templo y adorarla extático. Su amor no tuvo nunca las formas de la ambición. No la salvó para violarla luego, como lo hicieron otros. Su cabeza poderosa no engendró nunca los sueños enfermizos de ambición aleve. No libertó su patria para oprimirla después. Cuando tantas cabezas poderosas vacilaban inclinándose bajo el vendaval de la ambición, la suya se conservaba erguida y fuerte, como la cima del inmenso farallón que avanza sobre el mar. Su alma inmensa no sintió nunca el vértigo.

La fábula no tiene que ver nada con él.

Los mitólogos de la Historia que exagerando la gratitud, han divinizado los hombres de la independencia, no han podido mezclar este nombre á sus narraciones hiperbólicas, sacándolo de su molde puramente humano. No pertenece á la categoría de los semi-dioses, los centauros, los Aquiles, ni ese tropel de dioses griegos, con que los apolo-gistas mezquinós han querido formar un olimpo de los grandes hombres de la epopeya inmortal. No pertenece á la leyenda sino á la Historia. No está destinado á ser pasto de los poetas, sino estudio de los historiadores. Su vida fué una vida no un milagro. Nada de sobrenatural hubo en ella. Fué simple y modestamente un grande hombre: el más grande de los hombres de Estado de su tiempo. Ninguna de las consejas necias, que la estulticia ha acumulado después, en torno á la cuna, á la vida y á la tumba de los libertadores, puede acumularse en torno de su nombre.

No fué profetizado ni profeta; nadie anunció su venida; no hubo señales atmosféricas en su nacimiento y en su bautismo; no tuvo alucinaciones á lo Juana de Arco; no dialogó con los astros ni platicó con lo desconocido; ni sintió el espíritu divino; ni retó al destino desde las cumbres inflamadas. No fué visionario ni vidente. No se creyó predestinado ni creyó que había en la arcilla miserable de que estaba compuesto, átomos de un ge-

nio ni fragmentos de un dios. Amó la libertad con amor sereno y grave. Su carácter era puro y fuerte como una estalactita.

Bolívar en su lenguaje figurado y pintoresco lo apellidó *el hombre de las leyes*. La posteridad ha consagrado el veredicto del genio.

Santander á su inmensa gloria de libertador, añade la no menos grande de fundador. Fué el padre de la Patria colombiana: de la Colombia nueva. Fué el fundador del partido liberal: es decir amó la libertad en sus dos grandes manifestaciones: la independencia y la civilización.

Como militar sus campañas fueron ejemplo de perseverancia y de prudencia. En los combates épicos su valor rayó donde el que más alto rayar pudiera; y los héroes de las pampas no pusieron nunca en la pelea su corcel salvaje adelante del corcel de guerra suyo.

En los consejos de gobierno no escuchó Colombia voz más autorizada que la suya, ni vió pensamiento más sereno, ni juicio más acertado.

Como Magistrado fué superior á su época y al medio en que vivía.

El fanatismo no le ha perdonado todavía las supremas insurrecciones de su alma poderosa.

La libertad de la conciencia tuvo en él su primer apóstol y el escolasticismo oficial sufrió de su mano el primer golpe.

Los incondicionales de todos los tiempos, le han

criticado su actitud severa y digna frente á la dictadura ya intolerable del General Bolívar. El respeto nos sella aquí los labios.

El personalismo que hoy enferma á la América viene de muy lejos... Las generosas fuentes de la libertad venían envenenadas desde su origen. Pueblos que abrevaron en fuente envenenada se intoxicaron para siempre.

La Historia dirá que Santander y Páez fueron los caracteres más altivos de los mandatarios de aquel entonces. En el Ecuador mandaba Flores, el mulato pérfido que con una mano acariciaba la cabeza del caudillo americano y con la otra afilaba el puñal mirándole al corazón generoso. Su temperamento de esclavo no le permitía la resistencia. No había nacido sino para ordenanza de Boves y victimario del Mariscal de Ayacucho. Títulos suficientes para ser el fundador del conservatismo ecuatoriano.

El liberalismo santandereano haciendo justicia al Padre de la Patria acaba de erigirle una estatua en San José de Cúcuta.

Bien está allí en la linde de la patria, como pronto á abandonarla también, el fundador de esa patria cuasi desaparecida.

Allí, desde su alto pedestal, parece contemplar con tristeza el pueblo que ayudó á libertar convertido en rebaño. La libertad que él defendió ha desaparecido; la República que fundó ha muerto. Ya

no hay libertadores sino opresores. Una turba de enanos funambulescos llenan el inmenso escenario político ocupado ayer por los grandes hombres de la emancipación americana. Y, los ojos sin luz de la estatua melancólica parecen interrogar el horizonte como esperando ver aparecer en él banderas vengadoras, legiones de guerreros, y escuchar acentos bélicos y gritos de victoria... ¡Vana espera! Los lidiadores duermen sobre la cadena, y el viento de la noche sólo trae en torno de la estatua, la tranquila respiración de pueblos resignados á la servidumbre ignominiosa...



MORAZÁN

Después de Santander, que fué el hombre, en la esfera intelectual política, más grande de su época, el liberalismo americano no registra en aquellos tiempos figura más simpática, más innovadora, más gallarda que Morazán. ®

Caudillo juvenil, atrevido; generoso; temperamento apasionado y heroico; hombre superior á su tiempo y al medio en que vivía, pasó por la Historia con un fulgor de relámpago y el ruido de un guerrero homérico.

Era en épocas de lucha.

La evolución patriótica del general Gainza, con su obra de independenciamiento, había perecido en el oleaje con que los conservadores y aristócratas de Guatemala iban en obscura turbamulta al pie del trono de Iturbide á pedir que les unciera el yugo de su cetro de emperador aventurero :

La cumbre más alta del liberalismo centroamericano ha sido siempre la república del Salvador. Allí se refugió en aquel eclipse el águila liberal herida.

La bandera del imperio cubrió á Centro América sostenida por las manos del general Filisola.

¡ Cayó Iturbide ! El partido conservador y el liberal volvieron á encontrarse frente á frente. Los *serviles* habían perdido su amo, pero conservaban su odio á la libertad. Los liberales conservaban su bandera y su derecho.

Triunfó el liberalismo.

La constitución de 1824 fué una aurora.

Aquel evangelio liberal abolió la esclavitud, la nobleza, hasta el título de *don*, la venta de bulas del Papa y proclamó la República centro-americana.

Hecuba aulló, dice Homero. El clericalismo aulló, diremos nosotros. Gritó de hiena en medio de la sombra.

El Papa sintió por primera vez que el aliento del liberalismo americano le daba en el rostro. Ful-

minó excomuniones y lanzó los rayos del Vaticano sobre los mandatarios del Salvador. A la cólera papal se respondió por el liberalismo con el nombramiento del obispo Delgado, hecho por el gobierno nacional. El heredero de San Pedro devoró la afrenta. Desde el bofetón de Nogaret, que hizo vacilar la tiara en la cabeza de Bonifacio VIII, la mejilla de los papas no enrojece.

Los *serviles*, es decir, el clero y la *nobleza*, hicieron la guerra, poniendo á su cabeza al marqués de Aycinena, resto apollillado de aquella aristocracia parroquial.

Hubo conjunción de tinieblas. El fanatismo poderoso y el conservatismo rencoroso pelearon unidos como siempre.

Los *sangre azul* vencieron al fin y el partido liberal cayó envuelto en su bandera gloriosa, que era la bandera de la república, seguido de los hombres libres y de los esclavos libertados, en la sangrienta y espantosa batalla de Salina Grande, el 28 de Septiembre de 1827.

La sombra entonces fué completa.

El clero imperó solo.

Algo semejante á lo que pasa hoy en Colombia y en el Ecuador sucedió allí.

En medio de la densa obscuridad vióse de súbito uno como centelleo de astros en el horizonte, el avance de algo como el carro de Ezequiel, y percibióse en el profundo silencio un ruido como de

bandada de águilas que avanzaba, grito de pelea de cóndores. La claridad y el ruido salían de las espesas selvas hondureñas. Era Morazán, Morazán que aparecía en la Historia seguido de dos mil compañeros, para ser el caballero Bayardo de aquella democracia herida. Es imposible que la Historia pase por delante de esta figura sin descubrirse: veintiocho años, figura seductora, imaginación ardiente, corazón de héroe, mente llena de ideales, inteligencia cultivada, soñador de la libertad, caballero del honor: hé ahí el héroe.

¡ Venció ! Sobre las ruinas de aquella teocracia caída levantó el más bello edificio del derecho humano.

Castigó al clero conspirador y corrompido. Expulsó al obispo Casaus, alma de la última sombría cruzada; hizo embarcar en el puerto de Isabel á todos los frailes de Guatemala, soliviantando así la libertad y la moral con esta peregrinación de vicios tonsurados; de los conventos hizo prisiones modelos; fundó escuelas por el método de Lancaster, el más avanzado entonces, que no había surgido Pestalozzi; introdujo el sistema de procedimientos judiciales de los Estados Unidos, la adopción del Jurado, la libertad de cultos; realizó todas las grandes reformas; todo lo iluminó con el esfuerzo de su genio innovador, en la escuela de la conciencia y la justicia, en el templo de la ley; llevó la luz á todos y penetró con ella hasta el

claustro sombrío, donde oraban de rodillas vírgenes arrancadas á la vida por desengaños pasajeros ó por imposiciones paternas; conciencias pervertidas por un misticismo sombrío, ó naturalezas enfermas por un histerismo ardiente, y abriéndoles las puertas les volvió la libertad y prohibió tomar el velo.

La guerra sacerdotal se refugió entonces en los campos. La conspiración fué rural. Los curas comenzaron á sublevar las indiadas en nombre de Dios y de la Religión, con esas frases y esas promesas que forman su repertorio, y que pasados los tiempos vimos lucir con tanto donaire en el clero de Colombia y en la literatura venenosa y sombría del obispo Restrepo en Pasto.

En tanto la Confederación se hacía fragmentos.

El Salvador se separó de ella en 1833. Nicaragua en 1834. Costa Rica poco tiempo después.

Morazán quedó solo. Era la inmensa solitaria roca en medio del océano, desafiando el horizonte negro y el turbido oleaje.

¡ Sombrío y terrible el cuadro de esa lucha !

Las revoluciones suelen tomar no sé qué extraña condensación en sus hombres y lo hacen así á su imagen y semejanza, dándoles sus virtudes y sus pasiones, sus tempestades y sus ideales, su grandeza y su carácter.

El liberalismo atrevido, innovador, brillante, generoso, un tanto soñador, en alto grado heroico,

había tenido su personificación en Morazán.

El partido conservador iba á tener su genuina representación, su figura excelsa, su ídolo.

Fué á buscarlo en la piara, en la profunda selva, en el intrincado matorral, en plena barbarie. Como un puñado de pieles rojas, como una bandada de cuervos, como una avalancha, como las sombras de una obscura noche, descendieron de la sierra las inmensas indiadas, al grito de la religión y con su jefe á la cabeza. Era Rafael Carrera, el *cholo* guardador de puercos en la sierra de Mita, aquel *ladino* semisalvaje y astuto, aquel indio pérfido y feroz, llamado á eclipsar á Guardiola y á asombrar á la Historia con su crimen y su audacia.

Así han sido siempre los conservadores. En su constante necesidad de un amo lo buscan donde se halle, ya sea en las piaras de Mita, ya en las riberas del Adriático, entre las flores de Miramar. Cerdo ó príncipe, todo es igual para su sed de esclavos.

Ellos hicieron vacilar la cabeza poderosa del general Bolívar, ofreciéndole una corona; ellos entraron en la aventura de Iturbide y fueron á mendigar un príncipe austriaco para México; ellos sacaron de las selvas á Carrera para hacerlo su amo; ellos hicieron de Santana un ídolo; ellos siguieron en el Ecuador por el laberinto de sus traiciones á Flores, aquel modelo eterno de la traición humana. Lo mismo en Europa que en América, ya se

llame Boulanger ó Luis Napoleón, siempre en busca de un aventurero para unirlo. Todas sus preocupaciones sociales, su moralidad cómica, sus teorías de austeridad, todo lo arrojan por el lodo y lo pisotean en el momento que de adquirir el poder se trata.

Siempre espiondo la silueta de un traidor ó el sueño de un ambicioso para alentarlos.

Así se les vió con Núñez, el poeta ateo, el bigamo histórico, en premio de su traición hacerlo pontífice de su iglesia y jefe de su alta sociedad, que invadía en oleajes de adulaciones y brillantes aquel hogar no consagrado todavía.

Carrera bajó como una tempestad, derrotó las tropas de Morazán en Santa Rosa y sembró el pavor por donde quiera.

El héroe liberal tuvo aún tiempo de reponerse, lanzó sus huestes contra el indio, é hizo replegar sus turbas siniestras de curas y salvajes á las lejanas sierras.

Pero la lucha era imposible. Morazán estaba casi solo. Carrera volvió á bajar al frente de cinco mil hombres, cercó á Guatemala y la tomó.

La bandera liberal desapareció del horizonte.

Morazán escapó á Valparaíso.

Allí, proscripto, solitario, no tuvo más sueño que la libertad, y vivió abrazado á sus ideales.

Su indomable arrojo lo lanzó de nuevo en la contienda.

Embarcado á bordo del *Coquimbo*, echó pie á tierra en Costa Rica, seguido de un puñado de bravos, y comenzó su épica campaña.

Su antigua querida, la victoria, lo besó en su frente juvenil; mas ¡ay! luego, voluble como siempre, le volvió la espalda, y el héroe vencido cayó en poder de sus contrarios.

No le fué dado envolverse para morir en la bandera, en medio del fragor de la batalla.

La tempestad no lo envolvió como á Rómulo para desaparecer entre sus alas. Murió como Ney.

El patíbulo fué su pedestal.

Erguido sobre él, cayó á los tiros de los soldados conservadores de Carrera, como una estatua que el huracán dobla sobre su zócalo.

Así desapareció aquel generoso soldado.

Decid si ante esta Historia y este muerto sublime, el partido liberal puede pasar sin discutirse.

Son volterios los pueblos é ingratos los partidos: sólo la Historia es justiciera.

El olvido injusto no mancilla.

Pasaron dos mil años sobre la Venus de Milo sepultada entre el polvo, y cuando la azada del campesino griego la sacó de bajo un campo de trigo, con sus brazos mutilados y su ceguera de diosa, eclipsó cuanto existía en las creaciones de la estatuaría y llenó con su serena belleza los horizontes del arte.

La gloria, como la belleza suprema, es inmortal.

Así, cuando pasa la Historia, despertando las sombras heroicas y exhumando las ilustres figuras, ellas, al ponerse de pie, hacen palidecer los héroes apócrifos y llenan de sagrado estupor y sublime gratitud las generaciones que las ven salir de la penumbra.

Ya sus verdugos son fantasmas; la pálida envidia no les roe los talones, la calumnia no las mancha; ya son grandes.

Así surge Morazán.

Su centenario fue gran fiesta del liberalismo americano.

El partido liberal tiene el deber de hacer aureola sobre la frente de sus grandes hombres. Bastante trabaja la calumnia conservadora, para que la indolencia liberal la ayude en su tarea de desfigurar ó sumir en el olvido á los heroicos fundadores del liberalismo.

La mayor señal de la virilidad de un partido es la admiración hacia sus grandes hombres.

En los pueblos esta indiferencia es señal de decadencia.

Los conservadores y sacerdotes de Centro América se opusieron al centenario de Morazán y arrojaron en ondas tumultuosas la calumnia para oscurecer su nombre. ¡Estéril trabajo de odio! Podrían hasta lograr que no se le alzarán estatuas po-

drían hasta eclipsarlo ó proscribirlo de la mente de las turbas ignorantes; mas, ¿ cómo lo arrancarían de las páginas de la Historia? El pueblo al abrir el sagrado libro, tropezaría siempre con aquel nombre que llena de uno á otro extremo sus páginas más brillantes.

Hay glorias que no se eclipsan, y hay que sufrir su tremendo resplandor.

El sol es el encanto de las águilas y el martirio de los buhos.

Así pasa con el resplandor de ciertos nombres en la Historia. Morazán es uno de ellos.



MANUEL MURILLO TORO

Qué época! Qué generación! Qué hombres!
Era una como flora gigantesca y extraña abriéndose en la sombra.

Tenían la virilidad, la fuerza, el heroísmo de los grandes novadores.

La elocuencia, el talento, la virtud, todo residía en ellos. Los apellidaron los *Gólgotas*.

Antes de ellos, el liberalismo había sido un ensayo débil, pálido, confuso, herido por el milita-

drían hasta eclipsarlo ó proscribirlo de la mente de las turbas ignorantes; mas, ¿ cómo lo arrancarían de las páginas de la Historia? El pueblo al abrir el sagrado libro, tropezaría siempre con aquel nombre que llena de uno á otro extremo sus páginas más brillantes.

Hay glorias que no se eclipsan, y hay que sufrir su tremendo resplandor.

El sol es el encanto de las águilas y el martirio de los buhos.

Así pasa con el resplandor de ciertos nombres en la Historia. Morazán es uno de ellos.



MANUEL MURILLO TORO

Qué época! Qué generación! Qué hombres!
Era una como flora gigantesca y extraña abriéndose en la sombra.

Tenían la virilidad, la fuerza, el heroísmo de los grandes novadores.

La elocuencia, el talento, la virtud, todo residía en ellos. Los apellidaron los *Gólgotas*.

Antes de ellos, el liberalismo había sido un ensayo débil, pálido, confuso, herido por el milita-

rismo ó arrebatado por la negra y furiosa ola conservadora.

Todos venían de abajo, de la sombra, del pueblo. Cunas humildes de lejanos puntos del país los habían mecido; sangre de campesino, sana y robusta, circulaba por sus venas; vientos de nuevas y generosas ideas soplaban sobre ellos; ideales luminosos, sublimes utopías llenaban sus cerebros, y con la piqueta demoledora y el verbo sublime de las grandes revoluciones escalaron la cima para anunciar al pueblo la buena nueva.

El partido conservador imperaba omnipotente. Fundado por el General Bolívar para sostener su dictadura, los conservadores, como los leones de la Libia que se escudan con las reverberaciones del sol, para no ser vistos, se amparaban con las glorias del héroe inmortal para dominar la República.

Generales mediocres y políticos rutinarios ocupaban la cima y formaban un olimpo grotesco. El pueblo, embrutecido por la ignorancia y dominado por el sacerdocio, no pensaba ni vivía vida intelectual.

Todo era sombra en el horizonte.

Santander había muerto.

Francisco Soto, Vicente Azuero, habían caído también.

Habían pasado los fundadores, los apóstoles.

Entonces apareció este partido, el más generoso,

más ilustre, más trascendental, más completo de cuantos han pasado por el escenario de la política colombiana.

Los que vinieron luego y los que hemos llegado últimos, encontramos ya fácil y hacedera la tarea, abierto el sendero, iluminado el horizonte.

Ellos lo habían creado todo, despertando la conciencia nacional, formando el espíritu público, trabajando por la libertad bajo un cielo oscurecido, con un pueblo indiferente cerca al cadalso insaciable.

Allí Ezequiel Rojas, como la sombra de Sieyes, meditadora y grave; Lorenzo M. Lleras, el del apostolado noble; Rojas Garrido, el verbo más elocuente que se haya oído bajo cielo americano; Santiago Pérez, severo y fuerte; J. M. Samper, de tan claro oriente y tan triste ocaso; Ramón Gómez, cuyo acento tenía la penetrante y arrebatadora armonía del clarín guerrero; Januario Salgar; Teodoro Valenzuela; Francisco Javier Zaldúa... Todos los grandes.

Y como condensación de estas energías, de esta virtud, de esta grandeza, la figura pensadora y austera de MANUEL MURILLO TORO.

Tiene la virtud estas raras apariciones en la Historia.

MANUEL MURILLO fué el pueblo colombiano, ilustrado, austero, virtuoso y fuerte.

Jamás pueblo alguno tuvo condensación más pura.

De él puede decirse como de Marco Aurelio, que su vida pública fué la de la virtud puesta en acción.

La biografía de MURILLO es la historia de un partido.

Fué de Santander á hoy el más grande de los hombres de Estado de Colombia.

Un país que ha tenido hombres como éste no puede apostatar de la virtud.

A MURILLO pudiera reputársele como el fundador del periodismo en Colombia.

El Tiempo fué su tribuna. Desde aquella cima emprendió la campaña que dió en tierra con el conservatismo. Su vida fué un combate sin tregua ni descanso. Jefe de partido, llevó los suyos al combate y combatió á su lado. El periodismo, el parlamento, la cátedra, el poder, fueron su teatro. Diarista, orador, estadista, diplomático, todo lo fué, con brillo inusitado.

Presidente de la República por dos veces, Ministro de Estado, Ministro Diplomático, holló todas las cimas, ocupó todos los puestos, dejando en pos de sí uno como blanco resplandor de su virtud. En la Historia su figura no deslumbra sino alumbra.

Faro inmóvil colocado en la peña alta, él iluminó durante veinte años la marcha azarosa de su partido por entre las olas agitadas y los vientos en tormenta.

El hálito de la muerte lo extinguió cuando la sombra era más espesa y la tempestad empezaba á rugir en el espacio.

Entonces comenzó el naufragio, este inmenso naufragio en que pereció la libertad de Colombia.

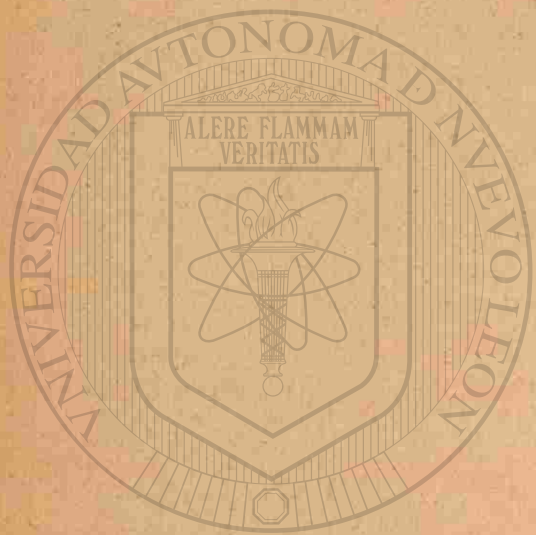
Desapareció bajo la ola, triste, asombrado y pobre. No alcanzó á ver encallar la nave que iba contra el arrecife...

Al caer en la tumba, desapareció del poder el partido liberal y le sucedió esta lúgubre mascarada, esta *posteridad de las medianías*, esta eflorescencia del lodo, estos poetas trágicos é ineptos, flores de fango abiertas en esta primavera del pantano.

Qué grande se ve la figura del Jefe desaparecido en medio de las ruinas de la patria!

Pensando en él y en su época, se exclama con indignada tristeza:

Qué época! Qué generación! Qué hombres!...



JUAN MONTALVO

Fué la protesta.

Protesta pertinaz, constante, sonora. Golpeó como la ola, se encrespó como el mar, vibró como el trueno, iluminó como el rayo. Como un océano en cólera escupió la saliva de su soberbia sobre las frentes malditas.

Fué el rugido de un pueblo hecho hombre. Cantó y rugió, aleteó como el águila y clavó la zarpa como el león.

Nadie antes de él y nadie después de él ha sabido

sublimizar el dieterio y divinizar el insulto con arte tan admirable y fuerza tan grandiosa. Libertista sublime!

Su anatema se extravasaba como la lava de un volcán y descendía y calcinaba á sus contrarios. Pálidos y miedosos huían los réprobos ante los rayos de aquella cólera euasi divina.

Al salir de las representaciones de Esquilo, los griegos golpeaban sobre los escudos colgados á las puertas de los templos, gritando: Patria! Patria!

Acabando de leer á Montalvo, los pueblos y los corazones dignos se golpean el pecho gritando: Venganza! Venganza!

Él azotó con frase poderosa á esa nidada de cuervos, que posados en el Ecuador infestan la América, con ese olor de fiemo de cárabos que se escapa de su nido.

Tenia la cólera en los labios y la mansedumbre en el corazón.

Era la piedad rugiente.

Era implacable porque era insospechable.

Era puro y fuerte como el cristal de las cavernas profundas. Parecía hecho por la condensación de las lágrimas de un pueblo. ¡Tanto así era de luminoso y triste! Su rugido era casi un gemido. Se sentía el mártir bajo el verdugo. Era la misericordia fulminando. Amaba al pueblo con amor trágico.

Es en sus libros soberbio como Ezequiel y sombrío como Isaías; maldice y profetiza.

Es serio como el Dante, sonríe con ese *ricтус* de Voltaire, que hace indignar á de Maistre, y ríe come Rabelais, con carcajada sonora.

Como aquellos habitantes de Psilos, que aplicaban sus labios á las llagas para curarlas, así aplicaba él los suyos candentes de elocuencia á las llagas morales de su pueblo para salvarlo.

En el Ecuador no ha habido nada más sombrío que sus enemigos y nadie más grande que él.

No ha sido eclipsado, ni igualado todavía.

Yo no conozco nada más noble que luchar, no sé de nada más vil que sufrir sin la protesta.

Los grandes luchadores son los grandes perseguidos.

La persecución es el crisol del genio y es como dijo alguien: *la sombra que hace resaltar la estrella.*

Hombre perseguido, hombre grande.

Luchar es provocar. Ser cima es llamar el rayo.

Desde que se pasan los límites de la medianía, principia el vacío en torno, se hace negro el horizonte, ruge el viento sobre la cabeza sagrada, y se siente vibrar bajo las alas la tempestad tremenda de la envidia.

Juan Montalvo fué el gran perseguido.

Él, y Juan de Dios Uribe, han sido los dos más grandes insurrectos de la América latina.

Cuando se hable de las altas conciencias se volverá á mirar hacia ellos. La multitud puede pasar

sin verlos. La Historia no puede pasar sin contemplarlos.

Y la multitud no hace la Historia.

Los grandes rugidores : he ahí los grandes luchadores.

Los juglares y los eunucos cantan, abanicán á su Señor y le murmuran amores. Las bayaderas cantan y danzan en torno al amo desnudo en su fuente perfumada de nardos y jazmines.

Las almas viriles no cantan ante el mal ; rugen y claman.

¡ Oh no me deis los hombres incensarios, los del canto vil y la lira venal, los neuróticos de Serrallo, escupideras de los poderosos, cojines de su molicie y cantores de sus faltas ! ; Dadme á los que los sorprenden pecando y los denuncian rugiendo !

¡ No me deis á Virgilio cantando á Augusto ; no me deis á Horacio servil, de rodillas ante Octavio ; á Ovidio llorando entre los Sármatas y besando la mano de Tiberio ; á Séneca cobarde ; á Veleyo Patérculo ruin ; á Luciano menguado ; á Quintiliano paniaguado de Dionisio ; á Eustasio bajo ; á Marcial vil !

¡ Dadme á Suetonio sorprendiendo á César epiléptico y pálido, con liviandades de hembra y huellas de adulterio ; tomando por el cuello á Calígula, pálido el día del crimen ; á Tácito desnudando á Eporo, revolcando el rostro de Nerón en las entrañas palpitantes de su madre, sorprendiendo á Do-

miciano en el incesto y desgarrando la púrpura que cubre la lepra de Tiberio !...

¡ Oh no me deis esas almas hechas para el triclinio y no para el Circo, séres más despreciables que los efebos, porque la corrupción del alma es más vergonzosa que la del cuerpo !

¡ Dadme las almas luchadoras. Váyanse los histriones con sus cantos, vengan los gladiadores, los grandes gladiadores, de la libertad, los que saben morir cara al tirano ; los que al pasar gritan al César : ; *Salve César !* pero el ; *Salve César !* de Espartaco !...

¡ Dadme á Dante tétrico ; á Juvenal implacable ; á Hugo inexorable ; á Courrier lógico ; á Volfred violento ; á Camilo ático ; á Mirabeau rugidor. Dadme á Montalvo el soberbio !...

Era excelso entre los excelsos.

Ocupaba la cima de los grandes espíritus. Confínaba por un lado con los genios y por el otro con las multitudes. Era clásico como Desmoulins y rudo como Marat. Era austero y tumultuoso ; predecía é insultaba ; todo en él era olímpico : el dicitario y el canto.

Nadie ha escrito mejor que él la lengua española en la América latina.

Era puro y fuerte, sin mancha y sin desmayos. Su anatema mataba.

No escribía sino esculpía. Los tiranos inmortalizados por su pluma son bajos-relieves grotescos

y sombríos, allí en el frontis de la Historia. No viven por ellos sino por él. Así levantan las águilas á las serpientes en el pico y en las garras.

García Moreno, Urbina, Veintemilla, allí están escupidos, y esculpidos por él. Su saliva inmortaliza.

Esa es la gloria de ellos, haber sido tocados por el extremo de aquella pluma de fuego, que como el hierro rojo quema y alumbra.

Proscrito, perseguido, asechado; escapando aquí del patíbulo, allí del puñal, más allá del veneno, fué este insurrecto sublime de playa en playa y de pueblo en pueblo, bajo el fardo de sus tristezas, con la corona de sus dolores, estremeciendo el horizonte con sus gritos de Titán.

Para Montalvo no hubo calma.

Eterno mar siempre en cólera arrojando su espuma contra el escollo y lanzando sus olas tumultuosas y soberbias á la playa. La tempestad era el rumor de su genio.

No se calmó sino con la muerte.

Solo, pobre, triste, pero soberbio siempre, como una águila viuda, se refugió en su aislamiento, plegó las alas de su espíritu y su cabeza poderosa se dobló.... No la inclinó sino ante la muerte!

En París, entre los ruidos de la civilización y del placer, murió el sabio austero, consumido por el fuego del amor á la Libertad y á la Justicia.

Insultado, perseguido, calumniado cayó el apóstol.

Prometeo rompió la cadena.... El buitre hosco tendió las negras alas harto de picotear al Titán, atravesó el Atlántico y plegó el vuelo en las espesas selvas americanas.

Allí esperó la vuelta del proscrito muerto.

Ya no podía picotearle el vientre, pero anhelaba picotear sus huesos.

Un día se vió un buque aparecer en el horizonte....

Oscura nube de buitres tendió el vuelo, y graznaban y se cernían sobre el navío y aleteaban furiosos. Eran los sacerdotes del Ecuador que salían á cerrar la entrada á la gloria del Ecuador.

Era que volvían á la patria los huesos de Montalvo y los buitres del catolicismo salieron á su encuentro.

Los apóstoles de la mentira no han perdonado al apóstol de la verdad.

Allá en Guayaquil, en tumba humilde, reposan los restos del ecuatoriano más grande y del escritor más ilustre de la América latina....

Murió él y murió la protesta.

La América latina languidece con plétora de poetas, cortesanos y aduladores.

¿En dónde están los herederos de Montalvo?

¿En dónde están las almas combatientes?

La libertad perseguida, buscando héroes y mártires, puede ser descrita como la Roma decadente del poeta:

Corrió al foro llamando á sus legiones,
dispersas y distantes,
y sólo respondieron los histriones
mezclados al tropel de las bacantes.

¡Oh época menguada y triste, tú pasarás!
No es eterna la noche en el horizonte, ni en los
pueblos.

Un día manos poderosas alzarán el escudo de
Montalvo, caído sobre su tumba.

La estatua del apóstol levantada allá en Quito,
cerca á las nieves perpetuas, iluminada por las
llamas del Pichincha, anunciará al mundo que la
Libertad ha escalado los Andes, y que la sombra
cariñosa y austera de Montalvo vela por ella en su
supremo aislamiento y en la olímpica serenidad de
su grandeza...



TOMÁS CIPRIANO DE MOSQUERA

Había en torno al Congreso uno como inmenso
rumor de marejada....

Eran días de pruebas decisivas y de supremos
combates parlamentarios.®

La agonía de un gran partido comenzaba.

La libertad tenía palideces vespertinas y el astro
de la traición, como una mancha de sangre, empe-
zaba á levantarse rojo en el lejano Oriente....

Judas meditaba á la sombra.

Bruto, el pálido Bruto estrechaba convulsivo el puñal bajo la toga.

Era el Génesis de la Regeneración. Núñez se esbozaba en el tormentoso horizonte de la política.

El Congreso de 1875 era decisivo. En él hacía el liberalismo sorprendido sus primeros esfuerzos contra la inmensa ola que la perfidia desataba.

En el Senado el combate era agresivo y recio. Los traidores principiaban el asalto á las murallas.

El Dr. Núñez, su jefe, estaba allí; pero inhábil para la tribuna, era el pájaro mudo de la Regeneración. No hablaba, balbuceaba.

José María Samper llevaba el estandarte de la reacción. Alma más voluble que culpable, espíritu honrado, pero violento, soberbio, ligero, empezaba á intoxicarse de los espantosos odios, los implacables odios conservadores, y los arrojaba á sus enemigos en sus frases temibles, como una bomba explosiva.

La reacción rugía por sus pulmones potentes y concentraba en su acento toda la hiel, los hoscos anatemas, los bárbaros gemidos de los ultramontanos, que empezaban á salir de sus guaridas hambrientos de honores y de poder. Era el verbo rugidor de la venganza. Tenía en su palabra la insolencia soberbia de todos los desertores, la que inspiró la pompa de Agustín y el arrebató salvaje de

San Pablo. Era, á pesar de su grande alma, el paladín de los apóstatas, la voz del fratricidio, la mandíbula de asno en las manos de Caín.

Fuí á ver una de aquellas sesiones.

¿Qué me llevaba allí á mí, inocente de la política y del mundo? ¿Iba llevado solo por mi infantil curiosidad? No. Me llevaba como fascinado el rumor de un nombre; nombre que en mi criterio de niño se mezclaba á las narraciones épicas de los heroísmos de mi padre; nombre que mi madre, triste y dulcemente, había murmurado en mis oídos como mezclado á lúgubres tragedias y á épicas leyendas.... Era Mosquera.

El anciano había llegado. ¿De dónde? Del destierro....

Nada decía á mis oídos esa palabra, país muy remoto que no pensaba atravesar jamás.

¡Oh! qué augusta se habría mostrado á mis ojos esa cabeza, si hubiese sabido entonces lo que son esas tristezas profundas, esos dolores sombríos, esas horas sin ventura, esas noches sin sueño, esas nostalgias bravías, esas lágrimas que quemán cuando brotan de los ojos fijos en los horizontes lejanos donde cree verse la proyección querida de las playas de la patria...

Y fuí y lo vi.

Me parece que aun contemplo aquella cabeza soberbia, cubierta por una como melena de león encanecido, irguiéndose más poderosa y más ame-

nazante bajo la lluvia de dicterios que Samper le lanzaba.

Cuando se puso de pie para responder, hubo un estremecimiento en la multitud, como si el espíritu de sesenta años de gloria pasaran sobre ella....

Aquella voz que había hecho temblar, temblaba ya por la edad y la soberbia. Esa voz que se había oído del uno al otro extremo del país, trágica y grande, no alcanzaba á llenar el estrecho recinto de la Cámara.

Aquel anciano octogenario, hablando así desde las puertas de la tumba, parecía una de esas figuras caprichosas y gigantescas, prontas á desaparecer y que las nubes bordan en Occidente momentos antes de ocultarse el sol....

¿Qué dijo? Yo no lo sé; pero debió decir cosas bellísimas, porque los aplausos se sucedían á los aplausos, y como los estampidos de un cañón, la voz de la multitud ahogaba la débil voz del héroe decadente.

Después..., lo ví atravesar el salón y perderse entre la multitud, descubierta y silenciosa.

No volví á verlo.

Así pasó á mis ojos y desapareció para siempre el hombre más notable en los últimos cincuenta años de historia colombiana.

Era un alma de César.

Todo en él era grandioso : el valor y la ambi-

ción, el talento y la audacia. Era hecho para las grandes empresas : la guerra, la conquista y el poder.

Noctámbulo extraviado, resurrección de extraños tiempos, pasó soñando con su corona perdida y su púrpura cesárea.

Hombre superior, en toda la extensión de la palabra, sus pasiones fueron tempestuosas y sombrías; tuvo de César y de Nerón, de la epopeya y la tragedia... La libertad se detiene ante él, vacilando entre coronarlo ó condenarlo.

Tenía el corazón negro y cruel de un conservador, y el cerebro amplio, luminoso, noble, de un liberal. Tan extraña dualidad hizo su fuerza.

No era uno de estos generales llenos de sensiblerías femeniles que se sienten tocados de los nervios cuando la justicia los llama á cumplir uno de sus grandes y trágicos deberes. Había nacido para el mando.

Tenía todo lo que concurre á hacer grande á un hombre : el talento, la ciencia, el valor. Tenía el amor de la patria, de la gloria y del progreso ; pero para su desgracia, amaba más que todo eso el poder.

Como magistrado, como guerrero y como escritor fué grande.

Colombia siente todavía el impulso de su mano poderosa de estadista. Como guerrero, conservador venció á los liberales, liberal venció á los conser-

vadores, y colombiano, llevó sus huestes victoriosas más allá de las lindes de la patria. Como escritor, sus obras son estimadas entre los letrados y los sabios.

Pero amaba la autoridad con amor desaforado. La amaba para las demás y para él. Así, se le vió entre los incondicionales del general Bolívar caer defendiendo la dictadura. Y, años después, caer como dictador hosco y soberbio.

El proceso de selección de sus ideas se hizo en él ayudado por la ambición de sus miras. Creyéndose superior á los partidos, habituado á dominar á los conservadores, creyó poder dominar al liberalismo, entonces fuerte y viril, y cayó bajo el peso de su audacia.

Era un temperamento de déspota.

¿Qué le debe, pues, la libertad?

Le debe el servicio de su espada al gran pensamiento de la Federación; la organización de la Hacienda nacional; la separación de la Iglesia y el Estado; la expulsión de los Jesuitas; la exclaustración de frailes y monjas; la secularización de los bienes de manos muertas; el establecimiento de la navegación por vapor; las primeras vías férreas del país y los primeros resplandores del progreso.

Ejercía el poder por cuarta vez....

Un día, desvanecido por su gloria osó creerse superior á su patria y, desde la cima de su orgullo,

dijo al país : *no hay más ley que mi espada.*

Anciano criminal, había de caer bajo el peso de esa frase.

Á este grito del 29 de Abril respondió el país con el drama del 23 de Mayo.

El dictador fué sorprendido en su palacio, amarrado, apisionado y conducido á las barras del Congreso. Juzgado allí, fué sentenciado, arrebatadas fueron de su pecho las insignias, arrancados sus títulos, rota su espada y, entre una escolta de veinticinco soldados, marchó al destierro el viejo soñador que había osado herir lo que los colombianos amaban entonces más : la libertad.

El pueblo del 25 de Setiembre había vuelto á ponerse de pie el 23 de Mayo.

Después.... se durmió para siempre....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



ROJAS GARRIDO

Fué el Sócrates colombiano.

Su papel en el movimiento filosófico-patrio fué el mismo que el del discípulo de Pródicos, en medio del tumulto de los sofistas griegos.

Como el dios de las fábulas mosaicas, él dijo el *fiat lux* al caos de la conciencia nacional.

Su espíritu no vino, como el del creador en las narraciones bíblicas, sobre el espejo tembloroso de las aguas, sino en las alas vibrantes de la Filosofía experimental.

Su aparición fué una aurora.

Pálida vaguedad de crepúsculo había en el horizonte. Leve luz iluminaba el pensamiento nacional, y más allá la niebla ondeante, el torbellino inmenso de la sombra...

La juventud soñadora y triste había vegetado largo tiempo en los claustros, bajo la mirada de los monjes, agotando su inteligencia en la dialéctica enfadosa de Aristóteles, en los sueños opiásticos del misticismo, en la metafísica estólida, en las absurdas teorías del peripatetismo teológico de Tomás de Aquino, el buey mudo de Sicilia.

Bajo la enervante autoridad de la Iglesia católica el pensamiento nacional languidecía.

Los cerebros, deformados por el yugo ortodoxo, habían dado de sí esas conciencias enfermas de los grandes fanáticos, ó ese liberalismo débil que sueña aun encontrar la libertad para los pueblos al pie de los altares, en la sombra de los templos, bajo el manto purpúreo de los dioses de madera...

Liberalismo ecléctico y funesto, miedoso y triste, perseguido por la filosofía y herido por el rayo que el soñador ambicioso del Vaticano lanzó sobre él al condenarlo: *como la más perniciosa de todas las herejías*. Sí, herejía contra la libertad y herejía contra el dogma; contra el doctrinarismo y contra la autoridad; contra la razón y contra la fe. Ese liberalismo católico, que no es la religión y no alcanza á ser la filosofía; que se rebela á creer y que

no tiene fuerzas para negar; pájaro ciego escapado de las iglesias y que no acierta á alzar el vuelo á la cima luminosa; oscuro valle, donde crecen en extraña vegetación almas enfermas y donde vuelan con tardo vuelo espíritus débiles, incapaces de las grandes ascensiones.

Ese liberalismo católico, que va en oscura oleada golpeándose el pecho á invadir los templos de donde fué expulsado, ó se refugia en las legiones liberales alzando las manos temblorosas para pedir misericordia y proteger los sacerdotes y los dogmas cuando ve avanzar en el horizonte la nube, la roja y sangrienta nube que se ha de descargar en lluvia de sangre y cuyos rayos han de destruir los templos del error, dispersar á los augures de la fe y pulverizar los ídolos en presencia de los creyentes.

En poder del fanatismo implacable y de este liberalismo religioso había estado y estaba el movimiento filosófico.

Intermitentes ráfagas de reacción pasaban agitando las conciencias, cuando apareció en la escena Ezequiel Rojas, con su alma pura y fuerte, su majestad de apóstol y su criterio recto. Fué el precursor... ®

El pensamiento nacional despertaba perezoso al eco de esta voz pausada y grave, cuando sintió avanzar algo formidable como si aleteasen en la sombra los pájaros apocalípticos del soñador de

Efeso : era que el águila caudal del pensamiento abría sus alas, y al sacudirlas en la sombra producía rumor de tempestad y armonías de himno.

Venía de allá, del pie del nevado, de la llanura ardiente, de la sombra perfumada de las florestas tolimenses. Era Rojas Garrido que aparecía. Era el pensamiento filosófico liberal que tomaba forma. Era la elocuencia que se hacía hombre. El alma nacional tenía su verbo.

La elocuencia en Colombia tiene un nombre : Rojas Garrido.

No tuvo predecesores y la tribuna huérfana espera aún el sucesor.

Muchos antes de él y muchos después de él han voloteado brillantes y armoniosos en torno á la cima sin llegar á la eminencia donde, abiertas las alas, expiró el águila gigante.

Antes de él, parece que la lengua nacional tartamudeando, no hubiese podido llegar á la armonía suprema, hasta que vibró en la palabra de aquel hombre para el cual parecía haber guardado todas sus melodías.

Dicen las leyendas antiguas, que en los labios de Homero niño, depositaron su miel las abejas del monte Himeto. En los de Rojas Garrido podría decirse que depositaron su miel silvestre todas las abejas de los panales de la patria ; todo su néctar las flores de la campiña y los bálsamos de los

montes silenciosos ; su armonía todas las aves que pueblan sus bosques ignorados ; su rumor las fuentes que corren en el desierto y á la sombra bajo el ramaje tupido de campánulas salvajes ; su fuego y sus fulgores el sol de los trópicos cuando quema la playa y hace gemir los árboles del monte ; su majestad los océanos que, como dos amantes celosos, pugnan por dar sus besos en el seno de Colombia ; su fragor el Puracé y su estruendo tempestuoso el Tequendama. Todo lo que la patria tenía de bello, de noble, de armonioso y de sublime se concentró en el verbo de aquel hombre.

Él también, como pinta á los genios el poeta, ascendió tallando los escalones en el odio.

Ante él la demagogia clerical organizó sus legiones ; hoscos los buhos del santuario erizaron el plumaje lanzando horribles graznidos y la juventud corrió á su paso como los niños de Judea, exclamando : Hélo aquí, hélo aquí. Salud al Maestro !

Y de sus labios brotó entonces á torrentes la verdad.

Fué el Redentor.

Bolívar y Santander y Nariño habían emancipado las multitudes ; él emancipaba las conciencias...

Al ruido de su palabra y al resplandor de su genio se aclararon las tinieblas, desaparecieron los

fantasmas, se vaciaron los templos, cayeron los ídolos, y libre el alma nacional despegó las alas.

Él hizo la nueva Colombia, la Colombia de mañana; porque él educó esta brillante y tumultuosa legión de los Rudas, los Arrietas, los Uribes, los Galofres, los Restrepos, Carlos Mendoza, los Chaux, los Manotas, Garcés, Herrera Olarte, Clemente Salazar, los Lleras, Sánchez Mejía, los Santodomingo, Porras, los Patiños, los Espinosas, los Pinzón, Díaz Guerra, Bolívar Franco, los Porto, Delgado, Valera, los Guzmanes, los Ruices, los Tascones, los Riveras... toda esa bandada de águilas que duermen en la sombra esperando que brille el nuevo día para tender sus alas al espacio.

Cumplida su misión, desapareció.

La libertad desapareció tras él.

Sus discípulos están en el destierro, en la cárcel, en el confinamiento, en el silencio...

La noche es espesa y ruge el viento...

Todo es sombra en la patria!

Oh Maestro! Nada hay eterno.

Mañana brillará el nuevo día. La patria será digna de tí. Tus discípulos volverán. Tu estatua colocada en lo más alto y vaciada en mármol ó en bronce, que es la « carne de los dioses » y de los inmortales, los verá desfilar ante ella. Allá irán los unos con el cabello emblanquecido por las heladas ráfagas del destierro; los otros, mutilados en el campo de batalla, todos cubiertos por el polvo del camino, desfilando descubiertos para decirte: — Maestro, aquí estamos. Nada doblegó nuestra energía. Somos los mismos. Tu espíritu nos alienta. Salud, Maestro!

Después desapareceremos todos arrastrados por el huracán de la vida. Nuevas generaciones vendrán á tí. Las madres, trayendo los pequeños asidos al pezón, te contemplarán con cariño, y dirán á los mayores mostrándoles las estatuas de los héroes y la tuya: — Aquéllos nos libertaron de España, éste de Roma. Aquéllos son los libertadores, éste es el Redentor.

Y pasarán las generaciones; y con la monótona fidelidad de las olas contra la playa, irán á mur-

murar en torno de su pedestal, diciendo: Salud,
Maestro! Salud, Maestro!

Mientras viva la libertad vivirás tú:
La libertad se eclipsa, pero no perece.



JOSE MARTI

Pasó! indignado, soñador, melancólico.

Pasó! con el enjambre de sus sueños; con la tempestad de sus cóleras; con sus tristezas de vencido; con el rumor de sus estrofas; con el himno triunfal de su palabra.

¿Soñador? Así lo llaman. ¡Sueño sublime!; Oh la libertad, hermoso sueño! Con ella soñaba Bolívar en Jamaica mirando la mar turbia, el cielo negro, escapado al puñal, y triste y solo... Con ella soñaba Mazzini, perseguido, hambreado, saliendo

á los caminos de Suiza, desgredada la blanca cabellera, para interrogar á los transeuntes sobre la agonía de su Italia bajo los cascos de los croatas. Con ella soñaba Kosciusko. Con ella soñaba Palacoff, dando al viento como mariposas del dolor sus estrofas aladas, allá sobre la playa de Siberia, bajo el cielo sin luz, cerca á las olas negras, á la estepa inclemente, viendo levantarse en el cielo triste una estrella blanca, que él llamaba el alma de Polonia... ¡ Oh sueños con la libertad y con la patria; sueños generadores del heroísmo y de la gloria; columna de fuego que lleváis los pueblos al combate, ó bello y pálido heraldo que lleváis las grandes almas al martirio, benditos seáis !

La libertad es el sueño de las almas grandes.

La patria esclava es el tormento de las almas fuertes.

¡ Oh sueño tempestuoso y bravío de los proscritos y de los oprimidos ! Pasad, soñadores, con la frente alta, sintiendo como os persigue la carcajada estólida del vulgo. Mañana, si vuestro ensueño es realidad, vuestra es la gloria; si él es quimera, vuestra es la gloria.

Los sueños nobles ennoblecen.

Al soplo de un sueño se alzó la América del fondo de los mares solitarios; en las alas flamigeras de otro sueño subió la libertad á la cima de los Andes. Si la vida es sueño, ¡ benditos sean los que sueñan con lo grande y con lo noble !

Martí fue el verbo de Cuba luchadora.

Su acento pasaba por sobre las multitudes como un grande y generoso soplo, venido del océano inmenso, del campo libre, lleno de aromas, respirando vida. Él murmuraba al oído del emigrado, del vencido, del enfermo, la mágica palabra: *esperanza*. Él iba á todas las almas murmurándoles no sé qué tierno acento de cariño; no sé qué extraño y asordador himno de grandeza.

Martí era el acento melancólico del alma cubana, que iba gimiendo á veces solitaria y doliente y en otras se alzaba vibradora y terrible; que herida se recogía para llorar á sus montes como una paloma azul entre su nido, é indignada se alzaba otras, como un cóndor bravío lanzando grito siniestro...

La elocuencia de Martí era la del corazón. Su frase oscura á veces, coloreada, radiante en otras, salía de sus labios impregnada de sentimientos, ya vaga como la tristeza que agobiaba su alma, ya tempestuosa y soberbia como la indignación que lo poseía.

Oyéndolo, se pensaba en la patria, en la libertad, en el bien; se alzaban en las lontananzas del recuerdo los mirajes de los bosques patrios; se oía como el rumor de Vergniaud en el salón de los Roland, y pasaban por la memoria los pálidos héroes del cadalso y de la guerra...

Así como él, así debió ser Vergniaud. Su misma juventud; su mismo aspecto pensador y triste; su

misma frase pulida como armadura de antiguo caballero en día de justa; el mismo culto á la pureza del sentimiento y á la castidad de la frase; el amor desbordante por el pueblo; el mismo corazón sereno y tierno; la misma vasta erudición clásica; la misma estoica resignación al martirio... Todo lo mismo; pero más fuerza, más realidad, más lucha en Martí.

Cuando principiaba á hablar con la frente inclinada, como si pesaran sobre ella todos los dolores de su patria, se veía allí al vencido doloroso; mas cuando echaba atrás su cabeza poderosa sacudía su cabellera y lanzaba su frase indignada, se veía de pie al apóstol, aquel cuyo verbo condensado llegó á ser luego una tormenta.

Tristezas infinitas de la patria; entusiasmos de lucha y de batalla, eso inspiraba el acento de Martí. Su elocuencia no asordaba, no cegaba, imponía con imponencia mágica. Como en una tempestad en el polo en que no se escucha vibrar el trueno y sólo se ven brillar los relámpagos rojizos en la entraña de la nube oscura, allá donde van las olas en tropel, el mar espumea furioso y sobre el abismo negro brilla el cielo incendiado...

Cuba ha tenido muchas representaciones egregias de su energía; pero el pensamiento de su independencia tuvo en Martí la más pura, la más elocuente y la más sincera de sus voces.

Así quedará para el mundo como el más bello

gesto de heroísmo lírico, el más puro acento, la más alta voz, de Cuba irredenta, en esa hora crepuscular que precedió á la grande aurora de su redención política.

Martí, fué su Profeta, y fué su Mártir. Quedará en la conciencia de América como el más grande tribuno de la Emancipación, el Genio sonoro y triste de la Patria, el Poeta de la Libertad, el enorme Poeta doloroso, muriendo sobre el árbol de su cruz.

Fué un soñador?

Sea...

Fué el inmenso soñador desesperado, que voló hacia la Muerte, en un vuelo de fuego, incendiando á su paso los cielos taciturnos de la Historia.



CASTELAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pobló el mundo de ruidos armoniosos, arrulló la libertad con cantos de sirena, azotó el despotismo con rumores de mar enfurecido y obligó al mundo entero á escuchar aquella melodía que tenía la facilidad del ritmo heleno, la tristeza indignada del trueno hebraico, la melodía de los tribunos del Lacio y el rumor atrevido y clásico de los últimos soñadores de la Gironda.

Él tuvo en su acento la unción armónica de los Santos Padres, é indignado como Crisóstomo al pie de un trono prostituído, pudo exclamar como él : Aún queda algo de la raza de Jezabel y aún combate la gracia por Elías.

Todo en él era melodía.

Fué el Zorrilla de la tribuna española.

Al conjuro de su voz armónica, como al de la cítara del viejo bardo, se ponían de pie y se alineaban los muertos coronados del Escorial ; se alzaban del polvo con sus rotas armaduras los viejos caballeros castellanos ; se poblaban de sombras ilustres los góticos castillos suspendidos como nidos de águilas sobre el peñasco enhiesto ; combatían los vascos ; huían los Mauritanos : pasaba triste y fuerte la vieja raza céltica ; combatía Ataulfo ; tocaba Viriato su cuerno en la montaña ; se oía el estruendo de Guadalete ; tronaba Roncesvalles y Zaragoza ardía...

La España no ha tenido voz más armoniosa ni canto más sublime.

Cicerón le dió su verbo y su debilidad ; Demóstenes le negó su carácter, Isócrates su altivez viril.

Aún lo recuerda el mundo cuando en el apogeo de su gloria tribunicia, de pie sobre el volcán inflamado de la revolución española, lanzaba en ondas de luz sus frases formidables sobre aquel océano en tempestad.

El descenso comenzó allí. Le serie de sus apostasías empezó rápida y funesta.

Él, el enemigo de la pena de muerte, alzó los patíbulos por doquiera.

Él, el defensor de la libertad de la prensa, la rompió como lo hubiera hecho un soldado salvaje.

Él, cuyos ojos se humedecían hablando de cadalsos, dejó fusilar sin piedad á los hombres del *Virginus*.

Él, el hombre de la humanidad, cuando de independencia de Cuba le hablaron, exclamó : *Primero soy español que republicano.*

Después... como la luz moribunda de la tarde en la llanura, siguió arrastrándose y arrastrándose hasta perderse en la densa penumbra en que ha desaparecido.

Así cayó el grande orador español.

No fué como Demóstenes á envenenarse en el templo, arrojando sobre los soldados la tremenda frase : *llevad mi cuerpo al tirano, pero mi alma es libre.*

No desapareció como Cicerón doblando estoicamente su cuello á la espada del liberto.

No cayó como Dantón sacudiendo su melena en la mano del verdugo, pero fiel á la República.

No se eclipsó como Vergniaud en brazos del

heroísmo, cantando un himno melancólico al Derecho.

No desapareció como Gambetta, en brazos de la patria entristecida, fiel á la Libertad y al Pueblo.

Su desaparición no tiene sino un ejemplo semejante: el de Emilio Olivier, el gran tráfuga anatematizado por él, y que saltó de la tribuna liberal al pie del trono vacilante de Napoleón III, para envolver se en su púrpura y rodar en su caída.

Castelar no supo morir en plena gloria. Su orgullo lo mató.

Comprendiendo que la república sería, pero él ya no sería el primero en ella, volvió la espalda á la República. La sombra del liberalismo lo asustaba.

Su edad y un resto de su soberbia lo mantuvo aún sin abrazarse públicamente al trono.

¡ Triste eclipse el de esta alma soñadora !

Al volver la espalda á la República, la gloria se la volvió á él.

La debilidad fué la muerte de aquella alma.

Enamorado de sí mismo, como Narciso, se ahogó en la fuente de su propia contemplación. y la flor, la pálida flor que nazca sobre su sepulcro no se llamará, nó, la flor de la inmortalidad.

La patria perdonará al gran tribuno, la religión

al filósofo convertido; pero la libertad no perdonará nunca al gran tráfuga.

La libertad es inflexible.

La traición es irredimible



LORENZO MONTUFAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es el Patriarca.

Su descendencia política, cual la prometida por el dios del Génesis á Abraham, va siendo numerosa como las arenas de la mar y las estrellas del cielo y se extiende exuberante por todas las comarcas de la América Central. ®

Él fué el novador.

Este heresiarca austero fué durante cincuenta años el verbo tempestuoso del liberalismo; la imá-

gen pensadora y triste de ese partido; el escollo contra el cual se estrellaron las olas siempre tumultuosas y agitadas de la clerecía guatemalteca.

Fué el *Maestro*.

Todos los que en América eran iguales á él desaparecieron... Él, fué el sobreviviente de la raza ya extinta de los fundadores liberales.

Cayó en Venezuela Antonio Leocadio Guzmán, escapado un día al patíbulo conservador; cayó en Colombia Manuel Murillo Toro, como esas aves del equinoccio que emigran al llegar la noche larga que sigue á la aurora boreal; se fué Altamirano, el pensador indigena....

Sólo Montufar quedó en pie. Su cabeza blanca se veía en el brumoso horizonte americano como el cono nevado del Tolima dorado por los rayos de la tarde.

Había sido el pájaro de la mañana que despertó con sus cantos el espíritu nacional dormido.

Ese hombre que declinaba así con la majestad esplendorosa de un largo crepúsculo de verano, fue, después de Morazán, la personalidad más grande del liberalismo en Centro América. Se le podría llamar: el Morazán civil.

Erecto como un picacho agreste de la sierra, este anciano indomable estuvo durante cincuenta años siendo el para-rayos de los conservadores de su patria y del jesuitismo rencoroso y nómada. Y nada lo doblegó.

Sabio, en lo que de completo y excelso tiene el vocablo, vivió con los labios pegados al pezón inagotable de la ciencia, arrojando después sobre las multitudes ávidas los tesoros de su saber con una generosidad oriental y una como religiosa y santa abnegación de apóstol.

Ese anciano, ateo, fué el gran sacerdote del liberalismo; su diosa era la libertad; y cuando él oficiaba en el ara santa, las multitudes conscientes doblaban la cabeza al ver alzarse en sus manos temblorosas la hostia, la inmaculada hostia de la idea.

Periodista, él enseñó la estoica rebeldía contra la negra legión de tiranías y dogmas y mitos del pasado. Con una fuerza de rayo de aurora rompió la compacta bruma y bañó de luz el horizonte.

Cuando todo era sombra y abyección, él clavó sus sarcasmos y sus protestas en la piel lustrosa de aquel tigre bajado de las sierras de Mita, de Carrera, aquel indio feroz, que fué como el último aleteo de la barbarie, la última venganza de la raza indigena, la proyección postrera del salvajismo fugitivo al desaparecer del suelo guatemalteco...[®]

Proscrito como Víctor Hugo, vivió veinticinco años lejos de su patria, haciendo de cada roca una tribuna y de cada playa un Guernesey.

Insultado, él sintió sobre su nombre la espuma epiléptica de Irizarri, aquel alevé calumniador al-

quilado contra López y Obando, excelsos liberales colombianos.

Apóstol, él ha formado ese liberalismo brioso que es orgullo de Centro América.

Su verbo fecundo iba de alma en alma, de conciencia en conciencia, como va el polen de las palmas en las alas de vientos calurosos en las noches calladas del desierto.

Él fué tocado por la pluma de fuego de Montalvo y tocado para ensalzarlo. Está ungido. Pertenece á los inmortales.

Murió al fin, el pensador austero....

Hoy cuando se le nombra, la América liberal vuelve á mirar como para presenciar esta puesta magnífica de sol, y todos se descubren conmovidos, siguiendo la huella que dejó el majestuoso descenso de este astro liberal al Occidente.



JUAN DE DIOS URIBE

Alguien dijo, y se ha repetido después hasta la saciedad, que así como las nubes toman la forma de los países que atraviesan, los hombres tienen en su imaginación mucho del país en que se desarrollan y del medio en que viven. Colombia, cuyo clima varía de sus costas á Los Andes en todas las gradaciones, desde el calor insoportable de los trópicos al frío de las nieves eternas, confirma en sus poetas y escritores esta aseveración.

Cuando se nace en Bogotá, allá muy alto, bajo un cielo azul y sereno, besado por las brisas de la Sabana y las ráfagas de los páramos orientales, se tiene esa imaginación severa y fría, esa inspiración levantada pero sin gran colorido, fantasía pálida y nebulosa de las creaciones alemanas y las leyendas escandinavas : tierra de estudio más que de genio, de cultivo más que de espontaneidad, de arte más que de inspiración, de clásicos más que de talentos, de literatos más que de poetas; se vive ebrio de misticismo y ahito de antigüedad; se es un Don M. A. Caro; es decir, lo clásico mediocre.

Si se nace aún más alto, allá en las tierras del Zaque, patria de talentos generosos e inspiraciones bíblicas, se tiene ese acento profético y sonoro, ese estro en cuyas creaciones parece oírse el rumor de las palmas de Judea, el gemir del viento entre los cedros del Líbano, ó el sonido de los torrentes del Cedrón : entonces, se es un : Don José Joaquín Ortiz : es decir, lo místico-sublime.

Mas, se refleja de tal modo el país en la imaginación del hombre, es tan severa la teoría del medio, que si se nace allá en los declives de la Cordillera, en esas tierras algo pantanosas y mefiticas, patria del bocio, entonces hay imaginaciones enfermas que reproducen perfectamente aquel cuadro; entonces se es idiota, se usa una especie de *cretinismo* literario, y se llama Carlos Martínez Silva; es decir, lo ridículo.

Y si se ha nacido á las riberas del mar bajo aquel sol de fuego, con los arrullos de aquel gigante encadenado, frente á aquel horizonte infinito; entonces los privilegiados, parecen concentrar en su mente todos los fulgores de aquel cielo, llevan en su fantasía todas las galas de aquella zona, vibran en su acento todos los murmullos de aquellas brisas y las tempestades de aquel océano, y son : Diógenes Arrieta, es decir, lo bello; Rafael Núñez, es decir, lo sombrío.

Y si se ha nacido en el Cauca, en aquella naturaleza espléndida y soberbia; en aquella tierra en que *todo es grande hasta el delito*; tierra de todos los fanatismos, desde el de la religión hasta el de la libertad; allí donde el valor raya en el prodigio y la ferocidad en lo salvaje; allí donde crecieron, con sus grandezas y delitos, Mosqueras y Arboledas; entonces se concentran en sí toda aquella grandeza : se es literato, poeta, guerrero, orador, filólogo y periodista; se un César Conto, es decir, lo fecundo.

JUAN DE DIOS URIBE. — No nació en ninguna de aquellas partes, pero vió la luz en Antioquia, la tierra del oro y las leyendas, de la quebras pro-

fundas y las montañas vírgenes, de las selvas oscuras y silenciosas como moradas drúidicas. Allí donde la vegetación y los hombres todo tiene la fuerza de la naturaleza primitiva; donde á cada paso en el desierto se oye el trino de un ave y á cada paso, en las ciudades, se oye el canto de un poeta. Allí donde fué á morir Ricardo de la Parra, *el hombre de la naturaleza*; donde nació y murió Camilo Antonio Echeverri, imaginación eschilyana y palabra de trueno; donde cantó la musa silvestre y cuasi pastoril de Gutiérrez González; donde se enferma el dolor y se enloquece de genio, como Epifanio Mejía. Allí nació JUAN DE DIOS URIBE. Su alma se impregnó en la infancia de la majestad de aquellos paisajes retratados en su retina, de aquellos ruidos imponentes que arrullaban sus sueños, de aquella calma sublime que se extendía en torno de él. No era aún adolescente cuando fué trasladado al Cauca, á las haciendas de su padre.

El cuadro varió en lo abrupto, pero no en lo majestuoso. Allí, entregado á las rudas faenas del campo, desarrolló las fuerzas físicas y la precocidad de su talento, de tal modo, que cuando vino á Bogotá ya era un hombre por la fuerza de su musculatura y la solidez de su inteligencia.

Posterior á Ezequiel Rojas y á Rojas Garrido, esos dos zapadores de las modernas ideas que dieron el *¡alto, quién vive!* á las viejas preocupa-

ciones hasta hacerlas replegarse á sus primeras posiciones, y que fueron los maestros después, de todos los que en Colombia, en más alta ó baja escala, hemos atacado aquellos absurdos: JUAN DE DIOS URIBE, fué discípulo aprovechadísimo y luego soldado admirable de aquella legión de pensadores.

Desde su aparición en el colegio, JUAN DE DIOS URIBE se hizo notar.

No tiene en su acento la armonía seductora de Arrieta, ni la facundia abrumadora de Antonio José Restrepo; pero hay en su frase revolucionaria, en su acento convencido un atractivo irresistible, y así fué desde luego uno de los primeros en aquella juventud innovadora y ardiente llena de luz y de ideales.

La vida de JUAN DE DIOS URIBE puede encerrarse en una palabra: Combate.

Su historia se corrió en los claustros del colegio, la plaza pública, el periodismo y el destierro.

Los años de su vida pública fueron para el ardiente polemista de recia batalla.

En guerra ardiente con el fanatismo y las preocupaciones, no dió tregua á la lidia. Ya acosado por sus contrarios, ya acosándolos hasta en sus últimas guaridas, pero siempre incansable.

Cuando estalló la revolución de 1883, URIBE, enfermo de gravedad, no pudo ir á los campamentos, como lo había hecho, casi niño, en 1876,

cuando lidió heroicamente en el Cauca al lado de Trujillo y de Delgado; y víctima de las persecuciones, pasó en mortal expectativa estos meses de agonía del liberalismo, sintiendo en el corazón cada tiro que precipitaba un amigo en la tumba, ó cada fracaso que apresuraba la gran catástrofe.

Cuando después de consumada la ruina liberal, reinantes la autoeracia y el fanatismo, hubo una especie de interregno con la administración del señor Payán, y la prensa amordazada tuvo un remedo de libertad, JUAN DE DIOS URIBE, enfermo todavía, asomó en la prensa su cabeza soberbia, su perfil de hebreo irritado, que recuerda á Armand Barbes, y fundando *El Correo Liberal*, hizo de él el azote y el terror de sus contrarios.

Arrojado Payán de la Presidencia, Núñez volvió á imponer el silencio.

En esta última convulsión de esa bestia feroz llamada el despotismo colombiano, el periodista fué aventado lejos.

La tiranía lo halló digno del destierro.

Los brazos de la madre, el cariño de los hermanos, las comodidades del hogar, todo tuvo que dejarlo para emprender el camino del ostracismo, que se extendía árido y solitario á su vista.

Los Estados Unidos primero, y Venezuela después, le dieron asilo.

Volvió de nuevo á la patria, y de nuevo volvió al destierro.

Condenado á la deportación, escapó de la isla insalubre donde todos se morían, y ganó tierra de libres, desembarcando en Nicaragua.

De allí fue á morir al Ecuador, al lado de aquella gran gloria, cerca á aquel gran caudillo, que se llama : Eloy Alfaro.

Allí duerme para siempre el polemista invencible.

La sombra de Montalvo lo custodia.

Y es que URIBE no era tan sólo un gran talento, sino también un gran corazón.

La lucha no agrió su carácter; el infortunio no lo debilitó.

En la despreocupación de su ánimo, que se trasladaba en el desenfado de sus escritos, había momentos en que parecía que, volviendo la espalda á la sociedad, conversara con lo desconocido...

En su estilo, como en su acento, había algo raro, pero sublime, al hablar de los ideales del porvenir; y oyéndolo se sentía algo semejante á cuando uno se inclina en la altura de nuestras cordilleras para ver un abismo, en cuyo fondo brilla el rayo de luz, que allá, muy abajo, juguetea en el valle.

URIBE fué para los fanáticos una pesadilla.

Para los tiranos una amenaza.

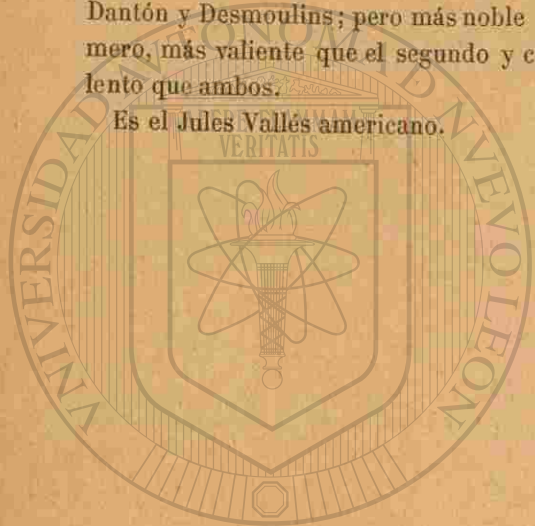
Para los liberales un orgullo.

A los tímidos les parecía violento, á los débiles arrebatado.

Mañana cuando se juzgue la época en que vivió, las preocupaciones con las cuales tuvo que luchar, y los tiranos que atacó, apenas lo hallarán justo.

URIBE, fué, como revolucionario, una mezcla de Dantón y Desmoulin; pero más noble que el primero, más valiente que el segundo y con más talento que ambos.

Es el Jules Vallés americano.



JOAQUÍN CRESPO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es el Páez de los modernos tiempos venezolanos. Hablo del Páez épico, de aquel de la legión de las *Queseras* y el trágico fulgor de *Carabobo*; no del Páez político, el viejo león hipnotizado, que dobló su cabeza poderosa cargada de sangrientos laureles, al soplo enervador del partido conservador que lo adulaba.

CRESPO, como Páez, viene de la Pampa, y como Páez es hijo de la guerra.

Él también, jinete niño, se lanzó con su lanza á la llanura y sintió el hálito de la muerte sobre su frente á esa edad en que sólo caen sobre ella los besos de la madre.

Fué á los diez y seis años que Leandro Crespo, su padre, el viejo soldado, montándolo en aucas de su caballo, le dijo: *Vamos á la guerra.*

Y se fueron los dos.

Así, al lado de su padre, de encuentro en encuentro, de emboscada en emboscada, hoy en la llanura abierta, mañana en la montaña sombría, pasando á nado los ríos caudalosos y los arroyos acrecidos, en plena naturaleza, en plena guerra creció el soldado-niño, abriéndose su alma como una flor extraña bajo el viento tempestuoso de los combates sangrientos y formándose para los grandes heroísmos y las trágicas contiendas.

A los diez y ocho años, en la batalla de San Francisco, caía en brazos de su padre, con una pierna hecha pedazos, á horcajadas en una trinchera enemiga.

Como los huesos de los héroes que cargaban las tribus del Norte, allá por las selvas de la Germania primitiva, así aquel puñado de guerreros llevaba el héroe herido en un extraño aparato, en hom-

bros de los soldados, en aquella guerra en que el asalto era diario, la muerte todo, la vida nada.

Apenas pudo ponerse en pie arrastrando su pierna despedazada, se le oyó perturbar con el ruido de sus muletas la calma de los propios campamentos, y con su grito y con su lanza el sueño de los campamentos contrarios, cuando los asaltaba en la noche callada cayendo sobre ellos con los suyos como una bandada de águilas que azotarán la llanura.

Secretario de Borrego y de Medrano; condenado á muerte por Gutiérrez; salvado por José Rosario Mirabal; dando, con Marcos Goloso, asaltos de dos contra sesenta hombres; cansando la fatiga, dominando la guerra, asombrando el heroísmo, rindió Crespo esta primera cruzada de su gloria militar.

Morrocoyes, El Corozo, Los Tiznados, Calabozo, Arauca, Caño Amarillo, tales son las más grandes páginas de aquella brillante vida de soldado liberal, de guerrero afortunado.

A los veinte y cuatro años era Presidente de un Estado; á los cuarenta y dos años Presidente de la República. Así llegó á la cima.

La seriedad y la lealtad fueron las características de él.

Austero como un esparciata y sencillo como Probo, el viejo Emperador.

Todo lo superficial, lo ligero, lo falso repugnaba á su carácter y estaba lejos de él.

Su mano tendida era abrigo insospechable á la amistad. Su mano levantada era nube en el horizonte, nube amenazante.

La perfidia, siempre venenosa, no encontró malezas donde posarse en aquel carácter. La traición no ensayó siquiera brotar en aquella alma.

Cuando un día, muy joven aún, dos jefes notables se acercaron á él para que diese un golpe de cuartel, traicionando á Medrano, saltó de su hamaca como un león de su madriguera, vibró su espada sobre ellos y, reduciéndolos á prisión, les arrojó la palabra que ha sido después el escudo y el lema de su vida cuando de traiciones se ha tratado :

Jamás!

Jamás! dijo cuando la guerra azul cambió sus ideales y se hizo reaccionaria.

Jamás! cuando la reacción de Alcántara.

Jamás! cuando, siendo Presidente, lo incitaban á la deslealtad.

Jamás! cuando las adulaciones de Andueza Palacio lo llamaban al delito.

Jamás! cuando, después de la última contienda, los conservadores que habían vencido á su lado pedían que les entregara la bandera.

Por eso fue llamado : EL HÉROE DEL DEBER.

Un día, el destino volvió la espalda al heroísmo, y CRESPO cayó vencido.

La debilidad puso la mano sobre la fuerza; el pálido miedo sobre el coraje indómito, y el león encadenado, así como Páez en otro tiempo, entró vencido á Caracas.

Para poner la mano sobre él había sido preciso pasar por sobre la majestad de la Nación; el Congreso había caído al golpe de culata de los sicarios de López; los legisladores y los escritores estaban en la prisión, y él, el elegido del pueblo, entre filas de soldados llegó á Caracas. ¿Al Capitolio? No. A la cárcel.

De allí salió al destierro....

El pueblo esperó largamente á su héroe vencido y desterrado, y cuando supo que volvía se precipitó hacia él, fué á su encuentro con la impetuosidad halagadora y tumultuosa de la ola.

CRESPO entró entonces á la vida privada.

Único de los militares venezolanos que haya sido jefe de partido después de Páez, con sus huestes disciplinadas, con sus amigos y partidarios en la política activa, él permaneció austero, soberbio y meditabundo allá en los límites de la llanura, ó

más allá en las soledades de Guayana, como si dialogara con la Naturaleza y pidiese al silencio grandes inspiraciones para el papel que le reservaba el porvenir....

Inclinado sobre la tumba recién abierta de su hija le sorprendió la nueva tempestad política.

Arlequino vencía, Pantagruel soñaba, Falstaff reía; el enano tenía sueños de César; Andueza Palacio, el triste demente, había sido lanzado á la dictadura.

Como la figura de Cuasimodo á horcajadas en la campana de *Nuestra Señora*, así se balanceaba Andueza, ebrio, sobre el libro de la Constitución que le habían hecho desgarrar.

De uno á otro extremo del país no se oyó más que un solo grito, un clamor profundo: CRESPO! CRESPO!.... Y los ojos del país se fijaban anhelantes hacia la pampa donde estaba el caudillo esperado. CRESPO se puso de pie y lanzó el grito épico del Totumo.

Montó de nuevo en el corcel guerrero, y con cuarenta hombres se precipitó al grito de la República que lo llamaba. Y la llanura amiga y la selva antigua volvieron á sentirse holladas por el caballo de guerra de aquel héroe nacional, que había perturbado su calma con acentos bélicos, á quien ha-

bían visto pasar cuando era adolescente entre el fragor de la batalla ó en la camilla de los heridos, y les parecía volver á oír estremeciendo su silencio las dianas de El Corozo y Los Tiznados....

¿A dónde iba aquel visionario con cuarenta compañeros solamente?... Iba á salvar la República. Atrevimiento sublime!

A los cuatro meses había vencido dejando tras de sí el sangriento fulgor de Jobo Mocho, La Victoria, Villa de Cura y Los Colorados; entró á Caracas con veinte mil hombres, vencedor, aclamado, omnipotente.

Entonces fué hecho dictador.

Como si aquel poder omnimodo lo quemase convocó inmediatamente el pueblo á elecciones, y ante una Constituyente resignó aquella dictadura; la más humana, la más pura de cuantas han surgido á raíz de las civiles guerras americanas. Ni una gota de sangre, ni un jirón del derecho ajeno llevaba en sus manos de soldado vencedor. Su grito fué un grito de piedad. Él solicitó y obtuvo de la Asamblea la amnistía, *la plena amnistía* para todos los vencidos, y en vez de su espada vengadora puso en el platillo de la Justicia su gran corazón dispuesto á perdonar.

Hecho Jefe del Poder Ejecutivo, se retiró inmediatamente que el partido liberal lanzó su candidatura para Presidente de la República; lejos de la Magistratura, esperó el resultado del proceso elec-

cionario allá, en sus posesiones de Maracai, entre los cariños de su hogar y la admiración de su patria.

Allí fué á buscarlo el pueblo para ungirlo con el poder, y volvió al Capitolio agitando la bandera liberal, sereno, leal y fuerte, como siempre.

Terminado su periodo constitucional resignó el Poder.

Murió vilmente asesinado á traición, yendo á la defensa de su partido, en una selva abrupta de las llanuras orientales.

Murió como Suere.

La Historia no tiene que preguntar el nombre de los asesinos.

Ella lo dirá algún día.

La Justicia tarda, pero llega.



DIóGENES A. ARRIETA

Parecía un griego de los tiempos de Pericles, un fugitivo de las lecciones de Pórtico y los salones de Aspasia. Todo en él era estilo luminoso, belleza y armonía.

Su helenismo no era helenismo afeminado de las rimas de Anacreonte y los amores de Meleagro, no era el griego perfumado y cortesano, sino el griego luchador y filósofo, el del tumulto de las plazas públicas, de los peripatéticos y de la Academia. Era una alma de artista que parecía venir

cionario allá, en sus posesiones de Maracai, entre los cariños de su hogar y la admiración de su patria.

Allí fué á buscarlo el pueblo para ungirlo con el poder, y volvió al Capitolio agitando la bandera liberal, sereno, leal y fuerte, como siempre.

Terminado su periodo constitucional resignó el Poder.

Murió vilmente asesinado á traición, yendo á la defensa de su partido, en una selva abrupta de las llanuras orientales.

Murió como Suere.

La Historia no tiene que preguntar el nombre de los asesinos.

Ella lo dirá algún día.

La Justicia tarda, pero llega.



DIóGENES A. ARRIETA

Parecía un griego de los tiempos de Pericles, un fugitivo de las lecciones de Pórtico y los salones de Aspasia. Todo en él era estilo luminoso, belleza y armonía.

Su helenismo no era helenismo afeminado de las rimas de Anacreonte y los amores de Meleagro, no era el griego perfumado y cortesano, sino el griego luchador y filósofo, el del tumulto de las plazas públicas, de los peripatéticos y de la Academia. Era una alma de artista que parecía venir

huérfana y atónita del pie de la tribuna de Demóstenes ó del lecho de muerte de Sócrates : era un Platón ateo.

Todo en él era arte, pero arte grandioso. No comprendía los desvarios de la moderna literatura. Su cincel poderoso, hecho para modelar sus grandes creaciones, no podía emplearse en fabricar estos arabescos que pulen con mano femenil los artistas decadentes de la literatura actual. Este ciclope de ojo luminoso no podía dejar su maza á un lado para sentarse á hilar como Narces en un coro de esclavos á manera de esos rimadores infecundos que ocultan su debilidad bajo las banderas del arte y en nombre de la belleza desertan de la lucha y del tumulto. Él no entendía de ese decadentismo importado, que ha enfermado de manera lamentable los espíritus débiles ó soñadores y la juventud que encuentra bella esa literatura de flores exóticas y luxuriantes caídas una á una de la corona del *snobismo*.

Arrieta, como bardo, no figura en esa procesión de cantores anémicos y pálidos que van cantando quimeras en los brazos del ensueño. Arrieta comprendió la belleza, pero majestuosa y grande. La belleza que brota de un mármol pentélico cuando lo toca el cincel de Praxiteles.

Bardo transcendental, le apellidó Rojas Garrido.

El *Maestro* dijo la gran palabra.

Poeta excelso el poeta que lucha y que medita,

el que comprendiendo el momento histórico en que vive traduce en su acento los anhelos del pensamiento, las aspiraciones informes, los gritos, los combates, las pasiones de la inmensa ola humana que ruge en torno suyo.

Tres bardos hay en Colombia que representan tres estados del pensamiento nacional; tres momentos psicológicos, tres épocas de la conciencia patria. En sus libros se hace el viaje de la sombra hacia la luz.

José Joaquín Ortiz, Rafael Núñez y Diógenes Arrieta.

El uno es la fé; el otro la duda; el otro la negación.

Del misticismo al panteísmo la escala es completa.

Ortiz es creyente y austero como el Dante; Núñez es Montaigne haciendo versos; Arrieta es Lucrecio, más luminoso, más artista.

Ortiz es el pasado. Cerrados sus ojos á la luz, vuelta la espalda al Oriente, de rodillas ante los altares, aquel Milton católico, cantor de ideales muertos, hosco y soberbio contra el mundo que avanza, canta la fé, los milagros, las apariciones de Lourdes, las consejas del estado de alma de una sociedad incipiente, y en éxtasis ante sus visiones, voluntariamente ciego, llena sus libros de plegarias y anatemas y muere al fin sobre el ara del templo que empiezan á abandonar las multi-

tudes, fijos los ojos en los ídolos que vacilan y las luces que se extinguen...

Núñez es el cantor indolente, cínico, corruptor. Sus estrofas deletéreas y abruptas son como la heleda ráfaga que apaga las luces todas y deja el templo en tinieblas.

Arrieta ni ora ni duda. De pie en la cima, niega. Es el alma nacional independizada ya. El esplendor de Damasco iluminó su cerebro y no cegó sus ojos. El apóstol está en pie. La nueva y grandiosa escuela poética principia en él.

Aislado en la cima espera á que lleguen á ella nuevos bardos.

Abajo rumorea el valle, murmura la fuente y pájaros multicolores ensayan himnos de amor voloteando en el ramaje.

El águila solitaria mira abajo las fiestas del collado, escucha los cánticos y espera que nuevos compañeros acudan á la cima...

La elocuencia de Arrieta era la elocuencia brillante, deslumbradora, armoniosa; arrullaba y atornaba, tenía gemidos de paloma y rugidos de león; esplendores de miraje y resplandores de incendio.

Aquellos labios fueron hechos para que por ellos brotara á torrentes la armonía y aquella voz para recorrer el diapasón de las pasiones humanas y la gradación inmensa de la belleza hablada.

Era en la tribuna más original que en sus obras.

Su personalidad estaba entera en esa cima. Ese es su pedestal.

Aquella frase reposada, serena, amplia, que él pulía cuando escribía, con un cariño de artista, con su exquisito gusto estético, al salir á sus labios se fragmentaba, se coloreaba, se incendiaba y salía como una explosión de centellas iluminando el horizonte.

Una vez en la tribuna, ya aquel excesivo cuidado del arte no lo entraba, ya no se enredaba como lealbatros de Beaudelaire en la pesadumbre de sus alas, sino que las abría como un cóndor inmenso y se elevaba y aturdía y hería con el ruido y el roce de esas alas.

Cuando Rojas Garrido, que era la cima, caía herido por la muerte, la tribuna colombiana se enlutó porque había caído el maestro; pero quedaba en pie el discípulo para decir, desde esa tribuna rota, el himno á la belleza y el sublime evangelio de las conciencias libres.

Ungido fué para la grandeza de la tribuna, por los guijarros de la plebe fanática y los anatemas de la Iglesia el día en que oscuro estudiante dejó por primera vez oír la armonía de su verbo tempestuoso al pie de la estatua de Bolívar á quien cantaba, frente á la basilica cristiana que afrentaba, y en presencia de un pueblo que rugía furioso á sus plantas.

Demóstenes fué á la orilla del mar para aprender

en monólogo espantoso á dominar con su acento el acento de las olas. Arrieta se hizo tribuno ensoberbeciendo y dominando el inmenso mar humano en diálogo tempestuoso con las multitudes, agitándolas con su acento y aplacándolas con su verbo poderoso.

Su vida tribunicia fué vida de lucha.

Su elocuencia cosmopolita brilló con igual resplandor en los Congresos de Colombia y Venezuela, y si su agitada vida de tribuno lo hubiera llevado lejos de esas playas ¿á donde habría ido que con su talento no hubiera ocupado las cimas y, nuevo Orfeo, no hubiera traído las multitudes murmuradoras y conmovidas á sus pies?

No hemos de juzgarlo como político.

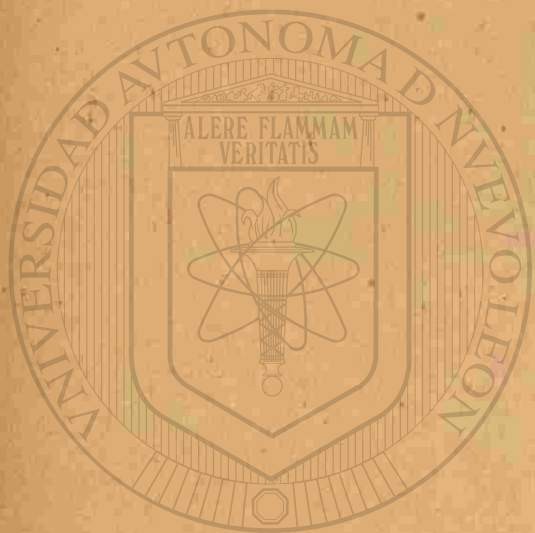
En ese mar de fango y de miserias, bajo el cielo plumizo de la envidia; en esa lucha pertinaz en que se agitó, su talento poderoso lo llevó de una á otra playa entre los aplausos de los unos y el anatema de los otros, pero vencido ó vencedor, siempre aclamado por su mérito y querido por sus amigos.

¿Que quemó incienso ante el altar de los poderosos? Pues fue un idólatra más grande que sus ídolos.

¿Que dobló la rodilla? No es verdad, pero os lo concedemos para deciros que Arrieta, de rodillas, es más grande que sus críticos en pie.

Arrieta murió en la fuerza de su edad.

Como un inmenso arco-iris, se apoyaba en las dos generaciones liberales; la que declina, cargada de tristezas y de gloria, y la que asoma, coronada de sueños y de esperanzas.



EZEQUIEL ZAMORA

Ha muerto el heroísmo! Los grandes hombres se han ido! Hé ahí el grito que lanzan en la sombra las almas enamoradas del pasado. Con la vista fija en el ocaso de una generación gloriosa, para ellos todo el valor, la grandeza y el genio de la patria se hundieron con los lidiadores épicos de la independencia. Tras de Bolívar, Sucre, Mariño y Páez... nada en el cielo militar de la República. Los vientres de las madres no dan ya héroes, y los laureles de los montes envían sus hojas mustias sobre las

tumbas de los guerreros porque no encuentran frentes dignas de ceñir con sus coronas. El seno de la patria está maldito de esterilidad, y el genio de la guerra no ha vuelto á fecundarla. Con Bolívar murió la gloria, con Paez se acabaron los héroes.... Hé ahí el gemido de las almas melancólicas y soberbias que en su idolatría por los grandes hombres de la emancipación, en su concepto pesimista del presente, en su tedio mortal por nuestra edad, viven vueltos hacia el pasado, de rodillas ante las tumbas, viendo titilar los fuegos fatuos de la tierra, mientras encima de ellos se prenden y se eclipsan, trazando curvas gigantescas, astros de heroísmo en el firmamento espléndido de la patria.

Supremo error el error de aquellas almas débiles. Después de la guerra magna el heroísmo ha igualado y superado en ocasiones el de los nobles guerreros de aquella epopeya legendaria. ¿Que falta la grandeza del objeto? Supremo error también. Los guerreros liberales han sido los continuadores de los guerreros inmortales. Sin ellos la grande obra estaría por tierra, y reyezuelos cómicos como Iturbide habrían reemplazado la sombra que proyectaba en el continente el fantasma de los reyes católicos.

Sin ellos los sombríos planes de Monarquía colombiana habrían sido un hecho con ó sin el padre de la Patria; el Imperio mexicano habría vivido sostenido por ellos; los conservadores de Guate-

mala, con Aycinena á la cabeza, habrían ido á unirse al yugo de Iturbide, y la proyección de las dos monarquías se habría hallado en el Istmo frente á los dos océanos, donde aún parece vagar la sombra aventurera de Balboa. Los españoles se fueron y los conservadores se quedaron: el espectro de la Monarquía estaba en pie. A los virreyes fugitivos sucedieron los soldados soberbios, los dictadores clericales traídos por la ola conservadora, siempre encrespada y amenazante, siempre rebelde y traidora. Contra estos supervivientes del espíritu colonial proscrito ha sido este rudo y heroico batallar del liberalismo americano. La obra de él es la misma de la de aquéllos. El grito de 19 de Abril en Caracas, de 20 de Julio en Bogotá, de 10 de Agosto en Quito, inició el movimiento que aún no ha concluido. La obra está por terminar. Los hombres de aquella época nos dieron independencia; los de esta segunda cruzada se afanan por darnos libertad. A la consecución de la autonomía iban los hombres de la independencia; á la consecución de la libertad van los hombres del liberalismo. Los primeros nos dieron un territorio, pero no una patria; Chateaubriand lo dijo: donde no hay libertad puede existir un país, pero no patria para un hombre digno. La obra del liberalismo es, pues, la continuación de la obra de la independencia, y los guerreros que en esta noble cruzada han caído ó caigan, el rostro contra

el suelo, frente á la trinchera enemiga; pálidos de coraje en el cadalso sangriento; solos y tristes en la prisión inmunda no ceden en grandeza y heroísmo á los que sembraron con sus huesos el sendero que recorrió el español vencido desde las cimas tempestuosas de los Andes hasta el trágico valle de Junín. No menos grandes, pero ¡ay! más desgraciados. Aquellos vieron desaparecer del territorio americano los ejércitos enemigos y arriarse para siempre entre las dianas de Ayacucho el pendón amarillo y rojo de los dominadores vencidos, y éstos de combate en combate, de fortaleza en fortaleza, perseguidos, proscriptos, han caído sin ver la realización de sus ensueños, ó combaten aún, viendo como flamea en los altos capitolios la bandera negra de oscuros y torpes despotismos. Es un deber consagrar estos hombres á la inmortalidad, coronar sus cráneos descarnados con las hojas de laureles tintos en su sangre, y volver á reclinarlos en sus sepulcros haciéndoles muda centinela mientras el liberalismo victorioso, golpeando con la punta de su lanza, dicele al mármol sagrado: Hemos vencido; Excelsior.

De aquellos grandes y trágicos duelos americanos, uno de los más reñidos y largos fué aquel que

en Venezuela se ha llamado *Guerra de los cinco años*.

Una como inmensa ola de fuego pasó por el suelo de la patria, taló los cortijos, incendió los montes. La sangre derramada bajaba manchando desde la nieve immaculada de Mérida hasta teñir en rojas las aguas azulosas del Orinoco. El grito de guerra se escuchaba vibrar desde las selvas enmarañadas de la Sierra hasta las pampas de Apure, que parecían temblar todavía bajo los cascos de los caballos de Anzoategui y Rondón, Zaraza y Páez. De montaña en montaña, de llano en llano, á las riberas de los ríos y sobre las aguas del mar; bajo el viento que hiela y en la playa que arde, por todas partes, á todas horas, se combatía sin tregua y sin descanso. En medio de aquel horizonte inflamado, sobre aquel como volcán en erupción se mostró un momento á los ojos asombrados de la Historia *Ezequiel Zamora*.

La guerra se condensó en él. Águila indignada en medio de la tempestad, su aleteo formidable se escuchó con ruido asordador de Churuguara á Barrinas, á Santa Inés, á Curbati, hasta caer rotas las alas y sangriento el cuello en el lúgubre drama de San Carlos. La guerra pareció morir con él, y por un momento se temió que en la misma fosa cubierta de ramas se hubiera enterrado la libertad con el soldado.

Alto de cuerpo y erecto, bronco y breve el acento

hecho para el mando, fija audaz la mirada como de águila que otea la presa, hosco el bigote, amplía la frente, resuelto el ademán, apuesto y victorioso pasa este soldado por las páginas de la Historia, como un ensueño heroico, como una creación épica para desaparecer como Rómulo envuelto en el manto de una tempestad.

¡Corta y heroica vida! ¡Trágica muerte! En tan corto espacio de tiempo, qué serie de triunfos y heroísmos. Concebía las victorias y las realizaba con la intuición del genio. Su actividad era su vida, y apenas si se secaba sobre su frente ellaurel de una victoria cuando su mano atrevida había segado otras tantas para su frente de soldado invencible.

El fuego, las prisiones y el destierro lo habían ungido ya, cuando un día con su genio y su valor desembarcó en Churuguara al lado de Falcón. En Barinas dió su primer grito, despertó al pueblo y encadenó la victoria á su carro. Desde entonces no se vió sino á él en el horizonte. De asalto en asalto, de triunfo en triunfo, organizando y deshaciendo ejércitos, alcanzando épicas victorias llegó á San Carlos, para caer allí como deben caer los héroes, frente al enemigo, por única mortaja la bandera cruzada de balazos y húmeda luego con su noble sangre. La victoria no lo abandonó sino para entregarlo en brazos de la muerte.

..

Hoy duerme en el panteón nacional al lado de sus antecesores, los héroes de la primera cruzada americana.

Allí está bien.

El viento del odio no aventará nunca su polvo, porque la gloria lo envuelve en su manto y el partido liberal vela en su tumba.

El viento de reacción que pasa sobre América se detendrá á las puertas de aquel templo, y las sombras augustas de los lidiadores liberales no sentirán nunca al espectro conservador golpear en su sepulcro para decirles: « Levantáos. Estáis proscritos. Ha muerto la libertad, y la gloria no tiene ya derecho de asilo. »



JORJE ISAACS

Durante este largo despotismo de Colombia, la poesía ha enmudecido.

Con la libertad, águila herida, la blanca inspiración plegó su vuelo, y mudas se ocultaron en el corazón y en la mente de los grandes espíritus de la patria.

Como esos pichones de la plaza de San Marcos en Venecia, que dóciles al reclamo vienen voloteando hambrientos, en torno á las migajas de pan que el viajero les arroja, nubes de versificadores

neuróticos vinieron en torno al despotismo, arrastrando su musa enferma; envileciendo el canto; y siendo en el palacio del César las aves domésticas de la regeneración.

Tiberio que conservaba gustos de artista, alimentaba por lujo, á estos *virtuosos* de la infamia.

Las lirás clásicas, las musas ortodoxas, vinieron al reclamo del presupuesto, y azotaron con sus alas fatigadas aquel charco de lodo.

Como aquellas migraciones de retóricos griegos, que más envilecidos que los romanos mismos, venían al pie del trono de los Césares con la pluma en la mano, y el cántico en los labios, pidiendo al soberano el honor de prostituir su *genio*, se vieron también *dilettantis* de poesía, venir de países remotos ofreciendo al viejo déspota, aceptara las caricias de su musa, que otros tiranos habían rehusado desflorar.

Virgilio sin ternura, Horacios sin gracia, Ovidios sin elegancia, degradaron la métrica, y ajaron el laurel de Apolo cantando ebrios en las orgías del despotismo.

La grande y verdadera poesía; la musa santa de la patria estuvo lejos de esas bacanales y como el petrel que se duerme encima de la tormenta, ella alzó su vuelo poderoso, y reposando sobre los blancos remos de sus alas, mecida por la tempestad, ha vivido inmaculada, fijos los ojos en aquel punto

del horizonte á donde espera ver despuntar la blanca aurora....

Los grandes poetas de la patria no se sentaron al festín de aquel César.

La musa vengadora de Juvenal, recorría á veces las calles en los labios del pueblo, flagelando aquella nueva Roma, que como la antigua, clamaba á gritos por el *Satiricon* de Petronio.

En esta ignominia de doce años, en que el despotismo todo lo redujo al silencio, y sólo se vieron circular las dos formas escogidas de la literatura oficial: el panegírico y el libelo. La serena y casta musa, como vestal sorprendida por los bárbaros, se encerró en su templo sin fuego prefiriendo morir á permitir la mancha del santuario, la sacrilega violación de su pureza.

Cuando la libertad se muere la verdadera poesía muere también.

Las almas de los grandes poetas piden la libertad para cantar; como las alas poderosas de las águilas necesitan el espacio inmenso para perderse en él. Cuando en esta época sombría se hizo un crimen recordar la libertad vencida, Jorje Isaacs colgó su lira, y se fué como el romano á vivir en el silencio, lejos de las bajezas de la corte y de las miradas de Tiberio.

Y la América estuvo huérfana de sus cantos.

Este gran cantor, fue un gran luchador.

Jorje Isaacs que es el primero de los poetas de

la patria, fue también uno de los primeros caracteres de la República.

Tuvo algo tan austero como su musa: su virtud. La castidad de sus creaciones poéticas, no es más blanca que la de sus acciones públicas.

Unid la musa de Virgilio, sin sus afeminaciones de Efebo, á la palabra y el valor de Tiberio Graco, y tendréis un perfil de la personalidad de Jorje Isaacs.

La América, no lo conoce así. Admira al poeta, ignora al político. La mitad de esta gran personalidad ha quedado en la sombra.

¡ Me parece que aun lo veo aquel día trágico !

La Regeneración se esbozaba. Oculta en la sombra la tracción preparaba su marcha triunfal al Capitolio.

Núñez, á la sombra del general Trujillo, confiado y débil, preparaba su largo y ominoso despotismo. El último Parlamento liberal, era el escollo.

Él, había rechazado los halagos, y había negado su voto al nombramiento del Ministro omnipotente para Plenipotenciario en Washington.

Era necesario ir contra el Congreso. Y, Núñez fué.

Un día, todas las prisiones de Bogotá se hallaron vacías; los malhechores temibles de las viejas guerrillas conservadoras recibieron cita á la capital, y la Guardia Colombiana que ya empezaba á bajar la pendiente del deshonor, envió á sus soldados ves-

tidos en civil y con el arma oculta; y aquella turba de presidiarios, salteadores y pretorianos como una onda de fango fué lanzada contra el Congreso Nacional.

El Congreso, último asilo de la libertad vencida, como si tuviese conciencia de que era el último Congreso de la Patria se preparó á morir con la majestad de aquellos senadores romanos que perdida la batalla de Alia, cuando el pueblo huía de Roma, y las vestales abandonaban el templo, sentados en sus curules esperaron los galos y la muerte, y estos creyéndoles estatuas bajo sus blancas barbas y sus togas flotantes, se retiraban ya cuando uno de la horda habiendo llevado su mano á la barba de Papirio, el anciano se puso de pie y le hundió el cráneo con su cetro de marfil, y perecieron todos en el puesto de honor.

Así esperaba el Congreso liberal á aquella muchedumbre de forajidos que aullaba afuera.

En el Senado estaba completa la plana mayor de liberalismo. Hasta Murillo Toro ya moribundo se había hecho conducir allí en la hora tempestuosa del peligro.

En la Cámara de Representantes, Jorje Isaacs tronaba con elocuencia abrumadora lanzando sus frases irritadas contra aquel gobierno cómplice, y aquella multitud ebria y rugiente, que pedía su sangre.

El poeta transformado en tribuno estaba sublime.

Aquel poeta enamorado y triste á quien como la sombra de Virgilio, ha visto la América toda atravesar sus bosques y ciudades inclinándose sobre las almas adolescentes para despertarlas al amor con el beso de su musa casta y doliente, era allí el tribuno indignado, el formidable luchador de la palabra, no era Lamartine, era Vergniaud.

Aquellas frases aladas que con la mansedumbre de un vuelo de palomas salían en estrofas armónicas de la lira de poeta, al calor de las pasiones políticas, al rumor de la plaza pública, salieron tempestuosas de la boca del tribuno, con el rumor alarmante de una bandada de águilas marinas que se escapan del nidar.

La multitud no se atrevió á asesinar en sus curules á los senadores y diputados cuyos nombres le habían sido repetidos, pero esperó el momento en que salieran del Capitolio.

Entonces se lanzó sobre ellos. Y, los guijarros, los bastones, las balas vinieron á herir el rostro y el cuerpo de los elegidos del pueblo.

Jorje Isaacs por su elocuencia y la actitud de aquel día estaba marcado para víctima de aquella multitud, ebria de licor y sedienta de sangre.

La juventud corrió á rodearlo. Era su poeta querido, su orador predilecto.

Como las olas conmovidas, las turbas se lanzaban sobre él, lo silbaban, lo insultaban, lo apedreaban....

Rodeado de un grupo de jóvenes, revólver en mano, disputando su vida á la multitud y á la soldadesca logró ganar su casa.

Allí apareció en el balcón y quiso hablar. Las balas y las piedras lo hicieron enmudecer.

Después.... cayó la sombra completa sobre la patria : y el tribuno poeta enmudeció.

Vencido en Antioquia, entró por completo en el silencio de la vida privada, y allí vivió devorando sus tristezas y acariciando sus ensueños.

Ya amanece nos decía el poeta en una de sus últimas cartas, y á ese canto de alondra, siguió una franja roja y sanguínea que decoró el horizonte de la patria.

Pero, ay! el derecho sucumbió, calló el poeta, y envuelto en los cenadales de su gloria, se refugió en la sombra que tenía ya vagas claridades del sol de la inmortalidad que empezaba para él....

Y, allí murió!....



CESAR CONTO

Rompió la sombría desfilada de los proscriptos muertos, de aquellos mártires que fueron sembrando con sus huesos el suelo americano, restos queridos que el viento de la desgracia arrojó sobre extrañas playas en el naufragio espantoso de las libertades colombianas.

Cayó de los primeros, cumpliendo la sentencia del poeta :

Fiel á ese pueblo mártir de la Historia
Muere, si hay que morir, cara al tirano.

Y así murió él.

No le cupo en suerte caer en la batalla ruda entre la selva agreste, como Hernández ó Bernal; en la brecha abierta sobre la muralla dura, como el insigne Gabezas; atravesado el corazón en la trinchera enemiga, como el sabio Lleras; en el patíbulo afrentoso, como Prestán inocente; devoradas las entrañas por el veneno asesino, como Ricardo Gaítan Obeso; al pie de la tribuna rota, como Felipe Pérez.... Tocóle morir proscrito y triste, lejos de la patria, nostálgico y vencido.

¡Sombra melancólica y augusta! Hoy no es una bandera, es ya un símbolo. ¡Salud al lidiador!

Los trágicos días habían llegado. La espantosa sombra se engrandecía en el pálido horizonte. Como inmensa mortaja dada al viento la bandera conservadora, clavada por la mano temblorosa del traidor, flotaba en el capitolio nacional, y el liberalismo, como el mito cristiano atado á la columna, sufría los azotes del verdugo y sentía en su rostro la saliva del sayón.

Insepultos estaban aún los huesos de los soldados liberales en los remotos campos de batalla; silencio de muerte había en la República y el soplo desolador de la última catástrofe pasaba sobre el suelo asolado de la patria, cuando César Conto,

atravesando el Atlántico, volvió á Colombia á acompañarla en su infortunio, á luchar por ella, á buscar su lote de lágrimas y á caer como bueno y como grande. De bajo las ruinas humeantes salían aún gritos de protesta, y guerreros sobrevivientes lidiaban el último combate sobre los restos calcinados del murallón caído: era el combate de la prensa. A los soldados habían sucedido los escritores, y ellos en aquel silencio de muerte ensayaban aún el toque de llamada sobre aquellas legiones muertas ó vencidas. Ante la espantosa reacción conservadora quisieron ser el escollo y se enfrentaron. La bandera liberal desgarrada en *Humareda* fué clavada por la mano fuerte de Felipe Pérez sobre ese baluarte egregio que se llamó *El Relator*, y César Conto, avanzando por entre los fuegos enemigos, escaló la eminencia é izó el bendito estandarte en la cima de luz de *El Liberal*. Hubo pavor en las filas ultramontanas, y las alas negras de las aves de la noche azotaron el faro incommovible.

La traición triunfante tocó llamada á sus escritores, y vió con asombro que estaba sola. No había uno capaz de medir sus armas con el nuevo paladín. Allí fué Núñez con su frase erizada y ras-trera, coloreada por el odio y escrita con sangre fraternal; allí fué Holguín con su estilo truhanesco y su desenfado de pilluelo; Antonio Silvestre con sus invectivas de ebrio y todos esos escritorzueros

chafallones que han ensayado después su vuelo en la selva de la prensa regeneradora. Nada pudieron.

Acudieron entonces al pontífice, y armado de todas armas como un viejo cruzado vino al combate Don Miguel Antonio Caro. Inteligencia disciplinada pero mediocre; espíritu sin vuelo; ilustración conventual; ahito de latín; entrabado en las formas de su prosa arcaica, el pobre gladiador cayó bajo el peso de su armadura al primer golpe de su contrario.

Sin limpiarse siquiera el polvo de la caída, cobarde y cruel, se refugió en el palacio de San Carlos, á pedir á su amo el castigo de su vencedor, y la pérdida de Conto fué decretada....

Entre dos filas de soldados, enfermo, cuasi moribundo, después de una larga prisión, fué arrojado de la patria el escritor ilustre, que no tenía más crimen que su grandeza y su victoria.

El liberalismo se puso de pie y descubrióse para ver pasar al proscrito silencioso..... La bandera quedaba aún enarbolada sobre el fuerte. Nicolás Esguerra, el gran carácter de la República, la había alzado de entre el polvo y la agitaba sin miedo desplegándola á los vientos del horizonte, hasta que á su turno cayó vencido y grande envuelto en el glorioso pabellón.

César Conto fué á morir á Guatemala.

Allí, en brazos del dolor y la tristeza, dobló su cabeza poderosa.

Vivir en el destierro es horrible; ; morir en el destierro debe ser espantoso!

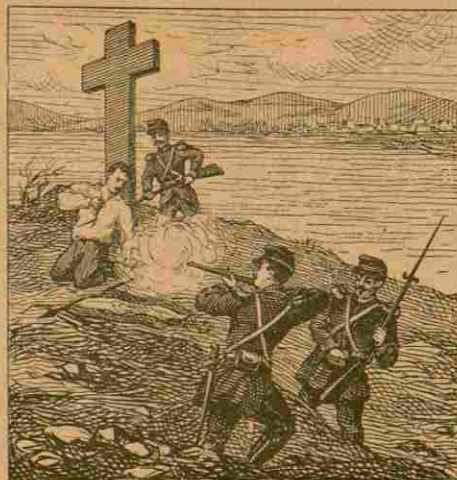
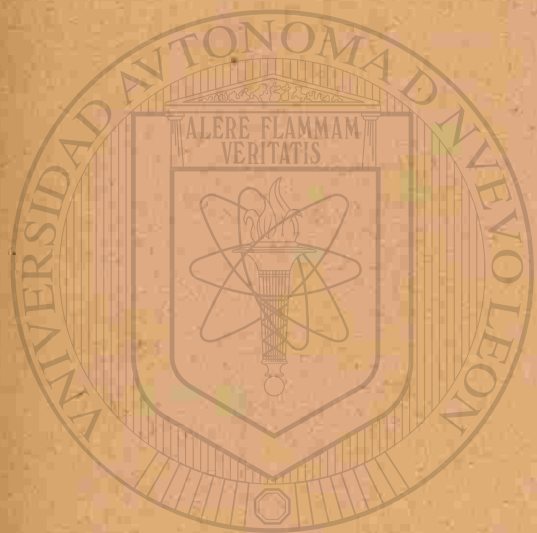
¡Bardo y proscrito infortunado, cuánto debió sufrir en su agonía! Proscrito, cómo soñaría con su patria; poeta, cómo soñaría con la gloria; patriota, cómo soñaría con la libertad. ¡Ah, su patria lejos, la libertad perdida y la gloria de la patria envuelta en nubes! ¡Lúgubre visión!

Así murió aquel que había sido orador, poeta, guerrero y periodista excelso.

Allá duerme en tierra extraña, bajo la sombra de extranjeros árboles y al arrullo de brisas de otros mares.

Allí duerme esperando que en Colombia haya una generación de hombres dignos, capaces de reconquistar la libertad y repatriar los huesos de los libertadores.

Entretanto, bien está así. Mejor se duerme en tierra extraña pero libre, que en la propia tierra siendo esclavo. ®



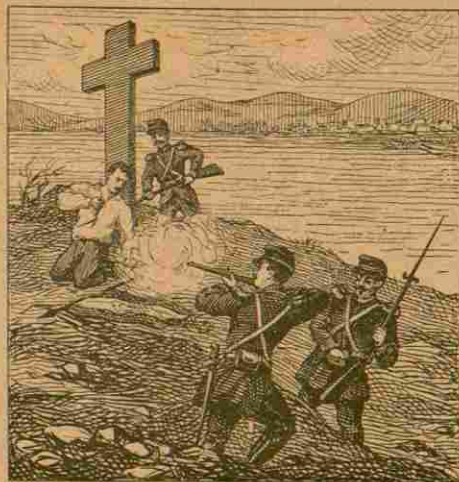
EZEQUIEL CUARTAS MADRID
MESSENIANA

Y tú también...

Tú también, joven lidiador, también caíste.

Apoyado en tu espada rota, herido, prisionero, torturado, mirando cara á cara al enemigo exhalaste el último suspiro, sin que nada faltara á tu pasión, ni la sangrienta befa del contrario. ®

Así, joven, esbelto, con el tipo ideal de la belleza heroica te verá la Historia colombiana como uno de esos guerreros jóvenes que caído sobre el escudo, inmortalizó el cincel en las métopas del Partenón.



EZEQUIEL CUARTAS MADRID
MESSENIANA

Y tú también...

Tú también, joven lidiador, también caíste.

Apoyado en tu espada rota, herido, prisionero, torturado, mirando cara á cara al enemigo exhauste el último suspiro, sin que nada faltara á tu pasión, ni la sangrienta befa del contrario. ®

Así, joven, esbelto, con el tipo ideal de la belleza heroica te verá la Historia colombiana como uno de esos guerreros jóvenes que caído sobre el escudo, inmortalizó el cincel en las métopas del Partenón.

Amado de los dioses te habría dicho el griego. Amado de la gloria te digo yo. Sagrado amor de una quimera, epitalamio con una sombra que se desflora en la tumba con un beso de luz!

Y, eras un pensador, un pensador austero. Un tribuno, un escritor, un poeta...

Sublime enamorado del ideal, todo marcaba en tí la predestinación al martirio.

Me parece ver alzarse tu figura del fondo del recuerdo...

Alto, fornido, nervudo; busto hecho para la inmortalidad del mármol. Trigueña la color, imberbe el rostro, romana la nariz, amplia la frente, ensortijado el cabello, sobre los labios esa sonrisa triste que era como el perfume de tu alma; en los ojos esa mirada fiera que era como la lumbre de tu genio.

Sañador indomable, tú como el insurrecto hebreo, entrabas en la plena juventud de la vida y podías haber dicho á tus verdugos como Camilo Desmoulins á los suyos: Tengo la edad del descamisado de Judea.

Con esa serenidad de tu carácter, que era casi una tristeza del alma; con una gravedad prematura, como la gravedad de Fabricio; un fondo de uz en el ensueño; un rayo de melancolía en los ojos, atravesaste los treinta años de tu vida dejando caer las flores soberbias de tu ingenio en los oscuros valles de la proscripción, dando su

perfume en medios incultos, como esas grandes flores deshojadas, sobre las cuales cae el rayo de la luna en las quebradas profundas de una selva americana.

Julio Simón en su electicismo anémico exclamaba un día: «¿Cómo esperar que esta generación que no cree en Dios, crea en el deber y el sacrificio?»

Tú le has respondido gloriosamente. Eras ateo. Y, ¿qué culto al deber iguala al culto tuyo? ¿Y qué sacrificio de creyente superará ese de tu alma heroica insensible á los miedos del deísmo? Eras no de una generación, sino de un grupo, que brotó al soplo de la nueva filosofía, espíritus radiosos, que nacieron en la sombra de la patria como esos dioses indios que la mitología hace nacer en el silencio de las grandes selvas indostánicas, surgiendo del cáliz sagrado al entreabrirse las hojas pálidas del loto.

¡Generación infortunada, á quien le tocó vivir cuando la libertad moría; que sólo alcanzó á ver las debilidades de los suyos y las audacias de los contrarios; que apareció en el momento supremo de la catástrofe, cuando el volcán de la ignominia hizo irrupción, y pasado el cataclismo en este mundo de lodo petrificado, no tuvo más destino que la emigración, el destierro, la prisión, el cadalso, ó llegar hoy como tú á la frontera de la patria á morir sobre una trinchera enemiga, lanzando el último grito como una águila marina azotando

el rudo peñón, deslumbrada por los relámpagos del cielo.

Generación engendada en Atenas y nacida en Bizancio, cuyos antecesores habían vivido bajo Pericles, mientras á ella le tocó vegetar bajo la rueda de Narces. Liberales en un país donde la libertad había muerto; ciudadanos en un país en que no había república; pensadores cuando era un crimen pensar; filósofos cuando la filosofía era un delito; enamorados de un ideal cuando la idea era un fantasma; nacidos en un país y crecidos en una tribu, estos desheredados exóticos, no tuvieron más camino que la prisión, la emigración ó la tumba.

Todas tres cayeron sobre tí. Fuiste ungido con el óleo del dolor, del martirio y de la muerte.

¡Oh, noble carrera!

La vida digna, la muerte heroica. Vivir en el honor y morir por él. Sucumbir en el empeño sublime, sacrificado al amor que ha devorado toda la vida: el amor á la libertad.

Morir al pie del ídolo, sobre el ara sangrienta, con el cántico en los labios...

Desaparecer como Rómulo en la tempestad, en la embriaguez divina del combate, en el ensueño luminoso, dando el grito atronador, y sintiendo en las espaldas algo como la caricia de las alas que nacen...

Tornar la muerte pálida y hosca en roja y sublime; hacer de la sombra llamarada, del Gólgota

Thabor; prender la zarza en la cima y arrojar su nombre á la posteridad como el mago hebreo las tablas de la ley entre truenos y relámpagos.

¡Oh, gran muerte, la muerte tuya! Ella es la que hace recordar á la noble emulación de los ausentes aquellos versos de Homero, que recitados por un niño hicieron llorar á Mumnio en el sitio de Corintio:

¡Oh, tres y cuatro veces felices los griegos que perecieron ante los vastos muros de Ilión, sosteniendo la causa de los atrydas! Pluguiese á los dioses que yo hubiese cumplido mi destino el día en que los troyanos lanzaron contra mi sus jâvelots, mientras yo defendía el cuerpo de Aquiles. Entonces habría obtenido para mí los honores acostumbrados de la hoguera fúnebre y los griegos habrían hablado de mi nombre.

Sí, gloriosa emulación que aumenta la nostalgia de los que no tenemos el alma saturada del amargo egoísmo que destila aquel verso de Lucrecio:

*« Suave mari magno, turbantibus æquora vestus
E, terra magnum alternus spectare laborem. »* ®

Y, eras el testigo del recuerdo más doloroso de mi vida.

Fué sobre tu noble pecho, ese pecho cruzado

luego por balas asesinas, que recliné mi cabeza vacilante cuando cayó sobre mi alma el rayo que había de reducir á cenizas mis afectos, mis ambiciones todas del pasado.

¡Jamás olvidaré aquel día!

Estaba enfermo y triste. Los médicos me enviaron al campo; los amigos temían por mi vida.

Era tiempo de lluvias y el campo monótono y triste.

La sierra abrupta de árboles endebles, y en torno á la morada bosques de sicomoros bajo los cuales cuajaba sus frutos y abría sus flores pálidas y blancas el café.

Declinaba la tarde, una tarde brumosa y fría, que tenía palideces extrañas, y el sol velado por densas nubes se ocultaba sin dar el último beso á las grandes flores de noche que comenzaban á abrirse en la cresta de la cima y en la riva del arroyo ataviadas de blanco, silvestres desposadas del misterio.

En el corredor de la casa yo releía la carta, la última carta recibida de mi madre. No era su letra, era la letra de la mayor de mis hermanas, pero su espíritu, su noble y valeroso espíritu vagaba en esas páginas de tristeza infinita y de ternura inmensa.

„Mi enfermedad avanza, me decía.

„He cegado por completo y siento que no he de verte ya, pero quisiera antes de morir reclinarte

sobre mi corazón, acariciar á tientas tu cabeza, sentirte cerca de mí y cubrirte con mis besos. No me resigno á morir lejos de tí. Ven, hijo mio, ven.... Pero no, mi egoísmo te haría mal. Los vencedores son implacables. No vengas. Yo ruego á Dios que me conserve hasta que vuelvas á mi regazo. No quiero morir sin verte. Si, yo te bendeciré por última vez aquí, antes de bendecirte desde el cielo.»

La tristeza de aquella carta me había sumido como en un ensueño doloroso.

Borráronse ante mis ojos los objetos y en temblorosa perspectiva se alzaron los mirajes de un valle querido, y allá la blanca casa y la sombra de mi madre imponente y hermosa, de ella que había sido el culto fervoroso de mi vida.

Y, la escena de aquella última mañana en que, rodeado de asechanzas, penetré en su aposento para decirle adiós! Su grito, ese espantoso grito que resuena aún en mis oídos, el temblor de sus brazos, el frío de sus labios, aquella desesperación con que se abrazaba á mi cuello y aquellos besos que como nube de bendiciones caían sobre mi rostro y mi cabeza.

Pocos momentos después, la carrera precipitada, el dominar de la toma y la última mirada al paterno valle dormido aún en las postreras nieblas perezosas.

Y allí, en la puerta de la casa, ella como la esta-

tua del dolor extendiendo á mí sus brazos como para detenerme, sus manos temblorosas como para bendecirme y turbando con su lamento el silencio de aquel campo, sobre el cual en ondas pálidas el alba enviaba los primeros reflejos de su luz.

Y, su grito, aquel grito que ha sido la pesadilla de mis noches solitarias, el himno de mis nostalgias sombrías. Hijo mío!.... Hijo mío!....

Pasó el recuerdo.

Desperté de aquel ensimismamiento doloroso.

Alguien llegaba.

Eras tú, mi noble amigo, que venías de la ciudad cercana, y venías en busca mía. ¿Qué me querías?

Había tristeza y piedad en tu mirada, cariñoso dolor en tu expresión. Sentí temor. Nuestro diálogo fué corto, de una concisión esparciata: como de dos hombres que miden el dolor y el valor al propio tiempo.

Me extendías un telegrama que no abrí.

— ¿Malas nuevas?

— Sí.

— ¿Muerta?

Viendo que vacilaba aturdido, me tendiste los brazos, y fué en tu pecho, en tu noble pecho que cayó la última lágrima de mis ojos, salida del corazón el día que trepé á la cima del dolor.

Después, tú lo viste. Me envolví en el silencio y el pesar; en esta impasibilidad que ha sido calum-

niada de insensibilidad, en este aislamiento del dolor que se ha creído la cima del orgullo.

La gran evolución de mi carácter estaba hecha. Aquel día nació á otra vida.

Sentí el desgarramiento doloroso de algo que moría en mi alma; era toda la sensibilidad de mi pasado, que sollozaba como un niño moribundo y que expiraba luego.

Murió en mí el soñador, surgió el luchador. A las blancas virginales flores del ensueño, sucedió esta floración de pétalos rojos y sanguíneos del campo de la lucha.

Sobre la tumba de mi madre celebré mis nupcias definitivas con la libertad, á la cual había servido en los campos del combate.

Y, en aquella, como vela de armas, tú estabas presente, recibiendo mis confidencias y consolando mi dolor.

Ambos éramos jóvenes, vencidos, desterrados; comenzábamos esta vida que tú, más feliz, has abandonado primero, coronándola con un fin digno de tu nombre y de tu virtud.

Oh, mi noble amigo, mensajero inolvidable, consuelo en aquellos días trágicos, ¿quién pudiera pagarte esos cuidados, yendo allá al oscuro pueblo antioqueño, donde tu madre anciana solloza tu pérdida y acercándose á ella poder deslizarle en el oído palabras de paz y de consuelo!....

En tanto duerme, amigo mío. No arrullaré tu sueño con quimeras de poeta ni visiones de creyente.

No te hablaré de la Gloria, la Gracitud, la Inmortalidad : tres grandes mentiras.

Los partidos son volubles, los pueblos son ingratos, los hombres veneran el éxito y no el mérito.

Vivirás en el corazón de tus amigos lo que ellos vivan.

Después pasarás... No habrá para tí más inmortalidad que la inmortalidad de la materia. La Historia se conquista y se domina por la fuerza.

César, Alejandro, Napoleón la llenan casi toda, y eran la lascivia, la embriaguez, la perfidia; pero asesinaron y flagelaron la humanidad y ella los ha hecho inmortales en premio de su azote. ¿Quién repite el nombre de aquellos que frente á esos colosos de la fuerza, murieron en defensa del derecho? La posteridad halla hecha la Historia y la consagra. La inmortalidad es tan duradera como la quietud de la ola.

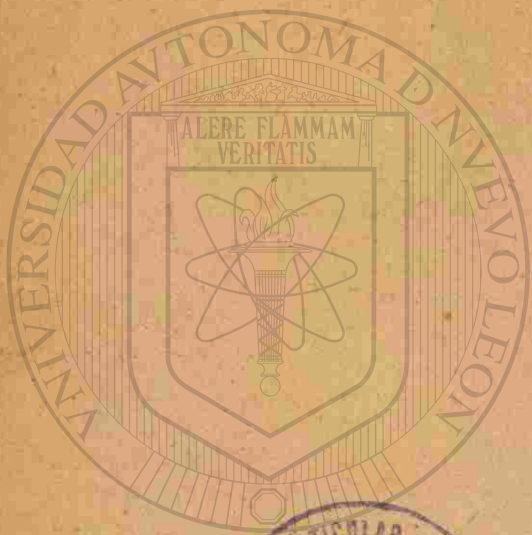
El olvido es lo único real. Tú serás olvidado porque fuiste bueno.

Sobre tu tumba crecerá la ortiga y el silencio, centinelas de la grandeza muerta.

El viajero que remonta el Eurotas, buscando á

la falda del Taygeto, entre las ruinas de Esparta la tumba de Leonidas, regresa sin hallarla; el tiempo arrebató aquel león de piedra que, según Hesiodo, decoraba esa tumba; pero hallará un zócalo intacto en el cual podrá aún leer esta palabra: TEAEMA. Es el pedestal de la estatua de la *Risa*, que Licurgo colocó entre los graves esparciatas.

Ha vivido más la carcajada que el heroísmo.
¡ Eso es la gloria !



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

